OBRAS POÉTICAS

OLEGARIO V. ANDRADE

Nació en Concepción del Uruguay (Entre Ríos), el 7 de Marzo de 1841; pasó su infancia en Río Grande y en el Estado Oriental, con su familia proscrita, regresando con ella a Gualeguaychú (que algunos dán como su pueblo natal) después de Caseros. En el Colegio histórico de Concepción cursó sus estudios, que abandonó en 1858, después de haber obtenido los primeros triunfos literarios con algunas composiciones que figuran en este volumen.

Consagró al periodismo político los veinticinco años restantes de su vida. Defendió las ideas y la política de Urquiza, luchando por la causa federal y la unión nacional. En Buenos Aires fué redactor de "La América", "El Pueblo" y "La Tribuna", fundando más tarde un diario propio, "La Tribuna Nacional". Sirviendo a sus propios ideales estuvo en la corriente política de Avellaneda y Roca, este último su condiscípulo del Uruguay.

En Buenos Aires fué casi desconocido como poeta hasta la publicación de sus grandes poemas "El nido de cóndores", "Prometeo", "San Martín", "Víctor Hugo", "Atlántida", frutos de su ingenio maduro, que le valieron una gloria inmediata.

Siendo Diputado por su Provincia al Congreso Nacional, falleció en Buenos Aires el 30 de Octubre de 1882, a la edad de 42 años.

"LA CULTURA ARGENTINA"



OLEGARIO V. ANDRADE

Obras poéticas

Atlántida - Nido de Cóndores - Prometeo
Poemas Líricos - Fantasías
Poesías patrióticas - Elegías - Traducciones

Edición completa. Ordenada y con un prólogo por

EVAR MENDEZ



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1915

ENSAYO CRÍTICO SOBRE ANDRADE

SUMARIO:—I. Introducción. — II. La vida de Andrade y su época. — III. Nuestra literatura después de Andrade. — IV. Andrade y Hugo. — V. El espíritu de Andrade y su obra. — VI. Conclusión.

I.—INTRODUCCION

Había llegado el momento de juzgarlo a la distancia, en perspectiva. Adaptando al caso un concepto de Sainte-Beuve sobre La Fontaine.—¡Nada más distante de nuestro poeta!—podríamos decir: la literatura argentina a medida que avanza y se prolonga concede a Andrade un puesto de mayor distinción y le encuentra cada vez más grande. La crítica no se ha atrevido durante mucho tiempo —o no ha querido—colocar a Andrade a la altura de los demás grandes hombres, a la altura de los grandes poetas que ilustraron su siglo. Hora es de intentarlo.

Basta dirigir una atenta mirada sobre la vida de este escritor, releer su obra, investigar, aún sin excesivo cuidado, la época en que le tocó vivir, comparar su producción a la de otros líricos de América, España y Francia, examinar, en fin, los juicios de sus escasos críticos, para adquirir el convencimiento, cada instante mayor y más profundo, de que Andrade es el poeta nacional por excelencia,

y uno de los más grandes poetas líricos de habla española desaparecidos.

II.—LA VIDA DE ANDRADE Y SU EPOCA

La vida de Andrade abarca desde las postrimerías de la época de Rosas hasta el establecimiento definitivo de la nación, el período más turbulento que haya atravesado el país, sin exceptuar los tiempos de la emancipación, la campaña libertadora, la tiranía. Le tocó vivir, ser testigo, y muchas veces actor, durante los acontecimientos que pusieron a más peligrosa prueba el temple de los argentinos, cuando se extremaron todos los recursos y llegó a jugarse la última carta en la partida estupenda, como que se jugaba para siempre el destino de la patria. Aludimos a las guerras civiles, la anarquía y la tiranía; a la campaña terminada con la victoria de Monte Caseros, y a sus temidas consecuencias; a las desapiadadas e injuriosas contiendas de prensa de nuestros estadistas más ilustres; a las luchas políticas que produjeron Cepeda y Pavón; a los esfuerzos inauditos de dos bandos, inmortales en nuestra historia, por consolidar la nacionalidad; a la horrenda serie de luctuosos sucesos de que fué teatro el país entero; a Paysandú; a la guerra del Paraguay; a la conquista del Desierto. Desorientación de los grandes hombres dirigentes, montoneras bravías, caudillejos rebeldes e inhumanos, vecinos turbulentos, asesinatos sin nombre, guerra a los indios, convulsionaban el país, en momentos en que era imperioso cumplir el dogma de Mayo y hacernos dignos de quienes lo afirmaron. Pero la patria, que había sabido producir los hombres necesarios, en esos instantes de empacados antagonismos, de ambiciones encontradas, supo darles también lucidez y serenidad, y en la hora álgida, Urquiza, Alberdi, Sarmiento, Mitre, Derqui, Vélez

Sársfield, Juan María Gutiérrez, Elizalde, Victorica, Marcos Paz, del Carril, Vicente Fidel López, Avellaneda, Roca: los constituyentes, los hombres de San Nicolás, los de la Federación de Buenos Aires, se decidieron de una vez a realizar la obra por todos ambicionada. Desde entonces la paz y la vida libre dejaron de ser una paradoja, y la patria comenzó a pertenecer a todos los argentinos.

Era la época de Andrade. Su vida no fué un solo instante ajena a ella, desde la niñez pasada en suelo extraño por fuerza de las obligadas emigraciones, su orfandad temprana y desoladora, que experimentó como otros miles de niños a quienes las guerras arrebataban los cariñosos y fieros padres; las pequeñeces y miserias de las desastrosas situaciones económicas del tiempo, le impusieron la existencia llena de azoramientos, estrecheces y peligros, el lote que le tocó en suerte. No le fué posible permanecer indiferente, con un espíritu ardoroso cual el suyo, dotado de la más viril combatividad, ante los acontecimientos de esos años, principalmente de los que era foco su provincia natal, convertida en gran escenario político, del cual se expandía la voluntad suprema logrando mantener a raya las ambiciones y las pasiones que desbordaban el ambiente. Había sufrido ya las primeras pruebas, cuando, consagrado en el dolor, surgió a la palestra. Empuñó el arma de que era capaz y se batió con denuedo febrilmente, sin desmayar jamás, sin variar de credo nunca, en diez pueblos y ciudades, multiplicándose, renovándose, sin tregua, entregando con generosidad indecible el caudal que era su único patrimonio: su talento. Se hizo periodista. Pero esta palabra tenía en la época otro significado que el actual. Esta profesión era entonces una milicia que no admitía deserciones y exigía combatir con la fiereza y el ardor de los guerreros criollos, jugándose el alma

y la vida, y en aquel tiempo era también, como ahora, yunque donde se baten brutalmente cerebros, cadena férrea que ata implacablemente. Inapreciable vehículo para difundir y sostener ideas, es cierto; buena disciplina de la voluntad, pero hay que saber libertarse a tiempo de ese monstruo que exige el sacrificio de tantas vidas por tan mediocres compensaciones. Veinticinco años permaneció Andrade entregado a ese periodismo sin piedad: "estuvo amarrado a la ingrata tarea desde la época de su primera juventud hasta la hora de su muerte". (1)

De cuando en cuando, un alto en la ruta, y aclaraba y enaltecía su vida una exultación, como una aurora. Era un poema lírico, un canto, una oda, para exaltar un héroe, para glorificar un pueblo, para dar prestigio a una leyenda, para ensalzar la patria, el progreso, la libertad, el pensamiento humano, que surgían de la pluma hacía un momento abandonada, después de un artículo de combate en pro de sus ideas políticas, económicas o sociales, ya defendiendo a Urquiza, batiéndose con Sarmiento, combatiendo a Mitre, sosteniendo a Roca. Tal era el hombre.

Esa producción intensa, esa vida febril exigida por el diarismo combatiente de hace más de medio siglo, en discusión vehemente y sin reposo de asuntos capitales y de la mayor trascendencia para la normalización de la vida del pueblo y el funcionamiento de las instituciones, no consiguió domar la voluntad del hombre, y menos debilitar su vigor mental; apenas si le restó vida y momentos de serenidad propicios a la abstracción y concepción que nos hubieran dado, sino más bellos, más numerosos frutos que estos trasmitidos a su posteridad por los admirables cuarenta años del gran lírico.

---

(1) Martín García Mérou.—"Recuerdos literarios", pág. 403, ed. Lajouane, 1891.—Buenos Aires.

Le fué impuesta la producción ocasional, la escasa meditación de sus temas, la realización apresurada de sus composiciones, y no le era posible, o desdeñó introducir en ellas pulimentos tan necesarios a su labor poética que nuestro gusto anhelaría más artística. Por eso su obra es fragmentaria, imperfecta y limitada; Andrade produce en su niñez y adolescencia, eclosión juvenil que tiene la frescura, el entusiasmo y la espontaneidad de los breves años del poeta; pasa largo tiempo sin apoderarse, con raras excepciones, de su lira, que ya cobra acentos más viriles y muestra al tañedor acercándose a la maestría; se decide, por fin y "arroja su Pegaso, que necesitaba más de freno que de espuela", a las más altas regiones de la fantasía y la sublimidad, y vuelve trayéndonos del maravilloso azul sus cinco cantos inmortales. Es, efectivamente, en las postrimerías de su vida cuando adquiere su máximo esplendor, y trasunta entonces el prestigio del cisne. Poco después de sus "hallazgos y emociones de visionario", de haber ejecutado sus "grandes aletazos de genio", (1) se extinguía. "La muerte vino a sorprenderle en medio de la radiosa plenitud de su talento y cuando su alta inspiración poética tocaba ya a la fulguración del genio". (2)

Sus contemporáneos comprendieron su mérito y el sentimiento que causó su desaparición revistió proporciones de duelo nacional. Tronó el cañón sobre su tumba salvas de gloria y un Presidente de la Nación lo despidió en el umbral de la inmortalidad en nombre de la patria.

---

(1) Martín García Mérou.—"Recuerdos literarios", pág. 405, ed. Lajouane, 1891.—Buenos Aires.

(2) Jacob Larrain.—Noticia biográfica y crítica, prólogo de las obras poéticas de O. V. Andrade, 1887, Santiago de Chile.

III.—NUESTRA LITERATURA DESPUES DE ANDRADE

Los poetas argentinos, desde los primeros tiempos a la época presente, no se trasmitieron su herencia lírica, no formaron tradición. La mayoría: González Balcarce, Echeverría, Mármol, Guido Spano, Gutierrez, Encina, Andrade, que más o menos acentuada, tienen fisonomía propia, poco deben a sus antecesores inmediatos. Ninguno heredó al anterior, ni formó escuela, y el caso se repite aun entre los muchos poetas que omitimos. Cada cual es un fruto aislado. Se nutrieron, aunque a ello no fueron muy afectos, salvo los casos de los traductores de la "Eneida", Dalmacio Vélez Sarsfield y Juan de la Cruz Varela (1), el de "La divina comedia" y las odas de Horacio, Bartolomé Mitre, el de Safo, Anacreonte y Meleagro, Carlos Guido Spano, en las fuentes clásicas latinas, algo en las tradicionales ibéricas y tuvieron cierto desdén para las escuelas españolas de fines del siglo XVIII y principios del XIX a que nos referimos, primero por desamor a lo peninsular, patriótico criollismo, y luego porque les sedujo la escuela romántica que reinaba desde hacía un siglo, floreciendo de manera magnífica, como que daba márgen a una extraordinaria eclosión de líricos en todo el mundo, renovando en fin, la literatura, abriéndole las puertas, preparándola al gran paso hacia su perfección que intentaron los posteriores movimientos parnasiano y simbolista, cuyos frutos han cosechado las generaciones modernas.

Hicieron bien nuestros antepasados líricos porque "absteniéndose de trabajar sobre lo antiguo, lo nue-

---

(1) "La Eneida en la República Argentina", traducción de D. Vélez Sarsfield y J. C. Varela, publicada por D. F. Sarmiento y A. Saldías.—F. Lajouane, editor, 1888. Bs. As.

vo les fué revelado'', (1) encontraron inéditos motivos de inspiración, y si no otras formas y ritmos, aportaron a la literatura de habla española, enriqueciéndola, poemas y cantos que no habían surgido antes de ninguna lira hispana, como son ejemplos ciertas obras de Echeverría, Mármol, Gutiérrez, Guido Spano, Andrade, o dieron como este último grande vuelo, elevación, calor y brillo a la Oda, hasta superar a los grandes maestros, y no escasa musicalidad, elocuencia y belleza al idioma castellano. (2)

Andrade, enamorado de Longfellow, admirador de Hugo, nada maestro en la retórica, improvisador, era el producto de su época en cuanto a su cultura literaria, y ésta se reflejó fielmente en la forma y en el espíritu de sus producciones.

Cuando comenzó a darse a conocer en Buenos Aires,—que los románticos de entonces dieron en llamar la Atenas del Plata,—disfrutaban de fama las obras de los poetas Guido Spano, Gutiérrez y Encina. Ya eran un poco viejos Alberdi, Sarmiento, Mitre, Avellaneda, y el ambiente, que destacaba la figura de Pedro Goyena, Felix Frías, Santiago y José Manuel Estrada, era disputado por una pléyade de distinguidos talentos: Eduardo Wilde, Manuel Láinez—que hizo sus primeras armas perio-

---

(1) "Lo nuevo no se ha revelado ni se revelará mientras los jóvenes escritores se obstinen en trabajar sobre lo antiguo". Mazzini, "Filosofía de la música" citado por Santiago Estrada, "Miscelánea", tomo I, pág. 167.—Barcelona, 1889.

(2) "Pero su originalidad para los lectores de lengua española reside en la incomparable belleza de su estilo. Maneja la materia sobrehumana de ese cuadro gigantesco con admirable maestría. La lengua española, la lengua de Herrera y Quintana, parece que intentara rebelarse contra el atrevido innovador que la arroja por cumbres a despeñaderos. Pero el poeta argentino la domeña con no se qué robusta ingenuidad, ignorante de los tropiezos y caídas." Pablo Groussac. — Artículo sobre "Andrade" citado por B. Basualdo en su estudio que sirve de prólogo a la edición oficial, pág. LXVI, Peuser, impresor, 1887.—Bs. As.

dísticas al lado de Andrade en "La Tribuna Nacional"—Lucio V. López, Pablo Groussac, Miguel Cané, Carlos Olivera, y una bandada de cantores nuevos: Gervasio Méndez, Rafael Obligado, Martín Coronado, Juan Chassaing, Jorge y Adolfo Mitre, Adolfo Lamarque, Alberto Navarro Viola,—que nos ha legado, si no muy bellos versos, su inapreciable "Anuario bibliográfico",—José Nicolás Matienzo, Enrique y Rodolfo Rivarola, Calixto Oyuela, Joaquín Castellanos, Leopoldo Díaz — que ensayaba alguno de sus muchos estilos—y Martín García Mérou, a quien debemos meritorios estudios sobre las letras de su época y numerosos trabajos de crítica e historia.

La revelación—digámoslo así, pues Andrade era poco conocido—del gran lírico que se presentaba fulgurante de imágenes, hablando en un tono nunca escuchado, trayendo al apacible ambiente donde se rendía culto ¡todavía! al romanticismo lamartiniano, se padecía con Werther y con René (1), y se adocenaban las musas enclaustradas en anquilosado neoclasicismo, causó extraordinaria impresión e impuso silencio a las guitarras y los organillos de Barbaria. Después de Echeverría nadie había llamado tanto la atención; después de Mármol no se habían leído versos más gallardos y de tal sonoridad. El desconcierto fue general y le siguió la unánime admiración hacia el poeta que, con las obras de su madurez, encontró luego la consagración definitiva. Andrade abrió un ancho campo, esclareció una ventana hacia el azul, mostró un nuevo horizonte a los poetas de su tiempo y a los que vinieron más tarde... pero, estos, salvo los desertores, los retardados o los que no renunciaban a ser

(1) Avellaneda: Escritos. "Poesías de Rivarola". "Enrique Rivarola es hijo de Werther, de René, de Obermann, de las meditaciones de Lamartine y de las Noches de Musset, es hermano de Olimpio por su juventud y por su tristeza, etc., etc.", pág. 293. Ed. Casavalle, 1883.—Bs. As.

académicos, por amor a los viejos moldes, doce o quince años después de la culminación del gran lírico se embarcaban en las nuevas tendencias literarias. Leopoldo Díaz es el único eslabón que une aquel grupo del 1875-82 a los renovadores de las letras hispano americanas.

Los nuevos, de dos o tres lustros, a lo sumo, posteriores a Andrade, recorrieron distancias enormes, con pasos gigantescos hasta elevar el nivel intelectual, aportando desconocidos ideales estéticos, poseídos del espíritu de las escuelas del 1885 en Francia, que heredaban las enseñanzas Huguianas, se nutrían en los lakistas ingleses, aprovechaban a Poe y Whitman, reconocían por precursores a Baudelaire, Heine, Nerval, Gauthier, Vigny y se encaminaban teniendo por príncipes portaliras a Lecomte de L'Isle, Villiers de l'Isle Adam, Mallarmé y Verlaine, hacia la pura poesía. Era el momento de las primeras siembras de José Martí, Gutiérrez Najera, José A. Silva y Rubén Darío. Andrade extinto, quedó atrás olvidado, como por otra parte todo lo argentino de su época en literatura. Al innovador que nos vino de Nicaragua se plegaron los nuevos líricos. Rubén Darío tuvo su centro de acción en el "Ateneo", cuya actividad cultural está todavía por escribirse.

"Aquella hora de nuestra historia intelectual espera su cronista; fué, ciertamente, significativa en la evolución de nuestra cultura literaria. El Ateneo, fundado diez años antes por un grupo de poetas, prosistas, pintores, escultores y músicos, había emigrado de la Avenida de Mayo esquina Piedras a un amplio salón del Bon Marché, contiguo al Museo Nacional de Bellas Artes. El cansancio de los socios viejos y el desenfado de los nuevos comenzaban a comprometer su existencia. Junto a los hombres reposados, no muy sensibles a la predicación de Rubén Darío—Obligado, Sivori, Vega

Belgrano, Quesada, Oyuela, Martinto, Julio Jaimes, Lamberti, Piñero, Osvaldo Saavedra, Holmberg, Rivarola, Dellepiane, Matienzo, Argerich—estaban los que ya tenían un nombre hecho, casi todos favorables a las tendencias modernistas — Escalada, Jaimes Freire, Leopoldo Díaz, Estrada, los Berisso, Soussens, Payró, Piquet, Cárcova, Aguirre, Baires, Carlos Ortiz, Ghiraldo, Stock, Arreguine, Ugarte— y nos agrupábamos decididamente en torno de Darío los últimos llegados—Lugones, que alcanzó celebridad en pocas semanas, Díaz Romero, Goycochea Menéndez, C. A. Becú, José Ojeda, Pagano, Américo Llanos, García Velloso, Nirenstein, Oliver, Monteavaro, Ghigliani, José Pardo, Luis Doello. El "Mercurio de América" fué, en cierto modo, el portavoz de estos grupos y especialmente de los dos últimos. Darío dió en llamar "La Syringa" al cenáculo juvenil que frecuentaba "El Mercurio", nombre que se difundió más tarde, cuando, muertos ya el Ateneo y "El Mercurio", se rehizo el núcleo con la anexión de otros jóvenes, que hicieron después su aparición en la revista "Ideas": Ricardo Rojas, Becher, Chiappori, Gálvez, Olivera, Gerchunoff, Ortiz Grognet y otros." (1)

El ambiente quedó completamente renovado, con la obra multiforme y de gran mérito de estos escritores. Ellos simbolizaron la destrucción de las viejas normas.

Andrade no tuvo, pues, discípulos. Los acentos y vuelos líricos no han sido renovados en España ni en América, e imágenes, polifonías y audacias imaginativas semejantes a las suyas no se encuentran en la literatura argentina del día, a no ser en la *"Introducción"* y el segundo *"Ciclo"* de *"Las Montañas del Oro"* y en la *"Gesta Magna"* de Leopoldo Lugones.

---

(1) "Ingenieros": "La personalidad intelectual de José M. Ramos Mejía", en Revista de Filosofía, Julio, 1915.

¿Sería aventurado considerar a Andrade como el primer poeta, algo así como el precursor de los nuevos poetas? Sin duda. Pero, por lo menos, hay que comenzar a contar desde él al clasificar a los verdaderos poetas argentinos. No por la perfección de su arte, ni su intelectualismo, (él no era un artista, era la surgente natural) sino por la elección de sus temas, la dignidad con que trata sus asuntos, la elevación que dió al idioma vuelto de una elocuencia única en sus manos, por el carácter, la originalidad y la distancia, en fin, que media entre él y los poetas de habla española de su tiempo. Ya hemos anotado los nombres de los versificadores de la "gran capital del sud"; no es necesario insistir; y en el resto de América si no se escuchaba la silva a *"La Agricultura en la zona Tórrida"* de Don Andrés Bello, o la oda *"Al cultivo del maíz en Antioquía"*, repercutían los versos en que Don Manuel José Quintana, a la sazón (1) imperante e imitado por los peninsulares, se dirigía *"A Don Nicasio Cienfuegos convidándole a gozar del campo"*, elogiaba *"La invención de la imprenta"* o *"La expedición española para propagar la vacuna en América"*. Espronceda, extinguido en 1842, no disfrutaba aún de la fama que le dieron más tarde su *"Diablo mundo"* y su *"Estudiante de Salamanca"*. Se iniciaban Echegaray y Núñez de Arce.

Andrade tenía, como diferencias sobre todos esos poetas, una esencial, el don del canto, otra inseparable del verdadero poeta, el don de la imágen, su lenguaje natural, y también como cualidad innata, su gran lirismo. Había en su tiempo un solo poeta con quien compararlo: Víctor Hugo, (2) y su parecido estaba en la esencia de la personalidad, pues

(1) Quintana nació en 1772 y murió en 1857. La época de Andrade es 1840-1882.

(2) Don Juan Valera en su estudio sobre Andrade lo clasifica en el grupo de Hugo, Manzoni y Quintana. "Cartas Americanas" 1.a serie, tomo I, pág. 72.

no se crea un espíritu semejante a otro, ni se inventa una idéntica manera de concepción.

IV.—ANDRADE Y HUGO

Andrade ha sido abrumado largo tiempo con la acusación de imitador de Hugo. Nos hemos tomado la molestia de verificar si es exacto y el resultado ha sido favorable a nuestro poeta. Acabamos de apuntar la razón principal, pero hay otras.

¿Existe similitud, entre las poesías de Andrade: algunas composiciones sentimentales o elegíacas, otras pocas patrióticas, un corto número de fantasías, sobre temas universales, sus cinco grandes poemas? No encontramos ninguna, ni en los temas, ni en el procedimiento, ni en el arte de uno y otro. ¿Qué obra de Hugo ha imitado? Oígan quienes lo acusan o recogen la versión. El poeta las conocía todas; en ellas Hugo es "épico, dramático, elegíaco, satírico, tierno, emocionado, gracioso, cómo y cuando le place?" (1). Por ninguna de esas cualidades, si las tuvo, se califica nuestro Andrade, sino por lo que es común a ambos: el lirismo de gran vuelo. Emile Faguet dice de Hugo: "Era un lírico de un gran soplo, o mejor de un gran movimiento, y el rodar de sus estrofas semejaba galopes de gran caballería". Es la definición más aplicable al poeta argentino. No es, pues, ninguna de las obras poéticas de Hugo, que hemos revisado, ninguno de sus tomos de versos ni poemas determinados, lo que ejerciera influencia sobre la inspiración de Andrade, sobre el total de sus obras o determinado canto, si se exceptúan las imitaciones que van al final del tomo y lo declaran. Hugo deslumbraba, era el dios, era imposible querer desconocer su prestigio; llenaba toda su época y es, más bien, la orientación se-

---

(1) Emile Faguet. Histoire de la litterature française. París 1914, págs. 260-262.

guida por el poeta francés,—de la humanidad moderna mejor, un enorme demarcador de rumbos, influenciador formidable de la literatura universal y eslabón magnífico de la evolución literaria, lazo que une los antiguos ideales estéticos a los nuevos lo que obró sobre Andrade; es el tono mayor, los giros líricos, lo que impresionó el espíritu del poeta argentino, puesto también, como el maestro, frente a parecidas situaciones heróicas que exaltaron su canto. ¿Qué importaría, por otra parte, un verso, una imagen semejante, un asunto, tomado por Andrade a Hugo? Fué, en definitiva, nuestro poeta, fruto de su siglo, y como Hugo,—encarnación poética del suyo, siglo de Napoleón y sus campañas, de los dos imperios, de la guerra franco-prusiana y la Comuna,—Andrade es la encarnación de nuestra época más grande después de la epopeya emancipadora, que ya hemos bosquejado. Exuberante, desbordante, lleno de fantasía, pletórico de vida y energía, espontáneo, imaginífico, abandonado, desordenado, sin disciplina, en suma—¿era posible tenerla en su tiempo?—lleno de cualidades y defectos, Andrade es nuestro Hugo, el Hugo de América.

V.—EL ESPIRITU DE ANDRADE Y SU OBRA

Andrade estuvo de acuerdo con su época. En la vida como en su obra fué un romántico. Pasó por aquélla silencioso, ocultando bajo un aspecto indiferente la vehemencia, el fuego interno; parecía un sonámbulo, dicen sus biógrafos (1) y algunos agre-

---

(1) "Andrade era una especie de sonámbulo con cara de esfinge, incolora, irregular, sin expresión y sin movilidad. Nada predisponía menos que su aspecto y su persona descuidada, y, sin embargo, aquel hombre era un notable y elocuente periodista, un talento vasto y seguro, un estilista de primera fuerza, un poeta esclarecido." Martín García Mérou, obra citada.

gan que nada denunciaba en él al altísimo poeta. (2) Y en su obra no pudo escapar a la avasalladora influencia. Pero, en sus años, había ya pasado el "mal del siglo". Ya era del peor gusto la exasperación de los Werther, y había pocas personas que llorasen con "María" de Jorge Isaacs, aunque después lagrimearan en prosa con "La Dama de las Camelias" y con música en "La Traviata". En fin

"Romántico somos... ¿quién que es no es romántico?
Aquel que no sienta ni amor ni dolor,
Aquel que no sepa de beso y de cántico,
Que se ahorque de un pino: será lo mejor," (2)

ha dicho el poeta en nuestros días. Pero hablamos del romanticismo literario. La segunda escuela romántica se prolongó como hemos dicho por cien años, 1750-1850, en Francia, y fué imposible librarse de su influjo.

Andrade era un romántico de las postimerías del siglo. Su obra rebosa un gran optimismo, sus temas son las cosas grandes, lo heroico, sus cantos respiran fuertemente, él es el exaltador por excelencia; su espíritu bien templado ignora los desfallecimientos; por consiguiente, nada tiene que ver con los llantos y la "necesidad de escapar de lo real" de Chateaubriand, De Musset, Lamartine, De Vigny, y algunos contemporáneos suyos; pero si el romanticismo consiste—como dice Faguet, refiriéndose a Hugo—en el predominio de la imaginación y la sensibilidad

---

(1) "Las exterioridades de la persona del insigne vate estaban muy lejos de revelar la inteligencia poderosa que desplegaba en sus producciones literarias. Aparecía mustia y decaída la figura del poeta, porque era encogido de cuerpo y de maneras, no obstante su bien proporcionada estatura; tenía la frente de regular amplitud, aunque prematuramente cubierta de arrugas; vaga y sin brillo la mirada, e inmóviles y resecos los labios, como si se negaran a dar paso a la corriente viva de la palabra que comunica vida y animación a la fisonomía." Jacob Larrain, estudio citado.

(2) Rubén Darío, "El canto errante". La canción de los pinos, pág. 97. — Pérez Villavicencio, editor, 1907, Madrid.

sobre el amor de la verdad, sobre el amor de la medida, si el romanticismo tiene por carácter esencial ser exagerador, Víctor Hugo es el *"tout premier"*, es el príncipe del romanticismo". Tal el carácter, el espíritu de la obra del poeta argentino, y, en consecuencia, Andrade, es un verdadero romántico, de la especie clásica. Era elegíaco y también, como Hugo, muy frío, y en nuestro bardo a la inversa del francés, sobre todo épico—"el más grande de los poetas épicos franceses, superior a Ronsard, Voltaire y aún a Lamartine" (1)—no estaba ese carácter en un grado semejante al "élan" lírico; que lo era, no obstante, nos lo prueba su *"Atlántida"*, el más hermoso ensayo de poema épico que se haya escrito entre nosotros, calificado simplemente por el autor "canto al porvenir de la raza latina en América". Fué su última producción y la más noble.

Si no lo es aún, *"Atlándida"* llegará a ser considerado el poema épico de América. No se ha escrito otro mejor, y conste que no olvidamos *"La Araucana"* de Ercilla y *"La Cristiada"* del P. Ojeda, que citan los manuales como los menos imperfectos de todos los poemas épicos, en lengua castellana, de España y América. Con *"La cautiva"* y el *"Avellaneda"* de Echeverría, el *"Martín Fierro"* de Hernández, el *"Tabaré"* de Zorrilla de San Martín, formará *"Atlántida"*, en primera línea, el aporte épico de nuestra raza a la literatura universal.

Nuestro gusto personal, razón de temperamento, gusta particularmente en Andrade el poeta lírico, y más todavía el lírico menor; nos encanta el de *"La vuelta al hogar"*:

> Todo está como era entonces:
> La casa, la calle, el río,

(1) Emile Faguet, obra citada.

Los árboles con sus hojas
Y las ramas con sus nidos,

un pequeño poema que hemos aprendido todos en nuestra niñez y no hemos olvidado nunca; el de *"El Consejo Maternal"*:

Ven para acá me dijo dulcemente
Mi madre cierto día.
.. ..
¿No sabes que la madre más sencilla
Sabe leer el alma de sus hijos
Como tú la cartilla?
.. ..
Yo prorrumpí a llorar.—Nada,—le dije,
—La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón; y lloro!...

otra composición que desde la infancia está grabada en nuestro cerebro; el de *"Las Ideas"*, que empieza:

Surge a veces en el llano
Y en la loma a veces brota
Susurrando mansamente,
Como de una arteria rota,
Cristalino manantial

y, desarrollando la vida fecunda, que avanza siempre, de las que él mismo ha llamado *"Mariposas de luz del pensamiento"*, termina:

Así nacen las ideas
Manantiales de onda pura,
Las ideas, que no tienen
Más escudo ni armadura
Que el escudo de la fe.
Pero avanzan silenciosas.
Se retuercen, forcejean,
¡Y se allanan las montañas
Y los páramos chispean
A los golpes de su pie!

Es un Andrade tierno, delicado, el que menos se aprecia y se conoce menos; no obstante son pocos los que no recuerden esta estrofa,—de una especie tan en boga en ese entonces, predilecta de Ricardo Gutiérrez,—del poema *"La Mujer"*:

Solo, como la palma del desierto,
Mudo, como la boca del abismo,

Triste, como la noche del recuerdo,
Vago, como la niebla del vacío,
Arbol sin hojas,
Astro caído,
Tal era el hombre en la primer mañana
Sonámbulo del sueño del destino.

Es lástima que haya muy poco de este Andrade menor, sentimental, íntimo, subjetivo. Nuestra creencia es que aún permanecen ignoradas producciones suyas de ese género,—que en todo caso, como su producción periodística a recopilarse, poco a poco darán su valor real,—acaso por descuido de los primeros compiladores, bien por dificultad para obtenerlas.

¿O es que el poeta fué principalmente un cantor imaginativo? En fin, si era susceptible de dar esas puras notas de sentimiento, sabemos que su preferencia y cualidad primordial era remontarse a altísimas regiones en vuelos aquilinos, arrojar su Pegaso a los abismos, de allí volver sereno, y otra vez, en alas de su enorme fantasía, librar el diamantino caballo, desbocado, a pacer en las estrellas.

Sus poemas menores, sus fantasías, sus cantos, tienen por temas el amor filial y paternal, el amor a la patria, a la paz, al progreso, la justicia y el derecho; en ellos exalta nuestra naturaleza, nuestros héroes, nuestros poetas y grandes hombres; glorifica los hechos trascendentales, las batallas, las victorias, las ciudades, América, y en fin, al más grande héroe de la humanidad, de los tiempos antiguos y de todos los tiempos: Prometeo. Frecuentemente se sitúa en una cumbre ideal, para contemplar las épocas y la humanidad; desde allí sintetiza la historia; a sus ojos nada se oculta y su mente abarca, como un brazo colosal, el universo. En su hervor imaginativo trastorna a su antojo la cosmogonía, la geografía y la física, a fin de crear metáforas. "Para Andrade, — dice Grous-

sac — la visión poética del mundo parece que se produjera, como para Víctor Hugo, a través de un lente convexo que engrandece los objetos hasta deformarlos. Andrade no pinta bien sino lo grandioso y colosal, así en el mundo sensible como en el de las ideas y sentimientos. Pide sus imágenes favoritas al mar, a la montaña, al huracán, al cóndor de los Andes, a los cataclismos volcánicos o siderales; así como en el batallar de las pasiones prefiere cantar el heroísmo, el entusiasmo, el orgullo titánico, el odio inflexible, las acres voluptuosidades del martirio; en fin: las sensaciones extremas en su violento paroxismo''.

La producción menor de Andrade, recordémoslo, data de su niñez, y es cosa inútil repetir que no tiene el valor de sus últimos trabajos. Andrade desenvolvió su genio poético en los últimos años de su vida, algo tardíamente, es cierto, como consecuencia de su existir lleno de dificultades. Los afectos del hogar, las luchas militares de que fué testigo y que le arrebataron el padre en su tierna infancia, hirieron su sensibilidad causándole los primeros entusiasmos y dolores, estimularon sus primeros cantos. Urquiza fué también su inspirador en la adolescencia, y le canta, con mayor entusiasmo que destreza, en el comienzo de una fuerte adhesión no desmentida más tarde.

El fervor admirativo del joven se explica. El vencedor de Monte Caseros llenaba el ambiente con su espléndida figura, con su prestigio tan temido y combatido por sus ambiciosos contemporáneos. Era el héroe del momento histórico, personaje de noble estirpe; no un caudillo gaucho. era el libertador de la tiranía, el creador de la Constitución, el ejecutor del pensamiento de Alberdi; hombre grande y desinteresado, en suma, con muchos puntos de semejanza a San Martín, — recuérdese su elimina-

ción del escenario político en momentos que pudo imponer su albedrío, — fué el último héroe argentino. Y tuvo en Andrade su primer poeta. Luego nuestro lírico deja oír su canto, al azar de la ruta, cuando puede libertarse, un instante siquiera, de su combativa vida de diarista. Así surgen todas sus producciones intermedias hasta llegar al "Arpa perdida", "La libertad y la América", "La noche de Mendoza", "Al general Lavalle", una de las mejores composiciones que se distingue por sus perfectas quintetas endecasílabas; "El nido de cóndores", bella fantasía conocida por todo argentino, la obra con que se dió a conocer Andrade en Buenos Aires; "San Martín", himno del más puro y noble lirismo, fervor y entusiasmo hacia el inmortal guerrero; "Atlántida", a que hemos hecho referencia; "Prometeo", que nos merecerá mayor atención; y al "Canto a Víctor Hugo. Esta obra nos parece hoy de un fervor exagerado, aparte su efusión, muy justificable. Pero debe tenerse en cuenta que Hugo era entonces el príncipe de la poesía, el astro esplendente, deslumbrador de todas las inteligencias de poeta. Su comunión espiritual lo llevó a ver en Hugo un dios, un redentor, un precursor, un profeta, una especie de Moisés. Y no es extraño puesto que en otros escritores que vinieron después ha tenido el mismo concepto. Recuérdese la introducción de "Las montañas de oro" cuyo espíritu tiende a divinizar el poeta, a considerarlo como iluminado—engendro del prodigio, — dice su cantor, intérprete del misterio, — "él tiene su cabeza junto a Dios", — agrega, — dueño del Verbo; "armoniosos doctores del Espíritu Santo", — les llama, y, por excelencia, consagra a Homero: "pirámide sonora que sustenta los talones de Júpiter, y a quien tan de cerca ha hablado Dios, que él habla lo mismo"; a Dante, que "alumbra el abismo con su alma" y "alza entre dos cre-

púsculos una portada inmensa"; a Whitman, "de cuyo verso en las vértebras enormes pesa cuánto es fuerza, creación, universo", y el gran poeta francés, puesto el primero en la serie:

"Hugo con su talón fatiga
Los olímpicos potros de su imperial cuadriga.
Y como de un océano que el sol naciente dora,
De sus grandes cabellos se ve surgir la aurora."

El canto de Andrade, en honor y exaltación del poeta que llenaba con su voz y su espíritu el siglo, es una obra verdaderamente bella y buena. La compuso a los cuarenta años y la envió al bardo. Hugo le agradeció en una breve carta, bastante cordial, que debió, sin duda, colmar de satisfacción a nuestro lírico. Pero sus grandes obras, por su forma y fondo, como por lo que representan, seguirán siendo "Atlántida" y "Prometeo". En tal sentido, con esta última, Andrade realizó un hecho de gran importancia: la incorporación de la leyenda del titán redentor, revelado por Esquilo, a la poesía argentina, "donde figura como su más inspirado poema". (1)

Nuestro poeta, según dice un escritor de su tiempo, tenía la obsesión de este gran argumento; debió tentarlo la grandeza del admirable "mito arriano que llenaba de religioso temor al vate griego, y despertaba el asombro de Tertuliano", (2) y que ha sido tratado por tantos poetas, escritores, músicos, pintores desde la antigüedad helénica (3) hasta nuestros días.

---

(1) Leopoldo Lugones "Prometeo". Cap. "Hacia la luz antígua", pág. 9|11.

(2) Pablo Groussac, estudio ya citado.

(3) Al ocuparse del "Prometeo" de Andrade, Santiago Estrada para combatirlo por librepensador, malignamente, apestando con su olor a sacristía, y Guido y Spano en una calurosa carta, recuerdan que la leyenda fué tratada por Heródoto, Hesiodo, Menandro, Luciano, Tertuliano, Calderón de la Barca, Voltaire, Menard, Maury, Desmoutier, Nogelsback, Combes, Andrieux, Potin, Goethe, Byron, Shelley, Michelet, Quinet, Hugo, el P. Baltasar de

Hace cinco años apenas Leopoldo Lugones dió a luz su admirable segunda parte de "Las limaduras de Hephaestos", que titula con el nombre de "Prometeo", a quien califica "un proscripto del sol". Es un ensayo sobre las ideas griegas que constituyen el fundamento de nuestra civilización, a fuer de estímulo expuesto a los argentinos, en su primer centenario, para readquirir el método de vida a cuya práctica debió la Grecia su felicidad y su gloria. Son las propias palabras del autor, que luego argumenta el hecho de figurar Prometeo en nuestra literatura debido a Andrade, como razón para merecer el estudio que le consagra, aunque no del punto de vista estético. Allí Lugones, en ese gran trabajo, uno de los más bellos entre los suyos, revisa el mito prometeano examinándolo con el mayor escrúpulo y se atiene, después de reverlo todo, a la tragedia célebre, la segunda parte de la trilogía de Esquilo, profundo conocedor de los misterios de Eleusis, donde se custodiaba el origen de la sabiduría. Nuestro escritor conviene en que Prometeo es el mito más elevado e intelectual de la mitología y se desprende que el titán fué el generador del hombre, el creador de la esperanza, que dotó del fuego espiritual a los hombres; él es el númen de la mente, el civilizador e iniciador de las artes, el precursor, el pensador; él hizo al hombre eterno, induciéndole a renovarse. Por la esperanza, por el olvido de la muerte, quitándole la previsión de su fin, hizo al hombre inmortal.

El Prometeo de Andrade es un personaje precursor de Cristo, como lo consideran algunos Padres de la Iglesia, por haberse apoderado del símbolo pagano para su teológico usufructo, y más aún,

---

Victoria, Polidoro Virgilio, Natal Comitis, Jamin. Paul de Saint Víctor, Augusto Nicolás; Rivera en un cuadro; Beethoven en una sinfonía, Saint Saens en una sonata, etcétera, etc.

un símbolo de Jesús el Nazareno. El poema andradiano se inspira en la misma idea, como la obra de Quinet, que decidió la concepción de nuestro poeta y de quien siguió, en parte, las huellas en el poema que nos ha legado.

Andrade exhumó a Prometeo, no para encerrarlo en la época creadora del mito o en la de su revelador, Esquilo. Se apoderó del símbolo para aplicarlo a otras doctrinas, y mejor, para con el pretexto del canto al creador de la mente elevar un himno al pensamiento humano. Así su obra es una oda magnífica, llena de arrebato lírico, de inspiración, donde relampaguea el genio en enceguecedora sucesión de audaces metáforas.

"Prometeo" alcanzó un enorme éxito al publicarse. Los escritores y poetas de la época le consagraron elogiosos artículos y cartas entusiastas. Solo Santiago Estrada lo consideró como una especie de herejía, en su espíritu, y en cuanto a su forma y procedimiento, como en otras obras de Andrade, descubrió similitudes y plagios que se complace en enumerar en uno de sus estudios mejor escritos. Ya hemos dicho que nuestro lírico era fruto de su tiempo y obedecía a sus influencias. No era absolutamente original, está demás decirlo. Por otra parte, Leopoldo Lugones, que sabe a qué atenerse, dice al respecto: "La pretensión de originalidad absoluta es una necedad moderna".

Nicolás Avellaneda, en su carta a Andrade, le dedicó entre calurosos aplausos el bello verso de Esquilo: "Para vos la vía pura de los pájaros". Wilde y Guido Spano le escribieron ponderando el uno de original manera la producción y el otro saludándolo efusivamente con el clásico ¡Evoé! Era el pregusto de la gloria.

De esa época datan, salvo contadas excepciones, los juicios críticos sobre Andrade, algunos de los

cuales se mencionan en este ensayo que hemos intentado sobre la personalidad del poeta.

En cuanto al estilo y la forma de Andrade notamos, en las imperfecciones, falta de pulimento, de "metier" y, seguramente, desdén por la propia labor. Muchos adjetivos son ineficaces o pobres, pero se reivindica con algunas gráficas y ya célebres imágenes, cuya audacia alarmó a sus contemporáneos.

Sin menospreciar los metros y combinaciones rítmicas en boga en esa época, tenía singulares preferencias por la silva. En ella volcó sus odas. Así disfrutaba de libertad y podía adquirir el "gran movimiento" y dar casi siempre gran soplo lírico a sus temas—concreciones de historia,—lo que le ha valido el calificativo de "sublimemente didáctico" con que lo agobia don Juan Valera — manejando con agilidad extraordinaria los acontecimientos, dándoles brillo y relieve magnífico, realizando una "Leyenda de los siglos" a su modo.

Nunca fué complicado y obtenía, por los más sencillos recursos, pues era eminentemente puro, natural, lógico, sin artificio, gran musicalidad y excelentes efectos verbales.

A nosotros, hombres del siglo XX, que hemos bebido en las modernas fuentes, llegados después de la admirable renovación literaria última, que nos inculcó medida, impuso bridas a la exuberancia, tendiendo a la síntesis y la perfección de la forma, a nosotros, posteridad de Hugo, Whitman y Carducci, contemporáneos de D'Annunzio y Darío, grandes líricos y sumos artistas, nos resulta Andrade algo vago, impreciso, demasiado sonoro, inconsistente, defectuoso, frío, efectista. Pero nuestra es la culpa y del tiempo.

VI—CONCLUSION

Era un gran poeta lírico. Imposible desconocerlo. Realizaba el verdadero tipo, completo. Júzguese por la concepción de ese tipo literario debida a una autoridad como Sainte-Beuve, en la bella página siguiente: "Un poeta lírico — dice a propósito de Juan Bautista Rousseau, aunque no para elogiarlo —es un alma sencilla que pasa cantando por el mundo; esta alma puede entonar los más contrarios sones, según el medio en que vive, según las corrientes y los tiempos. Cuando flota entre un pasado gigantesco y un porvenir deslumbrante, el alma del profeta exhalará gemidos por la época que acaba y por la luz que se extingue, o saludará con verdadero amor la aurora que anuncia la venida triunfal de días mejores. En épocas menos grandes, pero bellas aun y más puramente humanas, cuando los reyes son héroes o hijos de héroes, cuando los semidioses acaban de desaparecer y no se han olvidado, cuando la fuerza y la virtud son una misma cosa, y el más rápido en la carrera o el más diestro en la lucha es el más piadoso, el más valiente, el mejor, entonces el poeta lírico, verdadero sacerdote como el estatuario, cantará con armonía solemne la alabanza de los vencedores, dirá los nombres de los corceles, y si son de generosa raza, hablará de los antiguos y de los fundadores de ciudades, reclamando coronas de laurel o copas cinceladas o trípodes de oro. Será lírico también, aunque con menos grandeza y menos gloria, el que viviendo en los ocios de la opulencia o en el sosiego de la abundancia, cante las delicias de la vida y la aparente gloria de un tirano. Y en todas las épocas de renovación, en todos los siglos turbulentos, será lírico el que penetre el sentido profundo, la ley sublime de las tempestades sociales o políticas, respondiendo a los accidentes ciegos con un eco inteligente y sonoro;

o el que, en los días agitados de revolución y de trastorno, se recoja en sí mismo formándose un mundo aparte en la esfera de las ideas y los sentimientos, mundo armonioso o anárquico, sereno o funesto, de consuelo o de desesperación, un cielo, un caos o un infierno. Todos estos son líricos y deben figurar en el número de aquellos cuyos nombres adora la humanidad".

Andrade, lírico pindárico-huguiano, es uno de ellos. Y perdurará en nuestra literatura como en el corazón de los argentinos por lo que realizó generosamente y porque siendo un carácter elemental, como clasifica Taine al que tiene por cualidades intrínsecas la aptitud de pensar "por imágenes bruscas o por largas hileras de ideas encadenadas" (1), ejercerá un predominio incesante en los espíritus a menos de ocurrir una total renovación de valores. Tal es su valor moral.

Andrade debe ser estudiado por los nuevos escritores y los del porvenir bajo otros aspectos, con otros temperamentos, con mayor atención aunque no con mayor cariño y probidad intelectual, ya que no son otras dotes las empleadas por nosotros en este trabajo.

El objeto de formar nuestra tradición cultural, por el conocimiento de lo nuestro, es la característica del momento, y no puede haber propósito más útil a la nacionalidad en formación. El tema es hermoso y dista de agotarse. Andrade cantó todo lo noble y lo grande. Cantó lo que debió cantar.

"Manibus date lilia plenis".

EVAR MENDEZ.

Buenos Aires, 1915.

---

(1) M. Taine. De l'ideal dans l'art. Cap. III, págs. 42-45, Germain Baillìere, ed. 1879.—París.

BIBLIOGRAFÍA DE OLEGARIO V. ANDRADE

EDICIONES DE SUS OBRAS

Olegario V. Andrade.—Obras poéticas. Publicación ordenada por el Excmo. Gobierno Nacional. Imp., Lit. y Enc. de Jacobo Peuser. Buenos Aires 1877. Prólogo de Benjamín Basualdo. Con una litografía de Andrade. Tres documentos oficiales, en 8.°. Agotada.

Olegario V. Andrade.—Obras poéticas, precedidas de una noticia biográfica y crítica por Jacobo Larrain. Santiago de Chile, en 8.°, r. Con retrato del autor. Agotada.

Olegario V. Andrade.—Prometeo. Folleto. Buenos Aires 1878.

Olegario V. Andrade.—Obras poéticas, 2.ª edición. Librería de G. Mendesky e hijo, editor. Buenos Aires 1905. Reproducción de la primera con el prólogo de Benjamín Basualdo. Se ha suprimido la poesía "La Creación" y los documentos oficiales. Contiene un fotograbado de Andrade. Impreso en París. Vda. de Ch. Bouret.

Obras poéticas de Olegario V. Andrade.—Reproducción fraudulenta de la primera, perseguida por la casa Mendesky, excepto la poesía "El consejo maternal", documentos, prólogo y retrato. Barcelona, casa editorial Maucci. Buenos Aires, Maucci Hnos. Compuesto con máquina Tipograph, en Barcelona, 1909.

Carlo Francesco Scotti.—Canti Argentini. "Atlantide". (Traducción al italiano del poema homónimo), Bs. Aires, 1887.

PRINCIPALES ESCRITOS SOBRE ANDRADE Y SUS OBRAS

Cartas, artículos, estudios críticos y opiniones

Nicolás Avellaneda.—Carta sobre "Prometeo", a su autor, fechada Enero 14 de 1878. En "Escritos" Tomo I, Ed. 1883. Bs. Aires.

Carlos Guido y Spano.—Carta sobre "Promeeo", a su autor, fechada Enero 19 de 1878. En "Ráfagas", Tomo II, Ed. 1879, Bs. Aires.

Eduardo Wilde.—Carta sobre "Prometeo", a su autor, fechada en 1878. En "Prometeo y Cía.", 2.ª Edición, 1899, Bs. Aires.

Santiago Estrada.—Olegario V. Andrade. Estudio crítico sobre las obras del autor: "El nido de Cóndores", "El arpa perdida", "Prometeo" y "San Martín". En Obras completas de Santiago Estrada. "Miscelánea", Tomo I, Ed. 1889, Barcelona.

Julio A. Roca.—Oración fúnebre en la tumba de Andrade. "La Tribuna Nacional", Octubre 31 de 1882, Bs. Aires.

Benjamín Basualdo.—Olegario Víctor Andrade. Prólogo para la primera edición de sus obras poéticas, reproducido en folleto, 1887, Bs. Aires.

José Nicolás Matienzo.—El poeta Olegario V. Andrade, estudio crítico-biográfico y defensa de los cargos dirigidos a Andrade por Don Santiago Estrada, reproducción del artículo escrito en Tucumán y publicado en el número de 1.° de Enero de la "Nueva Revista de Buenos Aires", 1882, Bs. Aires.

Mariano A. Pelliza. — Andrade, boceto biográfico. En "Glorias Argentinas", 1885, Bs. Aires.

Miguel Cané.—"Prometeo", por Olegario Andrade. En "Charlas Literarias", 1885, Meaux.

Pablo Groussac, artículo sobre Andrade a propósito de "Prometeo", del cual se cita fragmentos en el prólogo de B. Basualdo citado, 1882.

Martín García Merou.—Párrafos dedicados a Olegario V. Andrade, y transcripción de fragmentos del estudio biográfico y crítico de Jacobo Larrain. En "Recuerdos literarios", 1891, Bs. Aires.

Goycoechea Menéndez (Luis Stella), Andrade, en "Los primeros", 1897, Córdoba.

Ricardo Rojas.—Andrade, conferencia leída en el Ateneo de Madrid. Publicada en la revista "La Lectura", 1907, Madrid.

Consultar

Juan Valera.—"Cartas americanas", 1.ª Serie, tomo I, Madrid.
M. Menéndez y Pelayo.—"Antología de poetas hispano-americanos", tomo IV, Madrid.
Enrique Navarro Viola.—Nota sobre Obras poéticas de O. V. Andrade, Anuario Bibliográfico de la República Argentina, tomo IX, año 1888, Bs. Aires.
Domingo F. Sarmiento.—"Obras completas", tomos 40, 46, 47 y 52, Bs. Aires.
José Tomás Guido.—"Fastos de la libertad", 1886, Bs. Aires.
Pedro Pablo Figueroa.—"Prosistas y poetas de América Moderna", 1891, Bogotá.
Rafael Hernández.—"Pehuajó", nomenclatura de sus calles; breve noticia sobre los poetas argentinos que en ella se conmemoran. Plaza Andrade, 1896, Bs. Aires; Diccionario biográfico contemporáneo sud-americano, 1898, Bs. Aires.
Emilio Alonso Criado.—"Literatura argentina"; apuntes, 1900, Bs. Aires.
Ernestina A. López.—"¿Existe una literatura americana?", tesis, 1901, Bs. Aires.
Leopoldo Lugones.—"Las limaduras de Hephaestos"; "Prometeo" (Un proscripto del sol), 1910, Buenos Aires.
Enrique García Velloso.—"Historia de la literatura argentina", suplemento de "La Nación", 1910, Buenos Aires.
Juan de la C. Puig.—"Antología de poetas argentinos", tomo IX; "Lira Argentina". Noticias biográficas y bibliográficas, 1910, Bs. Aires.
Adolfo P. Carranza.—"Razón del nombre de las calles, plazas y parques de la ciudad de Buenos Aires", 1910, Bs. Aires.
Adrián Beccar Varela y Enrique Udaondo.—Plazas y calles de Buenos Aires; significación histórica de sus nombres; tomo II, Pasaje Andrade, 1910, Bs. Aires.
Ernesto Mario Barreda.—Nuestro Parnaso, tomo III, 1913, Bs. Aires.
Guillermo Leguizamón.—"Literatura argentina", ensayos hechos por los alumnos de 5.° año del Colegio Nacional Central bajo la dirección del profesor en la materia.
Ernesto P. Tornú.—Poetas argentinos.
Juan Marcial Contreras.—Literatura Argentina.

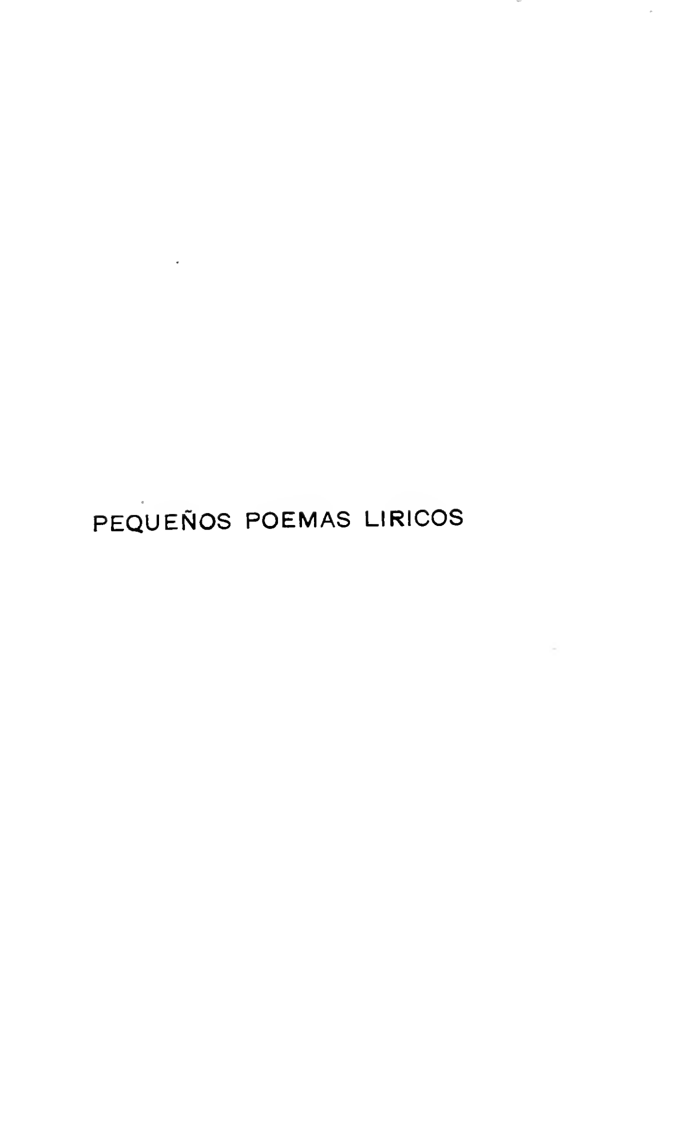
Arrotea y Casabal.—Diccionario biográfico nacional.
Paz Soldán.—Diccionario geográfico estadístico argentino, cerros Andrade; Registro Nacional, Octubre 1882; Cámara de Diputados, diario de Sesiones, Junio de 1884.

Antologias

Juan M. Gutiérrez.—América Poética.
Francesco Lagomaggiore.—América literaria.
Carlos Romagoza.—Antología americana.
Alfredo Cosson.—"Trozos selectos de literatura".
Martín Coronado.—"Literatura Americana".
Juan Lussich.—"Cantos de amor argentinos"; "Antología americana", casa editorial R. Espasa.
José León Pagano.—"Parnaso Argentino".
Benigno T. Martínez.—Antología Argentina; "El declamador", casa editora Angel Estrada; "Parnaso Argentino", casa editorial Maucci, etc.

Diarios

"El Mercantil", Gualeguaychú, Agosto 1857; "La Reforma", Bs. Aires, Enero 1858; "El Federalista", Santa Fe, 1858; "El Comercio", Santa Fe, 1859; "El Pueblo Argentino", Bs. Aires, 1867; "La América", Bs. Aires, 1867; "La Tribuna", Buenos Aires, 1878; "La Tribuna Nacional", Buenos Aires, 1880.



PEQUEÑOS POEMAS LIRICOS

Pequeños poemas líricos

LAS IDEAS

Surge a veces en el llano,
y en la loma a veces brota,
susurrando mansamente
como de una arteria rota
cristalino manantial.

Manantial inagotable
cuya linfa fresca y pura
se desliza misteriosa
bajo arcadas de verdura,
como sierpe de cristal.

Danle sombra con sus ramas
los arbustos de la orilla,
y desplega ante sus plantas
la balsámica gramilla
su magnífico tapiz.

Ya se vuelca en un ribazo,
ya se arrastra en una hondura,
ya parece desde lejos
en la faz de la llanura
misteriosa cicatriz.

Pero avanza, siempre avanza,
deja el llano, cruza el monte,
y al murmullo de sus pasos
se va abriendo el horizonte
como el velo de un altar.

Lo saluda el ave errante,
con dulcísimos gorjeos,
y le cuenta el aura tímida
sus amantes devaneos,
a la luz crepuscular.

La onda leve se agiganta,
su rumor se torna en grito,
como el pecho en que fermenta
la ansiedad del infinito,
la inquietud del porvenir.

Y creciendo y avanzando,
el raudal se torna en río,
y va el río tumultuoso
impertérrito y sombrío
con el mar a combatir!

Así nacen las ideas,
manantiales de onda pura,
las ideas, que no tienen
más escudo ni armadura
que el escudo de la fe.

Pero avanzan silenciosas,
se retuercen, forcejean,
y se allanan las montañas
y los páramos chispean
a los golpes de su pie!

Julio 18 de 1874.

LA FLOR DE MI ESPERANZA

Yo diviso rodando marchita
sin aroma la cándida flor,
que furioso huracán precipita
resonando con triste fragor.

De mi seno se lleva la calma,
mis ensueños de gloria, de paz,
y en lugar de la dicha del alma,
sólo queda un recuerdo fugaz.

En un tiempo, que huyó presuroso
como el eco de triste canción,
levantando su cáliz precioso
parecía celeste visión.

Era hermosa cual nítida estrella,
Que refleja su plácida luz,
cuando sola la luna descuella
de la noche en el negro capuz.

Su fragancia divina brindaba
conmovida por mágico ambiente,
y al mirarla un suspiro lanzaba
con mi llanto regando su frente.

Pero pronto el impulso violento
del terrible fatal aquilón,
sin piedad destrozó en un momento
de mis sueños la dulce ilusión.

Y nos sigue un conforme destino:
yo doblego mi altiva cerviz,
ella pierde su aroma divino,
su precioso, variado matiz.

¡Cuán sensible es el ver marchitarse
de ferviente esperanza la flor,
y en la vida fugaz deslizarse
por abismos de luto y horror!

Uruguay, Octubre 13 de 1855.

LAS FLORES DEL GUAYACÁN

A MARIA

Cuenta la vieja leyenda
de una raza desgraciada,
que fué en los pasados siglos
de esta tierra, soberana—

raza que tuvo su historia,
pero una historia de lágrimas,
copiosa como los ríos
que bajan de sus montañas.—

Historia que yo he leído
con el alma desgarrada
en las rocas y en los árboles
de los valles de mi patria.—

Que allá en los lejanos bosques
donde florece la caña
y confunden sus aromas
el dátil y la guayaba,—

Bosques que guardan la cuna,
como muralla sagrada,
del Paraná, cuyas ondas
besan y lavan su planta,—

Hay un árbol gigantesco
de alto tronco y hojas anchas,

de que el guaycurú valiente
fabrica flexibles lanzas.—

Arbol que el rayo respeta
y acarician las borrascas,
que el sol del trópico quema
con sus torrentes de lava.—

Arbol que en la primavera
se viste de flores pálidas,
que airoso lleva en la frente
como guirnalda dorada.—

Sabe el indio de esas flores
una leyenda fantástica,
que repite en el silencio
de las noches estrelladas.—

Dice que en el rubio seno
de su corola gallarda
se anida una mariposa
de fosforescentes alas.—

Habitante misterioso
que sólo han visto las auras
cuando pasan, murmurando
de las ondas la inconstancia.—

Mariposa que en un día
rompe su cárcel dorada,
y va a confiar a otras flores
los secretos de su alma.

¿Qué les dice? ¿Qué les cuenta?
Sólo lo saben las auras,
confidentes de las penas
de aquella selva encantada.—

Corto es su viaje, muy corto;
apenas hace sus galas,
ya siente venir sobre ella
las noches y las borrascas.—

Y va a ocultarse de nuevo
bajo las rastreras plantas,
dejando a la selva atónita
el recuerdo de sus gracias.—

Muere o vive—no se sabe,—
tal vez ni las mismas auras
con sus coloquios dulcísimos
se atreven a despertarla.—

Pero un día se alza erguido
el "guayacán" de hojas anchas,
del polvo que aquel insecto
fecundizó con sus alas.—

*

Preciosa historia, a fe mía,
historia de amor y lágrimas
que merece acompañarse
con los acordes del arpa.—

Es la historia, hija querida,
llena de inocente gracia,
de la mujer en el mundo
de mil peligros cercada.—

de la mujer en el mundo,
de la pasión la borrasca,
¡ay! si la lluvia del llanto
viene a humedecer sus alas.—

Su vida es corta, muy corta,
luce un instante sus galas
y derrama en los espacios
el aroma de su alma.—

Pero su destino es grande,
aunque se oculte ignorada:
¡fecundar con sus virtudes
de la familia la planta!

LA MUJER

Solo, como la palma del desierto,
mudo, como la boca del abismo,
triste, como la noche del recuerdo,
vago, como la niebla del vacío;
árbol sin hojas,
astro caído;
tal era el hombre en la primer mañana,
sonámbulo del sueño del destino.

Efluvios de la luz fecundadora,
aromas de los gérmenes divinos,
estrofas de dulcísima salmodia,
rumores de los bosques y los ríos;
coro inefable
de inmensos himnos,
como un presentimiento de la gloria
brotaba alrededor de su camino.

La bruma vagorosa de los mares,
el hálito flotante del rocío,
el humo abrasador de los volcanes,
los reflejos del éter encendido,
eran la mirra
del regocijo,
que en el gran incensario del espacio
quemaba el universo agradecido!

Los mundos palpitaban de alborozo,
girando sin cesar en el vacío,

los cielos azulados sonreían
con la casta sonrisa de los niños;
¡hora suprema!
¡santo delirio!
¡La tierra era la virgen desposada
y el sol brillante su nupcial anillo!

Y solo, como el árbol del desierto,
mudo, como la boca del abismo,
triste, como el silencio que precede
a la hora suprema del martirio,
roca gigante
de un mar bravío,
el hombre se inclinaba silencioso
ante tanta grandeza confundido.

La semilla caída de la planta,
los metales que el fuego derretía,
las estrellas, eternas mariposas
volando en torno de la luz divina;
la luz fecunda
de eterna vida,
inundaba los mundos virginales
en ondas de celeste melodía.

Los astros al girar en el espacio
ardiendo de amoroso desvarío,
se enviaban en sus ósculos de fuego,
de sus entrañas el caliente fluído;
y el hombre mudo
como el vacío,
no entendía el lenguaje de las almas,
arropado en la sombra de sí mismo.

Dios estaba inclinado hacia la tierra,
oyendo las plegarias de los orbes,
contemplando en el vidrio de los mares
de su aureola de luz los resplandores.

Una lágrima ardiente, cristalina,
se desprendió de su pupila entonces:
gota fecunda, de fecunda vida,
que refracta la lumbre de los soles!

La tierra abrió los sudorientos labios,
entreabrieron sus pétalos las flores,
y aquella gota de la eterna aurora
fué un beso de celestes bendiciones.

Y el hombre, mudo, solitario y triste,
sintió el fuego de mágica fruición;
y vió que de su sombra se elevaba
una llama de tibio resplandor.

Era un soplo del genio de la vida,
un rayo de la eterna inspiración;
el perfume inmortal de la esperanza,
el ritmo de la luz y del amor.

Era Eva, la sonrisa de los cielos,
la nota musical de una oración,
la mujer, el compendio de lo bello,
la hija de una lágrima de Dios!

Y el hombre, mudo, solitario, triste,
balbuceó un himno de celeste amor;
y exhaló sus cadencias más sublimes,
el arpa colosal de la Creación!

NUESTRA MISION

VERSOS LEIDOS POR LA SEÑORITA AGUSTINA ANDRADE
EN EL LICEO DE CONCORDIA

Tiembla la selva y al cielo envía
como las notas de una canción,
nubes de aromas y de armonía,
blandos suspiros,
que en dulces giros
y en ondas mágicas
vagan del aire por la extensión!

Valles floridos, rudas colinas,
gradas gigantes de inmenso altar,
alzan en blancas, tibias neblinas,
como las aves
himnos suaves,
que desarrugan
la frente torva del ancho mar.

¡Salmo del orbe que en luz ondula!
¡Fúlgido idioma, verbo inmortal!
Do quier palpita, do quier circula
la voz celeste
salmodia agreste
que más intensa
vibra en la lira primaveral!

La flor perfumes, la hoja murmullos,
la brisa soplos, el astro luz;
la fuente espumas, el ave arrullos,
todo en el suelo
siente el anhelo
de enviar su ofrenda,
la pura ofrenda de la virtud!

¿Y el alma joven, el alma pura,
vaso elegido para el ideal,
como una estatua soberbia y muda,
sin voz ni aliento
del pensamiento,
la ofrenda mágica
a ese concierto no irá a llevar?

¡Oh! no, que es sílaba del ritmo eterno
la voz suavísima de la mujer,
y en el lenguaje sublime y tierno
del sentimiento,
sabe el acento
que hasta a las rocas
fecundas lágrimas hace verter!

¡Oh! no, que un día, tremendo día,
al pie postrada de tosca cruz
sublime ejemplo nos dió María
de fortaleza,
y en su cabeza
brilló la llama
que al mundo inunda de viva luz.—

¡Oh! no, que tiene misión gigante
la que parece débil mujer,
verter a gotas de su alma amante
en el veneno
del duelo ajeno,
y en la amargura
que el hombre al hombre le da a beber!

¡Oh! no, que guarda la santa gracia
en el santuario del corazón,
y hasta en las horas de la desgracia
levanta el vuelo
con noble anhelo
y alza a los mártires
sobre las alas de la oración!

¡Oh! no, que es fuente que alienta y baña
de la esperanza la tierna flor,
es la paloma que en tierra extraña
sin luz ni galas,
bate las alas
y a los que sufren
lleva el mensaje consolador!

¡Noble destino nos cabe, amigas!
¡Ancho horizonte de aroma y luz!
Los sufrimientos y las fatigas,
son sombra vana;
todo lo allana
el alma fuerte
con el aliento de la virtud!

Julio de 1874.

EL CONSEJO MATERNAL

—Ven para acá, me dijo dulcemente
Mi madre cierto día;
(Aun parece que escucho en el ambiente
De su voz la celeste melodía).

—Ven y dime qué causas tan extrañas
Te arrancan esa lágrima, hijo mío,
Que cuelga de tus trémulas pestañas
Como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿No sabes que la madre más sencilla
Sabe leer el alma de sus hijos
Como tú la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
Que con un par de besos en la frente
Disiparé las nubes de tu cielo.
Yo prorrumpí a llorar.—Nada,—le dije,—
La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón, y lloro!...

Ella inclinó la frente, pensativa,
Se turbó su pupila,
Y enjugando sus ojos y los míos,
Me dijo más tranquila:

—Llama siempre a tu madre cuando sufras,
Que vendré muerta o viva;
Si está en el mundo, a compartir tus penas,
Y si no, a consolarte desde arriba!...

Y lo hago así, cuando la suerte ruda
Como hoz perturba de mi hogar la calma;
Invoco el nombre de la madre amada
Y entonces siento que se ensancha el alma!

1865.

LA VUELTA AL HOGAR

RECUERDOS

Todo está como entonces:
la casa, la calle, el río,
los árboles con sus hojas
y las ramas con sus nidos!

Todo está, nada ha cambiado,
el horizonte es el mismo;
lo que dicen esas brisas
ya otras veces me lo han dicho!

Ondas, aves y murmullos
son mis viejos conocidos,
confidentes del secreto
de mis primeros suspiros!

Bajo aquel sauce que moja
su cabellera en el río,
largas horas he pasado
a solas con mis delirios!

Las hojas de esas achiras
eran el tosco abanico,
que refrescaba mi frente
y humedecía mis rizos!

Un viejo tronco de ceibo
me daba sombra y abrigo,

un ceibo que desgajaron
los huracanes de estío!

Piadosa una enredadera
de perfumados racimos,
lo adornaba con sus flores
de pétalos amarillos!

El ceibo estaba orgulloso
con su brillante atavío,
era un collar de topacios
ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
sus penas y sus delirios;
con sus suspiros las hojas,
con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
la última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
en el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
sus más dulcísimos himnos,
pobre zorzal que venía
a despedir a un amigo!

Era el cantor de las selvas,
la imagen de mi destino,
viajero de los espacios,
siempre amante y fugitivo!

¡Adiós!—parecían decirme
sus melancólicos trinos;
¡adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!

¡Yo estaba triste, muy triste!
El cielo obscuro y sombrío,
los juncos y las achiras
se quejaban al oirlo.

Han pasado muchos años
desde aquel día tristísimo,
muchos sauces han tronchado
los huracanes bravíos!

Hoy vuelve el niño hecho hombre,
no ya contento y tranquilo:
con arrugas en la frente
y el cabello emblanquecido!

Aquella alma limpia y pura
como un raudal cristalino
es una tumba que tiene
la lobreguez del abismo!

Aquel corazón tan noble,
tan ardoroso y altivo,
que hallaba el mundo pequeño
a sus gigantes designios;

es hoy un hueco poblado
de sombras que no hacen ruido!
Sombras de sueños, dispersos
como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces,
los sauces, el cielo, el río,
las olas, hojas de plata
del árbol del infinito.

Sólo el niño se ha vuelto hombre,
y el hombre tanto ha sufrido,
que apenas trae en el alma
la soledad del vacío!

A MI HIJA AGUSTINA

EN SU CUMPLEAÑOS

Ardua montaña es la vida,
de misteriosa pendiente
en que a veces no se siente
lo que cuesta la subida
tan soñada!
En la primera jornada
el impaciente viajero
halla más suave el sendero,
verde y florido el zarzal,
en cada soplo una nota
y una perla en cada gota
del sonoro manantial.

Como un arpegio celeste
rueda en el aire liviano,
y los rumores del llano
forman la música agreste,
la armonía,
de un mundo de poesía
que habitan bellas quimeras,
misteriosas mensajeras
de otra vida, de otro cielo,
do flota el alma serena
indiferente y ajena
a las miserias del suelo.

¡Qué dulces son esas horas!
pero también ¡qué ligeras!
¡Cuán risueñas las auroras!
Las brisas ¡cuán lisonjeras!
Una lira
es cada árbol que suspira
con languidez o ardimiento
bajo los soplos del viento,
el músico vagabundo
que en notas dulces o graves
canta el amor de las aves
o los destinos del mundo.

No entolda el alma tranquila
ni una nube, ni una pena;
negra o rubia es la melena,
limpia y clara la pupila.
¡Edad breve!
Aun no ha caído la nieve
de los desengaños hondos,
que hasta los cabellos blondos
convierte en hilos de plata;
aun el cauce no se ha abierto
del llanto, que deja yerto
el corazón, y lo mata.

Ya vendrán, hija del alma,
ya vendrán, hija querida,
los nublados de la vida
que fingen mentida calma;
ya vendrán
con su misterioso afán,
con su efervescencia ruda
las tormentas de la duda
que barren las ilusiones,
que destiñen los matices
y remueven las raíces
de la fe en los corazones.

Un año es un paso más
hacia la cumbre lejana
que llaman la dicha humana
y no se alcanza jamás;
hija mía,
larga y penosa es la vía,
de mil abismos surcada;
no hay arroyos, ni enramada,
a veces en el camino;
sólo la virtud sustenta
y en las fatigas alienta
las fuerzas del peregrino.

¡La virtud! perfume santo
que los contagios aleja,
que hace dulce hasta la queja
y da hasta al dolor encanto.
Hija amada,
esa es la joya preciada,
el talismán prodigioso
que trueca el pesar en gozo,
que las querellas concilia,
que hace a la niña más bella,
y a la mujer una estrella
del altar de la familia!



FANTASIAS

Fantasías

EL ASTRO ERRANTE

A ELOÍSA

I

Perdido en los espacios infinitos,
como un ave en los mares sin riberas,
espectro de algún mundo fenecido
iba un astro de esferas en esferas.

Había extraños rumores en su seno,
rumores de huracán encadenado;
unas veces rodaba turbulento,
otras, con paso lúgubre y callado.

¿A dónde iba? Fantasma de los cielos
condenado a vagar eternamente,
parecía sentir que vacilaba
la corona de nubes en su frente.

Iba en pos de la luz y no la hallaba,
buscaba a Dios por el espacio mudo,
¡y más allá! el abismo le gritaba,
en su lenguaje misterioso y rudo.

Siempre girando en la extensión vacía,
siempre herido del vértigo y sin rumbo,
unas veces se alzaba, otras caía,
cual si quisiera amedrentar al mundo!

Una noche—que noche era su vida,—
noche eterna de luto y abandono,
en que soñaba hallar tras una nube
de la gloria de Dios el alto trono;

Sintió como una ráfaga caliente
de lejanas esferas descendida,
beso de luz que acarició su frente
e hizo en su seno palpitar la vida.

Era la luz piadosa de una estrella
que en su camino de orfandad y duelo
arrojaba las flores de su lumbre,
mágicas flores del jardín del cielo!

Era la estrella plácida que al cabo
enviaba Dios al astro peregrino,
para alumbrar sus vacilantes pasos
en la noche sin fin de su destino.

II

Y desde entonce el astro fué rodando,
coronado de vívidos fulgores;
las nubes de su lado se alejaron,
callaron de su seno los rumores!

Yo era el astro que erraba en el espacio
al azar de los vientos de la vida,
y tú fuiste la estrella misteriosa
que me brindó su lumbre bendecida.

Sin tí, la eterna noche me rodeara
como al astro maldito del vacío,
y mi vida sin tí se consumiera
en perpetuo y estéril desvarío.

Tú me diste la fe que me faltaba,
me calentó la luz de tu mirada,
y esa luz que me envidian los extraños
es la luz de tu amor: ¡es luz prestada!

EL ARPA PERDIDA

I

La ráfaga lasciva
jugaba con las velas de la nave
de altivo porte y de cortante proa,
que en la tarde serena
dejó la playa que con dulces lazos
la retuvo cautiva,
y que le tiende los amantes brazos
que rechaza la amante fugitiva!
Era la hora
en que la mar, la mar gigante, siente
misterioso rumor, honda congoja,
y tiembla como el pájaro en el bosque
y en el árbol la hoja,
porque bajan las sombras de Occidente
con cauteloso paso,
a espiar al sol que se envolvió en sus ondas
y duerme en su regazo!

De pie, sobre la popa
de la nave gentil que lenta avanza
y que a la luz crepuscular parece
una nave que se hunde en lontananza
en busca de su nido,
va el bardo peregrino
inquieto como ella,

de las ondas antiguo conocido,
a quien habla la brisa vagabunda
y sonríe en los cielos una estrella!

Aquella estrella amiga,
que tantas veces en la patria amada
besó su frente y enjugó sus ojos
con el dulce calor de su mirada!
Aquella estrella triste
que a la orilla del Plata
bajó una noche, y le confió al oído
el dulce nombre de otra estrella ingrata!

Ni una sílaba brota
del labio mudo del cantor errante;
ni palpita una nota
en la lira que otrora
con acento vibrante,
alzó a la libertad himno de gloria
y saludó aquel astro soberano,
que rasgando montañas de tinieblas,
asomaba en el cielo americano!

Algo, como el murmullo
del enjambre interior del pensamiento,
misterioso aleteo de quimeras
que con doliente arrullo
se alejan en las ráfagas del viento,
celestes bayaderas
que en bulliciosa tropa
lo llaman desde lejos
percibe el trovador que yace mudo
del inquieto bajel sobre la popa!

Al fin el labio trémulo
les dice "¡adiós!" con efusión extraña
a las ondas que pasan
en raudo torbellino,

a la negra montaña
que alarga la cabeza de granito,
como guardián huraño del destino,
que vela en el umbral del infinito,
les dice "¡adiós!" el bardo peregrino!

¡Adiós! al mar, la fiera encadenada
que revuelve en la sombra la pupila
olfateando la tierra descuidada,
que eternamente afila
el peñasco sombrío,
hambrienta y negra garra
con que amenaza al cielo en sus enojos,
y cuanto pasa a su alredor desgarra!

¡Adiós! que allá distante,
como cinta fantástica ceñida
del horizonte azul a la cintura,
va surgiendo a sus ojos, palpitante,
de la patria la tierra bendecida;
la tierra de ventura
que bajo el cielo tropical soñaba,
y cuyo santo nombre repetía
en otra tierra bella, ¡pero esclava!

II

El Plata se adelanta
con impaciente y turbulento paso,
a recibir la nave que despliega
en el alto mastíl la enseña santa,—
la enseña que paseó por sus llanuras
el viejo Brown, en raudo torbellino,—
la enseña de los déspotas odiada,
que parece, flameando en las alturas,
blanca nube que cuelga de los cielos
con un girón del firmamento atada!

¡Caricias de león! ¡amor de fiera!
La débil nave cruje entre sus brazos,
y más la estrecha el río enamorado
con lujuria salvaje;
parece que quisiera
arrastrarla a sus antros tenebrosos,
ahogarla en sus espumas,
y jugar con sus tablas, como juega
de la gaviota con las blancas plumas!

¿Quién ruge por allá, que tiembla el Plata?
¿Quién baja de la altura
espoleando las nubes, que parecen
negros potros que cruzan la llanura?
¿Quién hace aullar las olas
como hambrientos lebreles,
y azota con su látigo de fuego
las rocas y los frágiles bajeles?

El huracán que llega
a disputar su presa al Plata inquieto!
El huracán, pirata del abismo,
que con la voz del trueno
lanza a los cielos insultante grito
y celoso de Dios, que lo perdona,
pretende en su locura
ahogar con mano impura
la centelleante luz de su corona!

¡Ay de la débil nave!
¡Ay del bardo gentil del arpa de oro!
La nave va saltando de ola en ola,
como corcel herido
que lleva en los ijares la cornada
del iracundo toro.
Y el bardo taciturno
sonríe con desdén a la tormenta,
fija siempre en las sombras su mirada!

Es que también él siente
otro huracán rugiendo en su cabeza;
y lleva, aunque sereno,
como la nave herida por el rayo,
otra herida mortal dentro del seno
que sangra eternamente:
la herida de la duda
por donde el alma arroja a borbotones
los sueños generosos que encendieron
las chispas de las dulces ilusiones!

¡Ay de la débil nave!
¡y del bardo gentil del arpa de oro,
que la brisa del trópico süave
despidió con tristísimo lamento!
El huracán sañudo
va tronchando sus mástiles soberbios
como podridas cañas,—
asesino feroz que en su demencia,
le revuelve el puñal en las entrañas!

Como la inerme res que el duro lazo
conduce al matadero,—
la res desgarretada
que aun lucha de rodillas
con su enemigo fiero,—
aquella pobre nave destrozada,
gladiador expirante,
va arrojando a la faz de su verdugo,
girones de su seno palpitante!

III

¡Horrenda sacudida!
la nave se detiene amedrentada,
y temblando de espanto como un niño,
quiere emprender la huída;

pero una mano férrea la sujeta!
La zarpa del abismo,
que juega con las naves, como juega
con el carro ligero
el brazo formidable del atleta!

¡Ahí está prisionera
del escollo traidor que la acechaba!
Y en vano en el terror de la impotencia
quiere romper la bárbara cadena
que la retiene esclava!
En vano se retuerce y forcejea;
el escollo la estrella entre sus brazos
y el huracán feroz la abofetea!
¡No hay esperanza ya! la pobre nave,
como un cadáver mutilado flota
amarrado al abismo
con invisibles lazos!
Las nubes son las aves de rapiña
que bajan turbulentas
a devorar su carne a picotazos!

IV

En medio del estrago,
taciturno y sombrío,
yace el bardo gentil del arpa de oro,
el bardo que cantó del patrio río
la cólera y la calma,
y que al fin va a confiarle
los últimos delirios de su alma!

Desciende de la nave
con paso firme y ánimo sereno:
¿a dónde va? ¡quién sabe!
En el roto mastíl posa la planta,
y con la fe del bueno

y el arpa de oro al lado,
se lanza a la ventura
a las ondas del piélago irritado!

V

Los náufragos oyeron
largo rato en la sombra que crecía,
sobre la voz del huracán y el trueno
murmullos de celeste melodía,
notas truncas de música divina,
como si alguien cantara en lontananza
el himno de las santas alegrías,
el poema inmortal de la esperanza!

Desde entonces, el viajero
oye en la noche plácida y serena,
o entre el rumor de la tormenta brava,
como el eco de dulce cantinela
que de lejos lo llama;
es el arpa perdida,
el arpa del poeta peregrino
casi olvidado de la patria ingrata
que duerme entre los juncos de la orilla
del turbulento y caudaloso Plata!



EL PORVENIR

I

¡Visión del porvenir! Nube de gloria
que en el confín lejano te levantas,
que flotas como enseña de combate
y alumbras y perfumas como el alba.

¡Visión del porvenir! Dulce sirena,
que en el silencio de la noche cantas
los himnos de la mar, cuando despierta
estremecida en brazos de la playa.

¡Visión del porvenir! Pálida estrella,
hermana del misterio, que desatas
los rayos de la fe, gotas de vida
en los lóbregos senos de mi alma!

Tú que pasaste rápida a mi vista
en los alegres días de la infancia,
que enjugaste la lágrima de fuego
que surcaba mi rostro en la desgracia;

Tú que al lanzarme a la revuelta arena
me hablaste de la gloria y la esperanza,
y al caer en la lucha del destino
retemplaste mis fuerzas desmayadas;

Para subir a la empinada altura
ven a prestarme tus potentes alas,
aquellas alas con que el genio suele
trepar de Dios a la mansión sagrada!

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
para ascender a la áspera montaña,
para colgar el nido de mis sueños
en las arrugas de su frente calva.

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
donde otra vez relampagueó su llama;
¡visión del porvenir! dame tu mano,
quiero seguir las huellas de tu planta.

II

Ya estoy sobre la cumbre solitaria,
la cumbre que soñé con loco anhelo;
ante este altar gigante de granito
voy a alzar mi plegaria,
que en alas de huracán subirá al cielo;
a cantar a la patria y a la gloria,
a Dios y al infinito!
Y al compás del torrente que desciende
con paso soberano,
a preludiar los salmos del profeta
que oirá el cóndor, mi hermano!

¡Ya estoy sobre la cumbre! Como ruedan
los ríos por las ásperas laderas,
lágrimas del abismo que recogen
en su seno temblando las praderas;
veo rodar los años y los hombres,
que siguen como séquito de gloria,
rasgando los harapos de sus nombres
el ataúd gigante de la historia.

Allá van en vorágine espantosa
apóstatas, verdugos y tiranos;
la libertad, arcángel del futuro,
les marca con su espada luminosa;
        los pueblos soberanos
        se lanzan a la arena,
teñida con la sangre de los bravos,
y forjan con fragmentos de cadena
el hierro vengador de los esclavos!

¡Allá van! Opresores de la tierra,
        vencidos de la idea,
fantasmas de la noche de la historia
que un nuevo sol clarea!
¡Se alejan! como nubes apiñadas
que arrastra el huracán sobre la esfera
cuando desata en la extensión vacía
su negra y polvorosa cabellera!

Apóstatas, verdugos y tiranos
que hicieron al derecho ruda guerra,
van a dormir el sueño del olvido
envueltos en sus sábanas de tierra!
        y la palabra viva,
el verbo de la fe republicana,
        anunciará a los orbes
que asoma en el Oriente la mañana
de paz y libertad, y que terminan
        las bárbaras peleas
y se abrazan las razas redimidas
sobre el sagrado altar de las ideas!
Un pueblo va adelante en el tumulto
de la cruzada audaz; un pueblo grande
a quien dió Dios la Pampa por alfombra
        y por dosel el Ande!
Espejo son de su gigante talla
        los ríos como mares,
y marcos del cristal de sus corrientes
las frondas de las selvas seculares!

Brilla en su frente el sello prodigioso
de la elección de Dios; tiene en su seno
el afán infinito del progreso,
el amor del ideal, la fe del bueno!

Infatigable avanza,
en pos de sus destinos soberanos,
viajero de inmortales esperanzas,
da a los pueblos el ósculo de alianza,
y los saluda en el derecho hermanos!

No hay freno a sus antojos
ni valla a su ambición; ámbito inmenso
descorre el porvenir ante sus ojos;
le da la gloria embriagador incienso,
y postrados de hinojos
los déspotas del mundo ante su planta
reniegan del pasado,
y en vez de maldecirlos, los levanta
por la fe y el amor transfigurados.

¡Es mi patria! ¡mi patria! Yo la veo
a vanguardia de un mundo redimido,
de un mundo por tres siglos amarrado,
que cual bajel en mar desconocido
rompiendo las cadenas del pasado,
se lanza con audacia,
cargado de celestes esperanzas,
al puerto de la santa democracia!
Es su bandera aquella que flamea
en las rocas del Cabo seculares,
la que lleva a una raza esclavizada
la luz de libertad de sus altares;
la que preside el colosal concierto
de la conciencia humana emancipada
mientras rueda a sus pies el tronco yerto
del fanatismo vil, que en hora impía
la mantuvo en sus brazos sofocada!

III

¡Visión del porvenir! ¡Débil mi acento
cantar no puede lo que siente el alma!
¡Yo soy el ave que a gemir se atreve
entre la ronca voz de la borrasca!

¡Dios solo sabe si podré algún día
trepar las cumbres y pulsar el arpa!
¡Me falta voz, pero me sobra aliento,
¡Oh! ¡quién tuviera tus potentes alas!

1867.

LA LIBERTAD Y LA AMERICA

I

Aquí, donde la mano de un Dios omnipotente
talló para su gloria gigante pedestal;
aquí donde levantan salvaje y elocuente
las ondas y el desierto, las brisas y el torrente,
en nubes de armonías, un himno colosal;

Aquí, donde los pechos de una creación gigante
esperan nuevas razas que manen su vigor;
aquí donde recorren su eclíptica brillante,
magníficos bajeles de un piélago flotante
los astros, como letras del nombre del Creador;

Aquí, donde una idea del cielo desprendida
derrama sobre un mundo su eterna claridad,
y en brazos de los tiempos la libertad se anida
como corriente eterna de inagotable vida,
donde apagar pudiera su sed la humanidad;

Aquí, donde algún día vendrán las razas parias
a entrelazar sus brazos en fraternal unión,
a despertar acaso las selvas solitarias,
con el sublime acento de místicas plegarias,
cantando los esclavos su eterna redención;

Aquí la vieja Europa con mano enflaquecida,
con la altanera audacia de la codicia vil,

quiere injertar su sangre, su sangre corrompida,
que se derrama a chorros por anchurosa herida,
en la caliente sangre de un pueblo varonil.

Y allá en la blanca cima, do el cóndor aletea,
clavar sobre los cielos su roto pabellón;
y acá sobre su espalda robusta y gigantea
colgar de sus lacayos la mísera librea,
colgar de sus esclavos la insignia de baldón.

II

¡América! desnuda los aceros,
sacude tu melena de volcanes,
que relinchen tus potros altaneros,
y que proclamen tus enojos fieros
con su potente voz los huracanes.

¡América! la muerte o la victoria,
jamás un yugo en tus pujantes hombros;
sucumbe, pero en brazos de la gloria,
y sirva de buril para tu historia
el chispeante carbón de tus escombros!

¡América! eras niña todavía,
allá en aquellos tiempos inmortales
cuando atónito el mundo te veía,
radiante de hermosura y gallardía
alzando por bandera tus pañales!

Entonces al calor de tu entereza
su nieve derritió la cordillera,
y el Chimborazo, que las nubes besa,
dobló bajo tu planta la cabeza
para ser pedestal de tu bandera.

Entonces al calor de tus entrañas
héroes brotaban a vengar tu ultraje,

y en el mar, en el valle, en las montañas
revolcaban al león de las Españas,
que bramaba de rabia y de coraje!

III

¡América! tus ríos te ofrecen ancha copa,
la túnica del iris espléndido dosel,
las selvas seculares son pliegues de tu ropa,
en tus desiertos cabe la vanidad de Europa,
las razas del futuro te buscan en tropel.

"¡Ni siervos ni señores, ni estúpido egoísmo!"
Al universo anuncia tu gigantesca voz.
En vez de las almenas del viejo feudalismo,
con la frente en el cielo, la planta en el abismo,
levántanse los Andes para tocar a Dios!

¡América! tú eres la etapa postrimera
que en su anhelar eterno soñó la humanidad,
el astro que en tu cielo brillante reverbera
es astro de esperanzas, es sol de primavera
tras noche pavorosa de larga tempested.

Tus Andes son el templo de cúpulas de hielo
en que después de rudo y ardiente batallar,
vendrá a colgar sus armas con religioso anhelo
la caravana humana, para elevar al cielo
el himno sacrosanto de amor y libertad.

¡América! desnuda tu espada justiciera
para cerrar el paso a la conquista vil;
soplidos de pampero sacudan tu bandera,
y suenen en las cumbres de la alta cordillera
las músicas marciales de Maipo y de Junín!

¡ América ! al combate, que es el postrer combate
con el sangriento y torvo fantasma colonial:
tu fuerza es el derecho que en la conciencia late.
la libertad tu escudo, y en el supremo embate
repetirán los orbes tu cántico triunfal!

Septiembre 24 de 1880.

LA CREACIÓN

¡Oh! ¡cuánta rica inmensidad de vida
Dios aquí para el hombre ha derramado!
¡Cuánta savia de fuego hay encendida
en cada átomo vil de lo creado!

¡Magnífica, inmortal naturaleza!
La creación maravillosa y santa,
deslumbrante de luz y de grandeza,
digno templo del hombre se levanta!

Hierbas y fuentes, pájaros y flores,
astros, espacios, horizontes, cielos,
todo bullendo en gérmenes de amores
se abre a la vida con latente anhelo.

Es algo de fantástico en lo bello,
algo de misterioso en lo que inspira;
de los ojos de Dios es un destello,
que Dios alumbra cuanto toca y mira.

Todo es aroma lo que el aire lleva,
todo es vigor la tierra fecundada,
y una armonía sin igual se eleva
por el conjunto universal formada.

Soplo de amor el mundo fecundiza,
cada germen que vive lo pregona,
y el amor que en el mundo se entroniza
la tierra con los cielos eslabona.

Todo en él se confunde y se complica,
amor la brisa de los bosques trae,
y el amor que los aires purifica
en gotas de agua de las nubes cae.

¡Dios es amor! su espíritu fecundo
en gérmenes de vida se derrama,
y en sus espacios el inmenso mundo
con orgullo inefable lo proclama.

El habla en el murmullo de los ríos,
en las brisas de montes y jardines,
en el rumor de sótanos sombríos
y en el eco fugaz de los confines.

El al centro los átomos enlaza,
en los cuerpos la savia distribuye;
y es quien al vasto continente abraza
en ese mar que eternamente fluye.

Dios manda a todo que se estreche y ame,
la perfección en el amor buscando,
y en corrientes de savia se derrame
fuerza y vida del amor sacando.

Al nacer de la tierra transformada
Eva y Adán su esencia recibieron;
amor divino fecundó la nada
y un soplo de ese amor sus almas fueron.

Y es para ellos cuanto ven y existe,
cuanto la vasta inmensidad encierra,
cuanto la luz con su destello viste
astros, flores y cielos, mar y tierra.

Dios a todo le presta ser y nombre
y el centro es EL de todo lo que crea,
su esencia tiene la mujer y el hombre;
Dios es luz y es amor. ¡Bendito sea!

DIOS

¡Vuestro es el mundo: recorred su anchura!
Serás, Adán, el rey de lo creado;
y Eva, mi hermosa, mi mejor hechura,
el ángel bello que tendrás al lado!

Os doy el alma a la materia unida,
y en nombre de mi amor os hago esposos;
ambos en ambos completad la vida,
y amaos siempre para ser dichosos.

Pero el secreto del placer vedado,
saber no intente vuestro ciego antojo...
¡Si traspasáis el límite marcado,
temed los rayos de mi justo enojo!

ADAN

¡Qué hermosa eres, mi Eva! ¡qué dulzura
se desprende en la luz de tu mirada!
¡La mirada de un ángel no es tan pura
ni arroba tanto el alma enajenada!

Deja, mi ángel, que "mi bien" te llame,
mi delicia, mi amor, mi poesía;
¿no oyes que Dios nos manda que yo te ame
y que me ames también, hermosa mía?

¡Oh! y aunque Dios mandado no lo hubiera,
con todo el corazón ¡ay! yo te amara;
¿y quién, hermosa mía, que te viera
en tus ojos de amor no se abrasara?

EVA

Sí, tú me amas, porque tu alma es mía,
y yo te amo con el alma entera;

si no me amaras tú, yo lloraría,
mas si yo no te amara, me muriera.

Cuando mi ser en forma se animaba,
era el amor lo que vivir me hacía:
yo sentía naciendo que te amaba
y sin mirarte aún te conocía.

Mi ser es de tu ser la mejor parte
transformada en purísimo idealismo;
¿cómo no amarte, Adán, cómo no amarte
cuando yo soy la esencia de ti mismo?

ADAN

Mira: yo el mundo contemplaba ansioso,
arrebatado por su augusta calma,
y sólo en él sentíame orgulloso,
y se ensanchaba en el placer mi alma.

Todo era luz, perfumes y belleza,
todo risueño en mi redor cantaba,
y embriagado yo mismo en mi grandeza,
nada más, nada más ambicionaba.

¡Pero te vi! y el mundo tan divino,
que deslumbraba mi razón obscura,
harto humillado lo encontré y mezquino
ante el puro esplendor de tu hermosura.

Que no vale la luz purificada
ni el embriagante aroma de la brisa
lo que vale la luz de tu mirada
y el aliento que exhala tu sonrisa.

Por admirarte a tí todo se agita
sonriendo en los espacios dilatados;
y el mismo sol sus rayos debilita
para no herir tus miembros delicados.

EVA

Yo, Adán, del bello mundo no vi nada,
que mis ojos se abrieron a mirarte;
nací a tu lado para ti creada
y comencé mi vida con amarte.

No sé si el mundo colma mi deseo
la creación mirando tan hermosa,
yo sólo sé, mi Adán, que a ti te veo
y eso me basta para ser dichosa.

ADAN

¡Oh! qué dulce es tu voz, amada mía,
como la voz de Dios suena en mi oído;
¿qué más al hombre regalar podría
cuando al crearte EL mismo se ha excedido?

EVA

Vivamos, pues, sin fin, enamorados,
tu voz a mis amores respondiendo,
tus ojos en mis ojos reposados,
un sér en otro sér repercutiendo.

EL MAL

¿Y nada, nada más, pobres amantes?
¿Qué necio amor es ese que os inflama?
¿Pensáis eternizar vuestros instantes
al frío soplo de un amor sin llama?

Hay otro mundo más, hay otra vida,
iluminada en luz resplandeciente,
que en esa llama incógnita prendida
sus puertas abre al corazón ardiente.

Esa es la gloria a vuestro amor vedada,
esa es la vida que tu Dios os veda,
porque vuestra alma siempre esclavizada
sus perfecciones igualar no pueda.

Sabedlo todo: para ser dichosos,
para elevaros hasta el cielo puro,
. . . .
y seréis como Dios en lo futuro.

EVA

¿Qué mágico poder mi sangre mueve,
que circula en magnética corriente?
¿Qué afán secreto el corazón conmueve?
¿Por qué se abrasa de calor mi frente?

¿Por qué palpita el corazón con brío,
y estremecen mi sér fuerzas extrañas?
¡Oh! ¿qué tienen tus ojos, Adán mío,
que hacen temblar de fuego mis entrañas?

ADAN

Yo de mi seno siento los latidos,
algo que el mismo corazón ignora;
una sed que atormenta mis sentidos,
un incógnito afán que me devora.

Ven, acércate más; cuando te miro,
quisiera respirar tu propio aliento;
beberte el alma toda en un suspiro
y hacer la eternidad de ese momento!

EVA

Tú eres el más perfecto de los seres,
tú eres la luz en que mi alma inflamo;

Adán mío, mi Adán, ¡qué hermoso eres!
Adán mío, mi Adán, ¡cuánto te amo!

Extiende, Adán, extiéndeme tus brazos
para verte más cerca, enamorada;
y hazme con ellos amorosos lazos
que me tengan por siempre aprisionada.

ADAN

Ven y duérmete en ellos, alma mía;
por tu reposo velará tu dueño,
y un mundo verteré de poesía,
de amor y de perfumes en tu sueño.

¡Qué bien estás así! ¡con qué pureza
se modelan las líneas de tu cuello!
¡Qué bien sienta a tu mágica belleza
la profusión revuelta del cabello!

¡Qué límpida y qué dulce es tu mirada!
¡Cómo la adora el corazón vehemente!
Duerme si quieres, duérmete, mi amada,
deja en mi seno reposar tu frente.

EVA

¡Dormir! ¿y para qué? ¿para olvidarte?
No, que el sueño aletarga el sentimiento;
¿No sabes cuánto gozo con amarte?
¿O no sientes, Adán, como yo siento?

ADAN

¡No sé! yo siento un fuego devorante;
siento mis venas de pasión hirviendo,
siento bullir mi sangre requemante
y en fuego inmenso el corazón latiendo.

EVA

Yo te miro, mi Adán, y a tus antojos
ciego de amor mi espíritu encadenas,
y el fuego penetrante de tus ojos
me enardece filtrándose en mis venas.

¡Estréchame a tu seno; yo te adoro!
¡Y yo quisiera ahogarte en mi ternura!
¡Te miro y soy feliz; y río y lloro,
y resistir no puedo a mi locura!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Y los dos extasiados se miraban,
los ojos en los ojos encendidos;
sonreían los dos y suspiraban
y el placer embargaba sus sentidos.

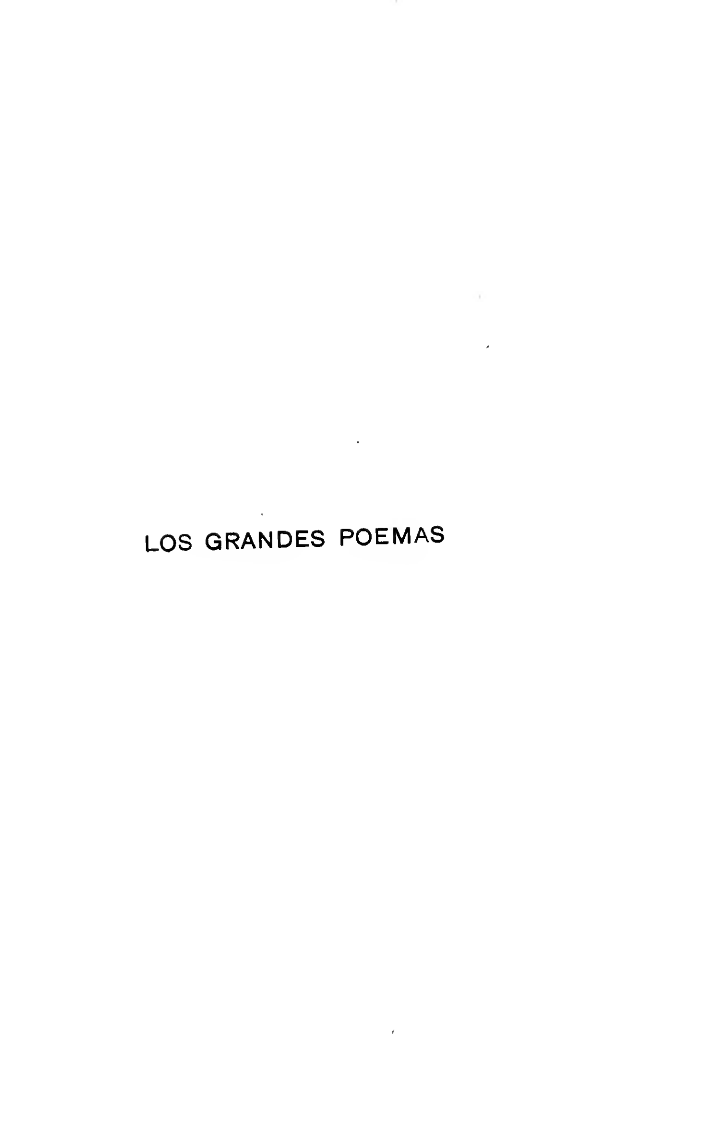
Adán, de dicha y de placer temblando,
con aliento de fuego respiraba,
y a Eva entre sus brazos enlazando
con infinito amor la contemplaba.

Eva, abrasada por su llama ardiente,
ya en dulce languidez se estremecía,
ya inclinaba tiernísima la frente,
ya extática ante Adán permanecía.

Y de repente, convulsiva, loca,
en la emoción de férvido embeleso,
en la boca de Adán clavó su boca
y se dieron los dos el primer beso.

¡Beso inmenso de amor! todos lo oyeron;
de armonía los aires se poblaron,
los cielos de placer se estremecieron
y de envidia los ángeles lloraron.

. . . .
. . . .



LOS GRANDES POEMAS

Los grandes poemas

PROMETEO

I

Sobre negros corceles de granito
a cuyo paso ensordeció la tierra,
hollando montes, revolviendo mares,
al viento el rojo pabellón de guerra
teñido con la luz de cien volcanes,
fueron en horas de soberbia loca,
a escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible
dispersando nublados y aquilones,
ya heridos de pavor los astros mismos
en confusión horrible,
como yertas pavesas descendían
de abismos en abismos;
y el tiempo que dormía
en los senos del báratro profundo,
se despertó creyendo que llegaba
la hora final del mundo!

El cielo estaba mudo;
y la turba frenética avanzaba
con ronca vocería,

como avanza rugiendo la marea
en la playa sombría,
cuando Jove asomó: vibró en su mano
el rayo de las cóleras sangrientas,
rugió en su voz el trueno del estrago
y encadenó a su carro las tormentas!

Temblaron los jinetes
en los negros corceles de granito;
redoblaron su saña
arrojando a los pórticos del cielo
con insultante grito
pedazos de montaña,
y volcaron los mares
para apagar en la soberbia cumbre
los rojos luminares.

Pero Jove, iracundo,
blandió sobre sus frentes altaneras
el hacha del relámpago que hiere
como a una vieja selva las esferas:
a su golpe profundo,
vacilaron montañas y titanes;
y bajó el torbellino,
heraldo de su gloria,
con la negra cimera de huracanes,
a anunciar a los mundos la victoria!

Rodó la turba impía
en espantoso vértigo a la tierra;
no volverá a flamear en las alturas
su pabellón de guerra
teñido con la luz de cien volcanes.
Cayeron los titanes
del abismo en las lóbregas entrañas;
y Jove, vengativo,
convirtió los corceles de granito
en salvajes e inmóviles montañas!

II

El Cáucaso, caballo de batalla
de algún titán caído
al golpe del relámpago sangriento,
se destaca sombrío
con el cuello estirado, cual si fuera
a beber en el cauce turbulento
del piélago bravío.

Sobre la negra espalda,
y entre el espeso matorral de rocas,
que fueron la melena sudorienta
donde cuelgan las nubes vagabundas
sus desgarradas tocas
y en la noche desciende
a dormir fatigada la tormenta,

Tendido está el gigante,
que amarraron los cíclopes soberbios
tras larga lucha fiera
con templadas cadenas de diamante:
aun su pecho jadea
como cráter hirviente;
y cada vez que se retuerce inquieto,
el sol vela su frente,
y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos,
rojas hogueras que atizó el encono,
antorchas funerarias de la noche
de su eterno abandono.
Y no es un grito humano
lo que exhala su pecho
—que no tiene el dolor tan rudas notas,—
es el estruendo del volcán que estalla,
el grito del torrente en la espesura,

choque de aceros y corazas rotas
en el fragor de la feroz batalla!

Sólo el Ponto responde a los rugidos
que lanza en su desvelo,
y llama en su socorro con voz lúgubre
a las inquietas ondas del Egeo.
Es que también él lucha;
lucha con lo imposible y siempre espera.
Salvaje enamorado
quiere arrastrar consigo a la ribera,
y la ribera sorda
escapa de sus brazos,
dejándole en la lucha misteriosa
de su veste de juncos los pedazos!

En vano el Ponto grita
y se endereza embravecido y fiero.
¡El es también gigante encadenado!
¡Es también prisionero!
No romperá la valla que lo cerca,
ni extenderá su turbulento imperio.
Basta una faja de menuda arena
para atarlo en perpetuo cautiverio.

¡El titán no se abate!
¡Es que el dolor enerva a los pigmeos
y a los grandes infunde nuevos bríos!
Cada día es más bárbaro el combate
y más ruda su saña;
si afloja un eslabón de su cadena,
un martillo invisible lo remacha
sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos
al salvaje festín de su martirio,
vienen los cuervos en revuelta nube;
verdugos turbulentos,

que Júpiter envía enfurecido
a desgarrar la entraña palpitante
de su rival temido.

Suelta el titán los brazos
en actitud cobarde y dolorida
al sentir su frenética algazara;
parece que cayera anonadado
bajo el horrible peso de la vida!
¿Qué maza lo ha postrado?
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?
¡Es que después del rayo de los dioses
viene a escupirle el rostro la canalla!

Así en la larga noche de la historia
bajan a escarnecer el pensamiento,
a apagar las centellas de su gloria
con asqueroso aliento,
odios, supersticiones, fanatismos;
y con ira villana,
el buitre del error clava sus garras
en la conciencia humana!

"¡Oh Dios caduco! grita
el titán impotente:
Como esta negra carne que renace
bajo el pico voraz del cuervo inmundo,
renacerá fulgente
para alumbrar y fecundar el mundo
la chispa redentora
que arrebaté a tu cielo despiadado,
germen de eterna aurora
del caos en las entrañas arraigado!

"Desata, Dios caduco,
la turba ladradora de tus vientos;
sacude los andrajos de tus nubes,
y acuda a tus acentos

la noche con sus sombras,
con montañas de espuma el Oceano,
¡no apagarán la luz inextinguible
del pensamiento humano!

"¿Qué importa mi martirio,
mi martirio de siglos, si aun atado,
Júpiter inmortal, yo te provoco,
Júpiter inmortal, yo te maldigo?
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,
el mártir de tu encono
siente tronar la ráfaga tremenda
que va a tumbar tu trono?

"Tres siglos no he dormido;
tres siglos de tormentos.
No hay astro que no se haya estremecido
al sentir mis lamentos,
ni nube que al pasar no haya vertido
en la copa de aromas del ambiente,
una gota de llanto
para mojar mi frente.

"A veces he llorado,
y el raudal de mis lágrimas heladas
corrió por la ladera
con ruido de cascadas.
El Araxa sombrío,
dragón de negras fauces,
que se calienta al sol en la pradera,
es hijo de mis lágrimas. Por eso
lanza gritos tan hondos,
y atrae cuanto se acerca a su ribera.

"De vez en cuando, siento
sollozos de mujer a la distancia:
es Hesione, la mártir, que se queja
en el fondo del valle abandonada.

Las águilas del Cáucaso que pasan
y la nube bermeja,
que recibió en la faz ruborizada
el ósculo del sol en el ocaso,
le cuentan mi martirio
y me traen el mensaje de su pena,
el mensaje tiernísimo que escucho,
sacudiendo mi bárbara cadena!

"¿Qué importan tus tormentos,
tus tormentos de siglos, Dios airado?
¿Si en la lengua sonora de los vientos
me transmite los himnos de su alma,
como al través del médano abrasado
va el polen de la palma?
¿Si en el trémulo seno,
como el rayo en los negros nubarrones,
lleva ella palpitando
el feto colosal de las naciones?

"¡Desata tus borrascas!
Lanza a los aires tu bridón de llama,
caduco soberano,
y despliega en los cielos tenebrosos
tu sangriento oriflama!
Será tu empeño vano;
soplo estéril tu aliento.
Yo he engendrado el titán que ha de tumbarte
de tu trono de nubes:
"el titán inmortal del pensamiento!"

"Ayer la tierra muda
flotaba en los abismos de la nada,
como una urna vacía
al soplo del azar abandonada,
y en sus hondas y frías cavidades
sólo el eco se oía
del monólogo eterno de las sombras,
y el rumor de las roncas tempestades.

"Hoy la tierra está viva: alguien habita
el fondo de los mares;
germen de vida y juventud palpita
en sus bosques de acidias y corales.
No es el viento el que gime en la maraña
de las selvas sonoras;
ruido de alas abajo, y en el cielo.
parece que revientan
semilleros de auroras!

"Júpiter: aturdido con tu gloria,
embriagado de orgullo,
no sientes en los senos del abismo
lo que siente arrobado Prometeo!
Algo, como un arrullo
en el nido de nieblas del vacío,
del misterioso enjambre el aleteo,
cual si bandas de estrellas ensayasen
su plumaje de luz, para lanzarse
a lucir en los campos del espacio
su espléndido atavío!

"Aquella sombra muda,
aquel eterno esclavo, peregrino,
que lanzaste sin rumbo
en las negras jornadas del destino,
ya no va caviloso,
temblando del rumor de su pisada,
lleva la frente erguida
de misteriosa aureola circundada!

"Hay luz y voz en ella:
es flor recién abierta,
cuya blanca y espléndida corola
tiene el perfume agreste de las cumbres
el latir convulsivo de la ola;
en breve de su seno
volarán las ideas

—mariposas de luz del pensamiento,
y asombrarán al mundo con sus alas,
más sonoras que el viento!

"Ellas me vengarán, Jove caduco:
serán mis herederas.
Yo arrojé en el cerebro de los hombres
semillas de volcán, germen de hogueras.
Desata el huracán de tus furores,
redobla mi tormento;
que ya viene el titán que ha de vengarme:
"el titán inmortal del pensamiento!"

Dijo y calló: no ya desesperado,
torva la faz, revuelta la pupila,
sino grave, sereno, resignado,
como quien sin vencer, sabe que es suya
la victoria final y no vacila.
Algo, como el fulgor de una sonrisa,
iluminó su frente,
débil chispa encendida
en helados montones de ceniza!

III

No volvió a retumbar en la montaña
el grito del titán retando al cielo;
ni temblaron las nubes, ni los astros
detuvieron su vuelo
para mirar la bárbara batalla;
ni el negro Ponto amotinó sus ondas
crispado y convulsivo,
para arrancar de su prisión eterna
al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre,
que habitó el huracán encadenado,

y descendió el Araxa gemebundo
con torpe pesadumbre,
a arrastrarse callado en la llanura,
como del alma en el profundo cauce
desatan en silencio los recuerdos
sus ondas de amargura.

¡Siempre el gigante en vela!
El cielo era la página sombría
en que al débil fulgor de las estrellas
las misteriosas sílabas leía
de su destino fiero;
y el errante cometa,
que en la lejana cumbre aparecía,
su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando oía
como ruido levísimo de espumas
en las inquietas algas detenidas;
como el roce ligero
de fantásticas plumas
que tocaban su sien calenturienta,
murmullo blando de hojas,
de un árbol invisible desprendidas
después de la tormenta.

No eran rayos de luna,
ni girones de niebla desgarrados
por el aire liviano:
era el coro armonioso
de las gentiles hijas del Oceano,
que a la luz del crepúsculo salían
de sus grutas azules,
y en torno del titán encadenado
los húmedos cabellos sacudían.

"No duermas, Prometeo",
al pasar a su oído murmuraban,

desatando en su alma
las ansias infinitas del deseo.
"¡No duermas! que el Olimpo se estremece
con inquietud extraña,
y truenan los abismos,
como truena el volcán en la montaña!"

Prometeo velaba,
fijo el ojo en las lóbregas esferas
que como enormes olas palpitaban,
y atento al ruido sordo
que las brisas del valle le traían,
el ruido de las razas que hormigueaban
del Cáucaso en las negras madrigueras.

IV

Una tarde... ya el sol desfallecía,
como herido impotente,
en los brazos obscuros
del enorme fantasma de Occidente,
cuando sintió temblar la dura roca
en que apoyó tres siglos la cabeza,
y oyó en los aires algo,
como un tropel de fieras
retozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tembloroso,
interrogó a las nubes que rodaban
por el espacio mudo,
como gigantes témpanos de nieve
que desprende impaciente
el huracán sañudo.
Las nubes le dijeron
que el Olimpo crujía,
y que los viejos Dioses expiraban
en horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa
de las gentiles hijas del Océano,
que en su pecho vertía
las infinitas ansias del deseo,
volvió a sonar dulcísima en su oído
para decirle en melodioso idioma:

"¡Despierta, Prometeo,
que en las lejanas cumbres
un nuevo sol asoma!"

Volvió el titán a sacudir airado
sus duros eslabones,
que al esfuerzo supremo rechinaron;
y las rocas cayeron
como viejos torreones
por el rayo de Júpiter heridos,
y los cuervos hambrientos se alejaron
con lúgubres graznidos.

V

¡Ya el gigante está en pie! ya la montaña,
ara de su martirio,
que empapó con la sangre de su entraña
y aturdió en la embriaguez de su delirio;
la montaña, testigo dolorido
de su tremenda historia,
es su negro caballo de pelea:
¡el pedestal soberbio de su gloria!

¿Qué ve en la inmensidad desconocida
que su impaciencia calma,
y otra vez avasalla
con cadenas de asombros a su alma?
Ve alzarse en el confín del horizonte,
del espacio en los ámbitos profundos,

sobre la excelsa cúspide de un monte
que se estremece inquieta,
y en medio del espanto de los mundos,
de una cruz la fantástica silueta!

"¡Al fin puedo morir! grita el gigante
con sublime ademán y voz de trueno.
Aquella es la bandera de combate,
que en el aire sereno,
o al soplo de pujantes tempestades
va a desplegar el pensamiento humano
teñida con la sangre de otro mártir,
—Prometeo cristiano,—
para expulsar del orgulloso Olimpo
las caducas deidades!

"Es un nuevo planeta, que aparece
tras los montes salvajes de Judea,
para alumbrar un ancho derrotero
a la conciencia humana.
El germen fulgurante de la idea,
que arrebaté al Olimpo despiadado:
la encarnación gigante de mi raza,
" ¡la raza prometeana! "
"¡Al fin puedo morir! Hijo de Urano,
llevo sangre de dioses en las venas,
sangre que al fin se hiela!
Aquel que me sucede, hijo del hombre,
lleva el fuego sagrado
que eternamente riela,
ya lo azoten los siglos con sus alas
o el viento furibundo,
el fuego del espíritu, heredero
del imperio del mundo."

Dijo, y cayó como la vieja encina
que troncha el leñador con golpe rudo.
La montaña tembló; y el negro Ponto

se enderezó, sañudo,
para asistir a su hora postrimera,
y las gentiles hijas del Océano
bajaron presurosas
y en torno a su cadáver encendieron
de perfumadas leñas una hoguera!

VI

¿Qué es aquello que cruza
con planta soberana,
sembrando mundos y encendiendo estrellas
por la extensión callada?
Si se posa en la cumbre,
la cumbre se despierta sonrosada,
como al ósculo tibio de la aurora
despierta enrojecida la mañana;

Si baja a la pradera,
dormida en brazos de la niebla fría,
la pradera galana
con su velo de novia se atavía,
y al rumor misterioso de su huella
se ciñe el viejo bosque
su corona más bella;

Si al mar desciende—que la espalda encorva
como esclavo sumiso
para besar su turbulenta planta,—
el mar abre su seno
y el más sublime de sus himnos canta:
el himno con que arrulla
el sueño de los negros promontorios,
centinelas inmóviles del mundo,
y le enseña, latiendo en sus entrañas,
de las faunas y floras venideras,
el légamo fecundo.

Las tenebrosas puertas del pasado
rechinan a su empuje omnipotente,
y se alzan en tropel a su presencia,
desde el fondo del caos petrificado,
las formas y las razas extinguidas
en cuya adusta frente,
el ojo de la ciencia deletrea
el verdadero Génesis del mundo,
que la leyenda bíblica falsea!

Todo a su paso vive, alienta, brota:
el mar, el monte, la desierta esfera;
y a su soplo creador todo se expande,
palpita y reverbera.
Levanta el polo mudo,
como un arco triunfal para que pase,
sus montañas de hielo,
y enciende presuroso
sus gigantescas lámparas el Ande
para alumbrarle el tránsito del cielo!

Él es soberano, el heredero
del cetro de la tierra,
por su inmenso poder transfigurada!
No hay piélago ni abismo
que no rasgue su seno a su mirada.
El guerrero inmortal que en cruda guerra
destronó el paganismo
y rompió las cadenas que arrastraba
la pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina
encendida en las bóvedas obscuras
de la conciencia humana,
que todo lo ilumina;
el signo de una raza de titanes
destinada a la lucha y al martirio:
"¡la raza prometeana!"

En la cruz, en la hoguera,
en el árido islote, en el desierto,
en el claustro sombrío, dondequiera
vierte su sangre a mares
que los helados páramos caldea,
su sangre, que en los cauces seculares
de la historia, desata
las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son en el dolor, y hermanos
en la fe y en la gloria
cuantos despejan la futura ruta
con la luz inmortal del pensamiento.
Ya mueran en el Gólgota, ya apuren
de Sócrates severo
la rebosante copa de cicuta,
ya nuevo Prometeo,
al torvo fanatismo desafíe
sobre Roma, montaña de la historia,
el viejo Galileo!

VII

¡Arriba, pensadores! que en la lucha
se templa y fortalece
vuestra raza inmortal, nunca domada,
que lleva por celeste distintivo
la chispa de la audacia en la mirada
y anhelos infinitos en el alma;
en cuya frente altiva
se confunden y enlazan
el laurel rumoroso de la gloria
y del dolor la mustia siempreviva!

¡Arriba, pensadores!
¡Que el espíritu humano sale ileso
del cadalso y la hoguera!
Vuestro heraldo triunfal es el progreso

y la verdad la suspirada meta
de vuestro afán gigante.
¡Arriba! que ya asoma el claro día
en que el error y el fanatismo expiren
con doliente y confuso clamoreo!
Ave de esa alborada es el poeta,
hermano de las águilas del Cáucaso,
que secaron piadosas con sus alas
la ensangrentada faz de Prometeo!

EL NIDO DE CÓNDORES

I

En la negra tiniebla se destaca,
como un brazo extendido hacia el vacío
para imponer silencio a sus rumores,
un peñasco sombrío!

Blanca venda de nieve lo circunda,
de nieve que gotea
como la negra sangre de una herida
abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
van pasando calladas,
como tropas de espectros que dispersan
las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo
en el peñasco mismo,
que se mueve y palpita, cual si fuera
el corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores colgado
de su cuello gigante,
que el viento de las cumbres balancea
como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
en cuyo negro seno

parece que fermentan las borrascas,
y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
con inquietud extraña:
es que sueña con algo que lo agita
el viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle, ni la sierra,
de encantadoras galas;
ni menos con la espuma del torrente
que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible
que en la noche se inflama
despeñando por riscos y quebradas
sus témpanos de llama!

No sueña con la nube voladora
que pasó en la mañana
arrastrando en los campos del espacio
su túnica de grana!

Muchas nubes pasaron a su vista,
holló muchos volcanes,
su plumaje mojaron y rizaron
torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
su agitación extraña:
un recuerdo que bulle en la cabeza
del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
vencedor inclemente,
trayendo los despojos palpitantes
en la garra potente,

bajaban dos viajeros presurosos
la rápida ladera;
un niño y un anciano de alta talla
y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
con acento vibrante:
"Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,
de esta cumbre gigante."

El cóndor, al oirlo, batió el vuelo;
lanzó ronco graznido,
y fué a posar el ala fatigada
sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
de fúnebre congoja,
pasó la noche, y sorprendiólo el alba
con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
pasaban en tropel por su memoria,
recuerdos de otro tiempo de esplendores
de otro tiempo de gloria,
en que era breve espacio a su ardimiento
la anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,
iba en pos de la niebla fugitiva,
dando caza a las nubes en Oriente;
o con mirada altiva
en la garra pujante se apoyaba,
cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana—¡inolvidable día!
ya iba a soltar el vuelo soberano

para surcar la inmensidad sombría
y descender al llano,
a celebrar con ansia convulsiva
su sangriento festín de carne viva,—

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
en las hondas gargantas de Occidente;
el rumor del torrente desatado,
la cólera rugiente,
del volcán que en horrible paroxismo
se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
resonaron después. Relincho agudo
lanzó el corcel de la argentina tierra
desde el peñasco mudo;
y vibraron los bélicos clarines,
del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
cual las ondas del mar en sus linderos;
infantes y jinetes avanzaban
desnudos los aceros,
y atónita al sentirlos la montaña,
bajó la frente, y desgarró su entraña! (1)

¿Dónde van? ¿dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
donde más fuerte la tormenta ruja,
donde la onda bravía
más ruda azote el piélago profundo,
van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera
en muda discusión con el destino,

(1) Pasaje de los Andes—23 de Enero de 1817.

iba el héroe inmortal que en la ribera
del gran río argentino,
al león hispano asió de la melena
y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
a la cresta más alta, repitiendo
con estridente grito: ¡éste es el grande!
Y San Martín oyendo,
cual si fuera el presagio de la historia,
dijo a su vez: ¡mirad! ¡Esa es mi gloria!

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
cabalgando en las nubes y en los vientos,
lo halló la noche y sorprendió la aurora;
y a sus roncos acentos,
tembló de espanto el español sereno
en los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
el estridor de la feroz pelea;
viento de tempestad llevó a su oído
rugidos de marea;
y descendió a la cumbre de una sierra,
la corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid!—por las laderas
bajaban los bizarros batallones
y penachos, espadas y cimeras,
cureñas y cañones,
como heridos de un vértigo tremendo
en la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid! En la humareda
la enseña de los libres ondeaba
acariciada por la brisa leda

que sus pliegues hinchaba:
y al fin, entre relámpagos de gloria,
vino a alzarla en sus brazos la victoria! (1)

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
grito inmenso de júbilo salvaje;
y desplegando en la extensión vacía
su vistoso plumaje,
fué esparciendo por sierras y por llanos
girones de estandartes castellanos!

V

Desde entonces, jinete del vacío,
cabalgando en nublados y huracanes,
en la cumbre, en el páramo sombrío,
tras hielos y volcanes,
fué siguiendo los vívidos fulgores
de la bandera azul de sus amores!

La vió al borde del mar, que se empinaba
para verla pasar, y que en la lira
de bronce de sus olas entonaba,
como un grito de ira
el himno con que rompe las cadenas
de su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
noche de maldición, noche de duelo,
en que despareció como una estrella
tras las nubes del cielo;
y al compás de sus lúgubres graznidos
fué sembrando el espanto en los dormidos! (2)

---

(1) Batalla de Chacabuco—12 de Febrero de 1817.
(2) Sorpresa de Cancha Rayada—19 de Marzo de 1818.

¡Siempre tras ella, siempre! hasta que un día
la luz de un nuevo sol alumbró al mundo;
el sol de libertad que aparecía
tras nublado profundo,
y envuelto en su magnífica vislumbre
tornó soberbio a la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero,
en el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
con inquietud extraña;
y al beso de la luz del sol naciente
volvió otra vez a sacudir las alas
y a perderse en las nubes del Oriente!

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
Va a esperar del Atlántico en la orilla
los sagrados despojos
de aquel gran vencedor de vencedores,
a cuyo solo nombre se postraban,
tiranos y opresores!

Va a posarse en la cresta de una roca,
batida por las ondas y los vientos,
"allá, donde se queja la ribera
"con amargo lamento,
"porque sintió pasar planta extranjera
"y no sintió tronar el escarmiento!"

¡Y allá estará! cuando la nave asome
portadora del héroe y de la gloria,
cuando el mar patagón alce a su paso
los himnos de victoria,
volverá a saludarlo como un día
en la cumbre del Ande,
para decir al mundo: ¡Este es el grande!

Mayo de 1877.

SAN MARTIN

CANTO LÍRICO

(Leído al pie de la bandera de los Andes)

I

No nacen los torrentes
en ancho valle ni en gentil colina;
nacen en ardua desolada cumbre,
y velan el cristal de sus corrientes,
que ruedan en inquieta muchedumbre,
vagarosos cendales de neblina.

No bajan de la altura
con tardo paso y quejumbroso acento,
copiando flores, retratando estrellas
en el espejo de su linfa pura,
mientra en la lira del follaje, el viento
murmura la canción de sus querellas.

Se derraman sin rumbo
por ignotos y lóbregos senderos,
caravanas del ámbito infinito,
cual si quisieran sorprender al mundo
con el fragor de sus enojos fieros,
de libertad con el potente grito!

Nació como el torrente,
en ignorada y misteriosa zona

de ríos como mares,
de grandes y sublimes perspectivas,
do parece escucharse en los palmares
el sollozo profundo
de las inquietas razas primitivas!

Nació como el torrente,
rodó por larga y tenebrosa vía,
desde el mundo naciente al mundo viejo;
torció su curso un día,
y entre marciales himnos de victoria,
desató sobre América cautiva
las turbulentas ondas de su gloria!

II

Cual tiembla la llanura
cuando el torrente surge en la montaña,
la espléndida comarca de su cuna
se estremeció con vibración extraña
cuando nació el gigante de la historia;
y algo, como un vagido,
flotó sobre las mudas soledades
en las alas del viento conducido!

Lo oyó la tribu errante
y detuvo su paso en la pradera;
vibró, como una nota,
de la selva en las bóvedas sombrías,
flébil nota de místicos cantares,
y el Uruguay se revolvió al oirla,
en su lecho de rocas seculares.

El viejo misionero
que en el desierto inmensurable abría
con el hacha y la cruz vasto sendero,
tembló herido aquel día

de indefinible espanto,
cual si sentido hubiese en la espesura
el eco funeral del bronce santo!

El soldado español creyó que oía
cavernoso fragor de muchedumbre;—
que los lejanos bosques, que ostentaban
sobre el móvil ramaje
el áureo polvo de la hirviente lumbre
del sol en el ocaso—
eran negras legiones de guerreros,
que con acorde y silencioso paso
de las altas almenas descendían
chispeando los aceros!

¡Presentimiento informe del futuro!
voz celeste que anima en la batalla
al esclavo que lucha moribundo,
y al opresor desmaya!
Pavorosa visión, habitadora
de los viejos derruídos monumentos,
que guardan de los siglos la memoria,
y que anuncia a los siglos venideros
los grandes cataclismos de la historia!

Aquella voz decía:
" ¡Ya nació el salvador, raza oprimida!
"¡Ya nació el vengador, raza opresora!
" Ya la nube del rayo justiciero,
" asciende al horizonte rugidora,
" y se alza el brazo airado,
" que va a rasgar el libro de las leyes
" de la conquista fiera,
" y a azotar con el cetro de sus reyes
" el rostro de la España aventurera! "

III

Dejó su nido el águila temprano:
ansiaba luz, espacio, tempestades,
playas agrestes y nevados montes
para ensayar su vuelo soberano!
Buscaba un astro nuevo
perdido en los nublados horizontes,
y fué en su afán gigante
a preguntar por él al Oceano!

¿Qué se dirían a solas
el águila de América arrogante,
mojando el ala en las hurañas olas,
y el hosco mar Atlante,
de la alta noche en la quietud sagrada,
y al rumor de la playa estremecida,
escuchando en la atmósfera callada
rodar el mundo y palpitar la vida?

Acaso el Oceano
le repitió al oído los cantares
de aquel errante cisne lusitano
que estremeció con su dolor los mares;
o le dijo más bajo,
con ademán profético y severo:
¡Allá! tengo guardada,
de mi imperio en el límite postrero,
como una nave misteriosa anclada,
la roca en que en el tiempo venidero
otra águila caudal va a ser atada!

No detuvo su vuelo
el águila de América arrogante;
iba buscando en extranjero cielo
la estrella fulgurante
que soñara en el nido solitario

de la selva uruguaya,
y fué a posarse un día,
del mar hesperio en la sonora playa.

Tronaba por los montes
de la guerrera tempestad la saña,
y vió flotar al viento,
sobre la débil indefensa España,
de la conquista el pabellón sangriento!
Y el ave americana
soltó de nuevo el turbulento vuelo,
cruzando rauda la extensión vacía,
y fué a buscar al águila francesa
entre el estruendo de la lid bravía!

Bailén la vió severa
entre el tropel de la legión bizarra
que el suelo de la patria defendía;
y la marca sangrienta de su garra
quedó estampada en la imperial bandera
conocida de valles y montañas,
que los lindes de un mundo había borrado
sembrando glorias y abortando hazañas!

Mas no era aquel el astro que buscaba:
no era el rojizo sol de Andalucía,
el sol de los ensueños
que con afán inquieto perseguía.—
Allí un pueblo esforzado reluchaba
en la alta sierra y la llanura amena
por sacudir el extranjero yugo,
para amarrar de nuevo a su garganta
de los antiguos amos la cadena.—

Volvió a tender el vuelo,
cargada de laureles
y entristecida el águila arrogante!
Buscaba por doquiera pueblos libres,

y hallaba por doquiera pueblos fieles.—
Hasta que al fin un día
vió levantarse en el confín lejano
del patrio río en que dejó su nido
de libertad el astro soberano,
de libertad el astro bendecido!

IV

Un mundo despertaba
del sueño de la negra servidumbre,
profunda noche de mortal sosiego,
con la sorda inquietud de la marea.—
Y en la celeste cumbre,
las estrellas del trópico encendían
sus fantásticas flámulas de fuego
para alumbrar la lucha gigantea. —

Un mundo levantaba
la desgarrada frente pensativa
del profundo sepulcro de su historia,
y una raza cautiva
llamaba al "Salvador" con hondo acento;
y el "Salvador" le contestó lanzando
el resonante grito de victoria
entre el feroz tumulto de las olas
del Paraná, irritado,
al sentirse oprimido por las quillas
de las guerreras naves españolas.—

¡Fué un soplo la batalla!
Los jinetes del Plata, como el viento
que barre sus llanuras, se estrellaron
con empuje violento
en la muralla de templado acero;
y se vió largo tiempo confundidas
sobre la alta barranca,

y entre el solemne horror de la batalla,
la naciente bandera azul y blanca
y el rojo airón del pabellón ibero!

Fué la primer jornada,
del torrente nacido en las sombrías
florestas tropicales;
la primera iracunda marejada,
y su rumor profundo
llevado de onda en onda por el viento
del Plata, al Oceano,
fué a anunciar por el mundo
que ya estaba empeñada la partida
del porvenir humano!

V

Al pie de la montaña,
centinela fantástico que ostenta
la armadura de siglos,
que abolló con su maza la tormenta,
fué a sentarse el gigante de la historia
taciturno y severo,
pensando en la alta cumbre
donde el nombre argentino a grabar iba
con el cincel de su potente acero.

La voz que llama al águila en la altura
y el huracán despierta en el abismo,
es la voz de la gloria
que llama a la ambición y al heroísmo;
la misma voz que resonó en su oído
con misterioso, irresistible acento,
aquella voz que imita
rumores de batalla,
murmullos de laureles en el viento,
himnos de Ossian en la desierta playa.

La oyó el héroe y la oyó la hueste altiva,
que velaba severa,
soñando con la patria y con la historia,
al pie de la gigante cordillera!
Y al sonar de los roncos atambores
largó el cóndor atónito su presa,
y la ruda montaña, conmovida,
doblegó la cabeza
para ser pedestal de esa bandera!

VI

¡Ya están sobre las crestas de granito
fundidas por el rayo!
Ya tienen frente a frente el infinito:
arriba, el cielo de esplendor cubierto;
abajo, en los salvajes hondonados,
la soledad severa del desierto;
y en el negro tapiz de la llanura,
como escudos de plata abandonados,
los lagos y los ríos que festonan
de la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!
¡Ya relincha el caballo de pelea
y flota al viento el pabellón altivo,
hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande
es la patria, mirada
desde el soberbio pedestal del Ande!
El desierto sin límites doquiera,
océanos de verdura en lontananza,
mares de ondas azules a lo lejos,
las florestas del trópico distantes,
y las cumbres heladas
de la adusta, argentina cordillera,
como ejército inmóvil de gigante!

¿En qué piensa el coloso de la historia,
de pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
en pueblos libres y en cadenas rotas;
y con la fe del que a la lucha lleva
la palabra infalible del destino,
se lanzó por las ásperas gargantas,
y lo siguió rugiendo el torbellino!

VII

Débil barrera oponen a su empuje
los arrogantes tercios españoles,
de Chacabuco en la empinada cuesta,
que como roja nube centellea
mientras el viento encadenado ruge.—
¿Quién detiene el torrente embravecido
cuando el soplo de Dios lo aguijonea?
El torrente llegó, rompió la valla,
y se perdió veloz en la llanura;
y al mirarlo pasar lo saludaron
las nubes, agitándose en la altura.—

¡Reguero de laureles!
Sólo una vez el sol de su bandera
palideció con fúnebre desmayo:
aquella ingrata noche de la historia,
que cruzó como nube pasajera
barrida por cien ráfagas de gloria.
Para borrar sus sombras, encendimos
con corazas y yelmos y cañones,
en el llano de Maipo inmensa hoguera
a cuya luz brotaron dos naciones!

VIII

Los vientos del Océano,
llevaban en sus alas turbulentas

a los valles chilenos,
mezclados al rumor de las tormentas,
los lastimeros ecos fugitivos,
que los sauces del Eúfrates oyeron,
del arpa de los míseros cautivos.

Aun quedaba un pedazo
de tierra americana, sumergido
en la noche de horror del coloniaje,
para ser redimido!
Aun yacía en obscuro vasallaje
aquel pueblo bizarro,
que cual robles del monte despeñados
con ímpetu sonoro,
vió caer a sus Incas, derribados
de su trono de oro
bajo el hacha sangrienta de Pizarro!

¡Sonaron otra vez los atambores!
Hinchó otra vez el viento la bandera
que desgarró de Maipo la metralla,
y a la voz imperiosa del guerrero,
bajó la espalda el mar, como si fuera
su bridón generoso de batalla!

¡Salud al vencedor! ¡Salud al grande
entre los grandes héroes! exclamaban
civiles turbas, militares greyes,
con ardiente alborozo,
en la vieja ciudad de los virreyes.—
Y el vencedor huía,
con firme paso y actitud serena,
a confiar a las ondas de los mares
los profundos secretos de su pena.—

La ingratitud, la envidia,
la sospecha cobarde, que persiguen
como nubes tenaces

al sol del genio humano,
fueron siguiendo el rastro de sus pasos
á través del Oceano,
ansiosas de cerrarles los caminos
del poder y la gloria,
sin acordarse ¡torpes! de cerrarle
el seguro camino de la historia!

IX

¡Allá duerme el guerrero,
a la sombra de mustias alamedas
que velan su reposo solitario!
¡Ay! ¡no arrullan su sueño postrimero,
como soñó en la tarde de su vida,
los ecos de las patrias arboledas!

Allá duerme el guerrero,
de extraños vientos al rumor profundo,
los vientos de la historia
que lloran las catástrofes del mundo;
y acaso siente en la callada noche
pasar en negra y lastimera tropa,
fantasmas de los pueblos oprimidos,
espectros de los mártires de Europa!
¡Cómo tembló la losa de su tumba
y se agitó su sombra gigantea
cuando sintió rugir a la distancia
el sangriento huracán de la pelea,
y vió caer exánime a la Francia
bajo los cascos del corcel germano
y en medio del espanto de la tierra!
¡Ah! ¡quizá levantó la yerta mano
para ofrecerle en el desastre inmenso,
a falta de su espada,
la espada de Maipú y de San Lorenzo!

X

¡Un siglo más que pasa!
¡Una ola más, del mar de las edades,
una nueva corriente de la historia,
que arrastra a las eternas soledades
generaciones, sueños y quimeras!
Hace un siglo recién desde aquel día,
fecundo día de inmortal memoria,
cuando en lejana, misteriosa zona,
el salvador de América nacía
a la sombra de palmas y laureles
que no habían de bastar a su corona!

Un siglo, nada más; un paso apenas
del tortuoso sendero
que lleva al porvenir desconocido.—
Un siglo nada más, y el grito fiero
ya no se oye, del indio perseguido
por la implacable fe del misionero
y la avaricia cruel de sus señores.—
Ya ha crecido la hiedra,
de Yapeyú en los áridos escombros
que alzan la frente airada,
de la luna a los lívidos fulgores,
como tremenda maldición de piedra!

La aurora de este siglo
nació en los tenebrosos horizontes
de un inmenso desierto.—
Tribus errantes y salvajes montes,
la barbarie doquier; y el fanatismo
fué ascendiendo, ascendiendo,
como un rayo de luz en un abismo,
y al bajar al ocaso,
alumbra su camino
los millares de antorchas del progreso,
del pensamiento al resplandor divino!

Ayer, la servidumbre
con sus sombras tristísimas de duelo,
cadenas en los pies y en la conciencia,
la sombra en el espíritu y el cielo!
Hoy en la excelsa cumbre
la libertad enciende sus hogueras,
unida en santo abrazo con la ciencia;
los dos genios del mundo vencedores:
la libertad que funde las diademas,
y la ciencia que funde los errores!

¡Milagros de la gloria!
Tu espada, San Martín, hizo el prodigio;
ella es el lazo que une
los extremos de un siglo ante la historia,
y entre ellos se levanta,
como el sol en el mar dorando espumas,
el astro brillador de tu memoria.—

¡No morirá tu nombre!
Ni dejará de resonar un día
tu grito de batalla,
mientras haya en los Andes una roca
y un cóndor en su cúspide bravía.—
Está escrito en la cima y en la playa,
en el monte, en el valle, por doquiera
que alcanza de Misiones al Estrecho
la sombra colosal de tu bandera!

Febrero de 1878.

A VICTOR HUGO

I

¡La negra selva por doquier! el viento
como inquieto lebrel encadenado
aullando en la espesura!
¡La noche eterna por doquier! el cielo
como un mar congelado,
y el mar como una inmensa sepultura.

De tarde en tarde brilla,
de la aurora boreal el rayo frío,
y a su vislumbre pálida, los astros
que ruedan lentamente en el vacío,
enormes buques náufragos semejan,
que al ronco son del trueno,
van llevando sin rumbo
cadáveres de mundos en su seno!

Hay vida en la creación, vida embrionaria
pero embotada y fría.—Allá a lo lejos,
en la extensión inmensa y solitaria,
islas y continentes van surgiendo
de la muriente aurora a los reflejos,
como monstruos del mar que se dirigen
en confuso rebaño hacia la orilla;
y los montes lejanos,
gigantes de armaduras de granito,

parece que esperasen de rodilla,
el mandato de Dios, para lanzarse
a escalar la región del infinito!

II

Era la edad en que la densa noche
del polo sobre el mundo se extendía,
la noche de la calma aterradora,
en cuya soledad, lóbrega y fría
como raudal helado, dormitaba
la savia engendradora!
No hay noche sin mañana...
En el cielo, en la historia, dondequiera
la sombra es siempre efímera y liviana,
la nube, por más negra, pasajera;
y aquella noche al fin iba a rasgarse
como inmensa, flotante vestidura.
Preludios de gorjeos, ruidos de alas,
la alegría del nido en la espesura,
flotaron en la atmósfera ligera,
y antes de desplegar la luz sus galas
entonó un ave la canción primera!

Al eco de la insólita armonía
la tierra despertó.—La selva obscura
con ansia de volar, batió las ramas;
misteriosa y extraña vocería
se alzó del mar en la siniestra hondura,
cual si ensayasen sus salvajes himnos
la borrasca y la tromba asoladora,
y de la informe larva del abismo,
mariposa de luz, surgió la aurora!

III

También la historia tiene
torvas noches de horror, como el Oceano,

noches glaciales en que duerme todo:
la vida, el arte, el pensamiento humano.
También como en la selva primitiva
de mustias cicadeas,
la savia del espíritu dormita,
sin reventar en frutos, ni cuajarse
la flor de las ideas!

¡Qué lentas son las horas de la historia!
¡Qué largo y qué sombrío
el imperio del mal!—cuando parece
la conciencia pasmada,
profundo cráter de apagada escoria,
desierto cauce de agotado río,
y en la noche callada
no se oye más rumor que el de la orgía
o es áspero crujir de la cadena,
mientras del cielo en la extensión vacía
la ronca voz de los espantos truena!

IV

Tarda el amanecer, pero al fin llega,
¡oh mal! ¡no eres eterno!
Así como en la noche de la tierra,
profunda noche de aterido invierno,
el mundo despertó cuando en las ramas
de la selva dormida
el primer himno resonó del ave
que desplegaba el ala entumecida
presintiendo a la aurora:
Así la humanidad despierta inquieta
en la noche moral abrumadora
cuando surge el poeta,
ave también de vuelo soberano,
que en las horas sombrías,
canta al oído del linaje humano

ignotas armonías,
misteriosos acordes celestiales,
enseñando a los pueblos rezagados
el rumbo de las grandes travesías,
la senda de las cumbres inmortales.

V

Olvidada de Dios, Judá apuraba
la copa del placer.—En sus altares,
los ídolos extraños recibían
cobarde adoración.—No era la esposa
sencilla del Cantar de los cantares,
no era la Virgen de Israel, gallarda
como las palmas de Samir: ajada
la tez de rosa y ulcerado el pecho,
con inquietud febril se revolcaba
del vicio impuro en el candente lecho!

¡Viento de corrupción! viento de muerte
soplaba sobre el mundo.—Babilonia,
del deleite en los brazos reclinada,
ceñida la guirnalda, flaco el brazo
para blandir el hierro,
y a la orilla del Eúfrates sentada,
a los pueblos vecinos daba cita
en las lúbricas danzas del Becerro
o a la sombra del mirto de Mylita!

El mundo iba a morir—como Bacante
ebria al compás de báquicas estrofas,
al son de besos, al rumor de orgías,—
cuando a las puertas del cerrado templo,
torvo y airado apareció Isaías!
Y tronó en los espacios vengadora
su voz, hondo murmullo
de rayos, fulminando
al crimen, a la guerra y al orgullo,

prediciendo a la plebe pecadora
largas horas de llanto, tras las cuales,
purificada y bella, surgiría
la ciudad del Señor; y a Babilonia,
a Babilonia la soberbia, el día
en que el Medo feroz, los vasos de oro
y las sedas de Persia, el arpa siria
con que encantaba al mundo,
las águilas de bronce, los jardines
aéreos, todo, todo,
iba a hollar insensible
de sus corceles bajo el casco inmundo!

VI

Dos razas batallaban
en campo estrecho con furor insano,—
la vieja raza de la historia, aquella
señora un tiempo del destino humano,
abuela de naciones;
la que templó sus armas
al sol de Arabia y abrevó en las ondas
del Indus y del Tígris sus legiones,—
y la raza nacida
del sol levante al ósculo de fuego,
que llevaba en la frente
la centella de luz del genio griego!

¿Cuál iba a sucumbir? La raza vieja
esclava del destino, mar volcado
de Tesalia en el valle sonriente,
avanzaba tenaz.—¡Ya estaba mudo
de Maratón el bosque consagrado!
Ya no brillaba en el combate rudo
de Leonidas la diestra refulgente,
cuando la musa helena,
la musa de alas de águila de Esquilo,
hendió los aires y voló a la escena,

de la rapsodia enervador asilo,
y con voz que aun resuena
del mar Egeo en la sonora playa,
ceñida de laurel la sien divina,
al cadencioso son del ritmo jonio,
y entre el fragor de la feral batalla
lanzó el himno triunfal de Salamina!

VII

Ya Roma no era Roma, la que un día
encadenó a su paso la fortuna,
la Roma de los grandes caracteres,—
mudo el Foro, desierta la tribuna,
en sus plazas y circos no se oía
más que el rumor de esclavos y mujeres
en bulliciosa confusión danzando
al son lascivo de los himnos griegos,
o el palmotear de cortesana impura
del vil histrión en los obscenos juegos,—
ya Roma no era Roma.—No anidaban
del Aventino en la gloriosa cima,
emblema de una raza gigantea,
las águilas de Júpiter Tonante,
sino en mansa, blanquísima bandada,
las palomas de Venus Citerea!

Dormido estaba el rayo—como duerme
en el monte la lava rugidora
y en la cumbre el turbión.—Llegó la hora,
y el rayo despertó.—Vibró en la lira
de Juvenal, no en caprichoso alarde,
de dulce verso o de canción sonora,
de torpe mofa o de cobarde duda;
sino implacable, acerbo, burilando
en carne viva la común afrenta.
Némesis vengadora, el duro azote
alzó sobre la sien calenturienta

de aquel rebaño humano,
y fué marcando con eterno mote,
a la falsa virtud, al crimen pálido,
al vulgo y al tirano!

VIII

Eclipse de la historia, la Edad Media,
¡crepúsculo sin día!
Pesaba sobre el mundo, como inmenso
torrente de tinieblas despeñado
del ancho cielo en la extensión vacía,
astro sin luz, el pensamiento, mustia
lámpara de un altar abandonado
que el cierzo helado azota,
al través de las sombras perseguía
de un prometido bien la luz remota!

Dante entonces, noctámbulo divino,
bajó del corazón al antro obscuro
a descifrar la letra del arcano,
la misteriosa cifra del futuro;
y con voz, ora triste y ora grave,
mezcla a veces de cántico y lamento,
dijo a la muchedumbre horrorizada:
"¡Quien sabe de dolor, todo lo sabe!"
Y de su siglo la conciencia helada,
se despertó a su acento!

IX

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto
la caravana humana, halla un poeta
que espera en el dintel, alta la frente
coronada de pálidos luceros,
sacerdote y profeta,

para enseñarle el horizonte abierto
y bendecir los nuevos derroteros!

¡A tí te tocó en suerte, soberano
del canto! ¡Inmortal Hugo!
la más ruda jornada de la historia,—
Ya no es una nación que rompe el yugo
de la opresión, ni el canto de victoria
tras las horas durísimas de prueba.—
¡Hoy es la humanidad que se emancipa!
¡Hoy es la humanidad que se renueva!

Todo lo tienes tú, la voz de trueno
del gran profeta hebreo,
fulminador de crímenes y tronos!
El grito fragoroso del que un día
encarnó, para ejemplo de los siglos,
la idea del derecho en Prometeo,
la cuerda de agrios tonos
de Juvenal, aquel Daniel latino,
tremendo justiciero de su siglo,
y el rumor de caverna, de los cantos
del viejo Gibelino!

¡Todo lo tienes tú! por eso el cielo
te dió tan vasto sin igual proscenio.
No hay notas que no vibren en tu lira,
espacios que no se abran a tu genio;
cantas al porvenir, y los que sufren,
esclavos de la fuerza o la mentira,
sienten abrirse a sus llorosos ojos
de la esperanza las azules puertas!
Apostrofas al tiempo y se levantan—
¡mágico evocador de edades muertas!—
como viviente, inmenso torbellino,
razas extintas, pueblos fenecidos,
fantasmas y vestiglos,
para contarte en misterioso idioma
la colosal "Leyenda de los Siglos!"

¡Todo lo tienes tú! todo lo fuiste:
profeta, precursor, mártir, proscripto,—
gigante en el dolor te levantaste
cuando en la noche lóbrega sentiste
temblar los mares, vacilar la tierra
con pavorosa conmoción extraña,
cual si un titán demente forcejease
por arrancar de cuajo una montaña.—
Era Francia, montaña en cuya cumbre
anida el genio humano,
la Francia de tu amor, que tambaleaba
herida por el hacha del germano,
y arrojando la lira en que cantabas
la "Canción de los Bosques y las calles"
fuiste a tocar llamada
de París sobre el muro ennegrecido
en el ronco clarín de Roncesvalles!

Desde aquí, teatro nuevo
que Dios destina al drama del futuro,
razas libres te admiran y se mezclan
al coro de tu gloria,—
Orfeo que bajaste
en busca de tu amante arrebatada,
la santa democracia,
a las más hondas simas de la Historia!
Desde aquí te contemplan
entre dos siglos batallando airado
y arrancando a la lira
la vibración del porvenir rasgado
o el triste acento de la edad que expira!
Y al través de los mares,
astro que bajas al ocaso, envuelto
en torrentes de llama brilladora,—
entonando tus cantos seculares
te saludan los hijos de la aurora!

ATLÁNTIDA

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMERICA

¡Wake!

Hamlet.

I

Cada vez que en la cumbre desolada
de la ardua cordillera,
y tras hondo angustioso paroxismo,
como caliente lágrima postrera,
brota de las entrañas del abismo
misterioso raudal, germen naciente
de turbio lago, caudaloso río,
ronca cascada o bramador torrente,
pardas nubes descienden a tejerle
caprichoso y movible cortinaje,
y abandonan los negros huracanes
sus lóbregas cavernas
para arrullar con cántico salvaje
su sueño, y en señal de regocijo,
sobre muros de nieves sempiternas,
despliegan, combatientes del vacío,
taciturnos guardianes
del infinito páramo sombrío,
sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
raudales que en la cuna

vela el misterio y con afán prolijo
la fábula, Nereida soñadora
que el verde junco con la yedra aduna,
como la dulce madre que despliega
sobre la tersa frente de su hijo
teñida por los rayos de la aurora
su manto, de amor ciega,
envuelve con fantásticos cendales!
Mientras se llena el mundo
de rumor de catástrofes.—En tanto,
con las alas abiertas,
cruza la tierra el ángel del espanto
y agita sus antorchas funerales
el incendio iracundo
sobre la tumba de las razas muertas!

Allá en el fondo obscuro
del valle que a los pies del Apenino
se extiende como alfombra de esmeralda
palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
del monte Albano en la risueña falda,—
vago rumor se siente...
el rumor de una raza despertada
con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
del mar, que muere en la desierta playa
del Asia envejecida,
con eterno lamento,
hondo clamor hasta los cielos sube,
que en son medroso, el viento
esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta
como enjambre irritado, en las sombrías
hondonadas del Lacio,
es la raza latina, destinada
a inaugurar la historia

y a abarcar el espacio
llevando por esclava a la victoria!
Y el clamor que resuena
de la alta noche en la quietud sagrada,
es el grito de Illión, que se desploma
como gigante estatua derribada,
astro que se hunde en tenebroso ocaso
cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender a la llanura
se torna en ancho río,—
aquella tribu obscura
en turbulento pueblo convertida
sintió dentro del seno
la inquietud de la ola comprimida,
el rumor interior, la voz de trueno
que emplaza a las naciones
a las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
en pos de sus destinos inmortales,
dando al viento los bélicos pendones,
siniestros mensajeros del estrago,
y encendiendo en el negro promontorio,
para servir de faro a sus legiones,
la colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
del águila latina—
la tierra despertó como de un sueño
al sentirla pasar. El Oceano,
generoso corcel que el cuello inclina
cuando siente a su dueño,
rugió de gozo y le rindió homenaje,—
todo lo holló con planta vencedora:
la montaña y el páramo salvaje,
las misteriosas selvas seculares

en que al compás de místicas endechas
afilaba el germano taciturno
con siniestra ansiedad el haz de flechas;
y las negras pirámides distantes,
que a la luz del crepúsculo parecen
abandonadas tiendas de campaña
de una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
de su antiguo esplendor.—La Iberia altiva,
como severa reina destronada,
dobló la frente ensangrentada al yugo,
mas no su corazón—eterna hoguera
en que la llama de Sagunto ardía
con rojizo fulgor.—La Galia fiera
lanzó a los aires resonante grito,
y el escudo de bronce hirió tres veces
sobre el dolmen maldito!
Pero cayó expirante en la contienda
para dormir el sueño del esclavo
de César en la tienda!
y el Cármata cruel, el Cretón bravo,
el escita ligero,
el sombrío, feroz escandinavo
que en las brumas polares
de otro mundo olfateaba el derrotero,
fueron a prosternarse en sus altares!

¡Largo su imperio fué! ¡Largo y fecundo'
el hacha del Lictor estuvo siglos
alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,
sus desastres, Lucano,
mientras brillaba en el lejano Oriente
la luz primera del ideal Cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía,
al rumor de los sáficos de Horario,
enervada y tranquila,

cuando sintió tronar en el espacio
el rudo casco del corcel de Atila!

¡Despertó, pero tarde! En vez del rayo
que en sus manos un día
viera la tierra atónita, llevaba
el áureo tirso, y en la mustia frente
la corona de yedra de la orgía!
Corrió al foro, llamando a sus legiones
dispersas y distantes,
y sólo contestaron los histriones
mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
del cielo, en sangre tinto,
creyó ver que cruzaban en silencio,
como un augurio aciago,
la sombra lastimera de Corinto
y el fantasma lloroso de Cartago!

¡Era tarde en verdad! El sol de Roma,
luz de la historia y esplendor del orbe,
del Aventino tras la obscura loma
y de la plebe trémula a los ojos
para siempre se hundió.—Rojo cometa
del horizonte en la desierta cumbre
apareció tras él, vibrando enojos—
nubes del Septentrión, vientos del polo,
sobre la tierra inquieta
esparcieron sus ráfagas de horrores.—
Sólo quedó de pie, soberbio atleta
vencido, no tumbado,—destacando
en las sombras el dorso giganteo,
como el genio de Roma en lucha eterna,
centinela de piedra, el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
sin honor o sin gloria,

los pueblos que su espíritu alentaron
en hora venturosa o maldecida.—
Las razas son los ríos de la historia,
y eternamente fluye
el raudal misterioso de su vida!
El río que en otrora
turbulento y audaz cruzó la tierra,
ya por blandas y vírgenes llanuras
o por yermos de arena abrasadora
al soplo animador de la fortuna,
de su cauce alejado
fué a morir como lóbrega laguna
inmóvil y callado!
Pero el raudal ingente
de la ánfora sagrada, la corriente
inagotable y pura, despeñada
por ignoto sendero,
con rumor de torrente surgió un día
en la tierra encantada
del indómito ibero,
donde todo es amor, luz, armonía.
y el sol más bello, el aire más liviano,
y siempre altivo, desbordante y joven,
palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
la tierra estremecida
del sol primaveral al primer rayo,
parece que sintiera
en el aire, en el monte, en la pradera,
en ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
y unidas en eterno maridaje
la pasada romana fortaleza
y la savia salvaje
del hijo del Pirene, diestro en lides,
engendraron la raza destinada
a suceder a la cesárea estirpe,
la raza soberana de los Cides!

¡Llenó el mundo su nombre!—Las naciones,
del monte Calpe hasta el peñón marino
en que vela el britano,
creyeron que se alzaba en lontananza
la sombra augusta del poder latino,
que de nuevo volvía
a ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
de vago afán, de misterioso anhelo,
soñaba con batallas, cuando un día,
al tender la mirada por el cielo
desde las altas cumbres de Granada.
vió surgir en lejanos horizontes
la Visión de la América encantada!

¡Dos mundos sujetó bajo un imperio!
¡Y dejó de su espíritu los rastros
en fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal, retó a la tierra,
y ansioso de combates
fué a renovar en Africa prodigios
y hazañas de Escipiones;
pero también se derrumbó impotente,
no del potro del vándalo a las plantas
ni del cruel vencedor al ceño airado,
sino cuando cayó sobre su espíritu
la sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
al pie de los altares,
calentando su espíritu aterido
en la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
de la historia y prepara
otra hoguera, a que arroja
con ánimo esforzado

fragmentos de Bastillas,
instituciones viejas, privilegios,
y de un vetusto trono las astillas—
hoguera a cuya lumbre soberana
va a forjar, como en fragua ciclopea,
su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
de las grandes, fecundas convulsiones,
la hora en que al compás de las borrascas
se tumban o levantan las naciones—
Dios envía a la tierra los gigantes
del genio o de la espada,
cual si necesitase de almas fuertes
y músculos pujantes,
para no perecer en la jornada.
Así la Francia tuvo
en las horas más grandes de la historia
el genio de Voltaire para anunciarle
el tremendo, supremo cataclismo,
y el brazo poderoso
de Napoleón, el genio de la gloria,
para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
astro de inmensa curva, que a su paso
deja como reguero de laureles,
fulgor de incendios, resplandor de soles,
pero astro que se pone en el ocaso
tras nubes de rojizos arreboles.
Brillante pero efímero; la espada
¡Brillante fué el imperio de la fuerza!
que sobre el mapa de la Europa absorta
trazó fronteras, suprimió desiertos
y que quizá de recibir cansada
el homenaje de los reyes vivos,
fué a demandar en el confín remoto
el homenaje de los reyes muertos,—
la espada de Austerlitz, la vieja espada

en los escombros de Moscou mellada,
ya no describe círculos gigantes
esparciendo el pavor de la derrota:
cayó en los campos de Sedán, sombríos,
ensangrentada y rota!

V

Anteos de la historia,
los pueblos que el espíritu y la sangre
llevan de aquella tribu aventurera
que encadenó a su carro la victoria,
ya los postre o abata,
la corrupción o la traición artera,
no mueren aunque caigan.—Así Roma
en su tumba de mármol se endereza
y renace en Italia, como planta
que el polvo de los siglos fecundiza.
Así España sacude la cabeza
tras largas horas de sopor profundo,
y arroja los fragmentos
de su pasada lápida mortuoria,
para anunciar al mundo
que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
del pecho no cerrada,
en la sombra se agita cual si oyera
rumores de alborada!

VI

¡Soberbio mar engendrador de mundos!
¡Inquieto mar Atlante!
Que ora manso, ora horrible, en jiro eterno,
ya imitando el fragor de roncas lides,
ya gritos de angustiadas multitudes
o gemidos de sombras lastimeras,

te vuelcas y sacudes
en la estrecha prisión de tus riberas!
¡Soberbio mar! de cuyo fondo un día
la colosal cabeza levantaron,
coronada de liquen y espadañas,
al ronco son de tempestad bravía
náufragos del abismo las montañas—
mientras el cielo en la extensión desierta
que eternas sombras por do quien velaban,
lanzaba el primer sol su rayo de oro,
inmensa flor de luz, recién abierta,
sobre la cual en armonioso coro
enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
bajo arcadas fantásticas de brumas,
al vaivén de las olas adormido
y envuelto dulcemente
en pañales de espumas,
jirones de la túnica de armiño
de tus playas bravías,
¡huérfano de la historia! un mundo niño.—
¡Con cuánto amor velabas
su cuna, y qué sombrías
nieblas sobre tu frente desplegabas
para que el aire errante, el viento inquieto,
y el astro vagabundo
no fuesen a contarle tu secreto
a la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,
el labio mudo, palpitante el seno,
a interrogar el horizonte obscuro
de vagas sombras y rumores lleno,
cuando el alba indecisa aparecía
mensajera de Dios en el Oriente,
trayéndote perfumes de los cielos
para mojar tu frente!
¡Y qué grito salvaje,

mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
retorciendo los brazos,
cuando una vela errante aparecía,
y en la tarde, traía
bramando el oleaje,
de algún bajel deshecho los pedazos!

VII

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
en las rocas de Egina contemplaba
las sombras que en silencio descendían
a posarse en las cumbres del Himeto;
y el misterioso diálogo entablaba
con las olas inquietas
que a sus pies se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
del tiempo, destinada
a celebrar las bodas del futuro
en sus campos de eterna primavera,
y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
la empresa ruda al genio renaciente
de la latina raza, domadora
de pueblos, combatiente
de las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
del destino del mundo portadora,—
y la nave avanzó. Y el Oceano,
huraño y turbulento,
lanzó al encuentro del bajel latino
los negros aquilones,
y a su frente rugiendo el torbellino
jinete en el relámpago sangriento!

Pero la nave fué, y el hondo arcano
cayó roto en pedazos
y despertó la Atlántida soñada
de un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
el genio inquieto de la vieja raza,
develador de tronos y coronas,
era lo que soñaba!
Ambito y luz en apartadas zonas!
Helo armado otra vez, no ya arrastrando
el sangriento sudario del pasado
ni de negros recuerdos bajo el peso,
sino en pos de grandiosas ilusiones,
la libertad, la gloria y el progreso!
¡Nada le falta ya! lleva en el seno
el insondable afán del infinito,
y el infinito por do quier lo llama
de las montañas con el hondo grito
y de los mares con la voz de trueno!
Tiene el altar que Roma
quiso en vano construir con los escombros
del templo egipcio y la pagoda indiana,
altar en que profese eternamente
un culto sólo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus gradas ciclopeas
con sus rojas antorchas de volcanes,
será el altar de fulgurantes velos
en que el himno inmortal de las ideas
la tierra entera elevará a los cielos!

VIII

¡Campo inmenso a su afán! Allá dormidas
bajo el arco triunfal de mil colores
del trópico esplendente,
las Antillas levantan la cabeza
de la naciente luz a los albores,

como bandadas de aves fugitivas
que arrullaron al mar con sus extrañas
canciones plañideras,
y que secan al sol las blancas alas
para emprender el vuelo a otras riberas!

¡Allá Méjico está! sobre dos mares
alzada cual granítica atalaya,
parece que aún espía
la castellana flota que se acerca
del golfo azteca a la arenosa playa!
Y más allá Colombia adormecida
del Tequendama al retemblar profundo,
Colombia la opulenta
que parece llevar en las entrañas
la inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz! región querida
del almo sol que tus encantos cela,
inmenso hogar de animación y vida,
cuna del gran Bolívar! ¡Venezuela!
Todo en tu suelo es grande,
los astros que te alumbran desde arriba
con eterno, sangriento centelleo,
el genio, el heroísmo,
volcán que hizo erupción con ronco estruendo
en la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
yace la Roma de los Incas, rota
la vieja espada en la contienda grande,
la frente hundida en la tiniebla obscura,
¡mas no ha muerto el Perú! que la derrota
germen es en los pueblos varoniles
de redención futura,—
y entonces cuando llegue,
para su suelo la estación propicia

del trabajo que cura y regenera
y brille al fin el sol de la justicia
tras largos días de vergüenza y lloro,
el rojo manto que a su espalda flota
las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia! la heredera del gigante
nacido al pie del Avila,
su genio inquieto y su valor constante
tiene para las luchas de la vida;
sueña en batallas hoy, pero no importa,
sueña también en anchos horizontes
en que en vez de cureñas y cañones
sienta rodar la audaz locomotora
cortando valles y escalando montes!
Y Chile, el vencedor, fuerte en la guerra,
pero más fuerte en el trabajo, vuelve
a colgar en el techo
las vengadoras armas, convencido
de que es estéril siempre la victoria
de la fuerza brutal sobre el derecho!
El Uruguay que combatiendo entrega
su seno a las caricias del progreso,
El Brasil que recibe
del mar Atlante el estruendoso beso
y a quien sólo le falta
el ser más libre, para ser más grande,
y la región bendita!
¡Sublime desposada de la gloria!
¡Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla! que es la patria,
la patria bendecida,
siempre en pos de sublimes ideales,
el pueblo joven que arrulló en la cuna
el rumor de los himnos inmortales!
Y que hoy llama al festín de su opulencia
a cuantos rinden culto

a la sagrada libertad, hermana
del arte, del progreso y de la ciencia,—
¡la patria! que ensanchó sus horizontes
rompiendo las barreras
que en otrora su espíritu aterraron,
y a cuyo paso en los nevados montes
del Génesis los ecos despertaron!
¡La patria! que olvidada
de la civil querella, arrojó lejos
el fratricida acero
y que lleva orgullosa
la corona de espigas en la frente,
menos pesada que el laurel guerrero!
¡La patria! en ella cabe
cuanto de grande el pensamiento alcanza,
en ella el sol de redención se enciende,
ella al encuentro del futuro avanza,
y su mano, del Plata desbordante
la inmensa copa a las naciones tiende!

IX

¡Ambito inmenso, abierto
de la latina raza al hondo anhelo!
¡El mar, el mar gigante, la montaña
en eterno coloquio con el cielo...
y más allá el desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
allí valles que ondean
como ríos eternos de verdura,
los bosques a los bosques enlazados,
do quier la libertad, do quier la vida
palpitando en el aire, en la pradera
y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada
que Platón presintió! promesa de oro

del porvenir humano.—Reservado
a la raza fecunda,
cuyo seno engendró para la historia
los Césares del genio y de la espada,—
aquí va a realizar lo que no pudo
del mundo antiguo en los escombros yertos,—
la más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
la eterna comunión de las naciones!

COMPOSICIONES PATRIÓTICAS Y CONMEMORATIVAS

Composiciones patrióticas y conmemorativas

MI PATRIA

AL GENERAL URQUIZA

> Aun otra vez callada, lira mía,
> Aún otra vez el himno de los bravos
> Turbe el silencio de la noche umbría
> Y hiele el corazón de los esclavos.
>
> **E. Gil.**

Mil vientos contrarios azoten mi frente:
no quiero ese vago murmurio doliente
del aura que mece mi pálida sien.
Y unidas al ronco bramido del trueno
se agiten soberbias del Plata sereno
las trémulas olas en rudo vaivén.

Yo entonces, batiendo cual cóndor las alas,
veré de mi Patria las mágicas galas
cediendo al impulso de noble ambición.
Y hollando del Andes la frente de hielo,
que cubre la niebla cual cárdeno velo,
veré las señales del patrio pendón.

Allí es el columpio del águila inquieta
que sube atrevida, cual joven poeta,
buscando los rayos de luz celestial.
Allí se distingue la huella gloriosa
de un pueblo de libres que alzó victoriosa
la patria bandera con gloria inmortal.

Allí, resonando por cóncava grieta,
se oyó de un guerrero la voz de profeta
gritando: ¡soldados, vencer o morir!
Y al verlo, entusiastas los hijos de Mayo,
lanzando sus potros, rivales del rayo,
supieron cual siempre vencer en la lid.

Después, remontando mi vuelo atrevido,
me agite el pampero con triste silbido
rasgando celajes de niebla y vapor;
y el blanco fantasma de un sueño brillante
se meza en los aires cual nube flotante
rozando mis sienes su dulce rumor.

Que arranque del pecho salvaje armonía
cual cantan las aves en noche sombría,
cual brisa que arrulla con trémula voz.
Que tiemble convulsa del niño la frente,
soñando la gloria, diadema esplendente,
tal vez desprendida del trono de Dios.

No suenen mis cantos cual ¡ay! de venganza,
respiren tan sólo de paz y esperanza
los dulces aromas, el grato placer.
Ya basta de sangre, de duelo y de llanto,
y alzar no quisiera jamás ese manto
que cubre a mi vista los hechos de ayer.

Yo, joven nacido con alma de fuego,
levanto a los cielos mi férvido ruego
mecido en las alas de un sueño de amor;
y ahogando un instante mi ardiente suspiro,
repita mi acento con trémulo giro:
"¡Del pueblo de Mayo seré trovador!"

*

Se agitan, cual las olas de un mar embravecido,
del mundo las naciones, en débil pedestal;

ya tiembla su cimiento mil veces carcomido,
ya rompe sus murallas furioso vendaval.

Del Cáucaso y del Andes las moles de granito
¿no veis que se desploman con ruido atronador?
La humanidad entera, con espantoso grito,
dirige sus miradas al trono del Señor.

Relámpagos de fuego, confuso remolino
semejan los horrores del cráter de un volcán;
se para sobre el mundo la mano del destino,
sus alas desplegando de lava el huracán.

¿Qué es esto?...acaso el ruido de ronco terremoto
que mueve las entrañas del orbe sin sentir,
o un rayo de las nubes en espirales roto,
que anuncia a los mortales sangriento porvenir?

No: es la lucha a muerte de un siglo en agonía
con otro que se ostenta con noble majestad,
mostrándole a los hombres, como la luz del día,
sus leyes, sus principios de unión y de igualdad.

Son vanos los esfuerzos, las locas convulsiones
que opone el moribundo, luchando con ardor;
que al siglo que amanece bendicen las naciones
cual astro de esperanzas, de gloria precursor.

De América los pueblos, con fuerzas de gigante,
responden a su acento gritando libertad,
cual suele a los suspiros del céfiro ondulante
los truenos sucederse de negra tempestad.

Miradlos cómo trepan al alto Chimborazo
venciendo a los sonidos del bélico clarín;
y al lánguido destello del sol en el ocaso
mirad esos guerreros... Bolívar, San Martín.

Los leones de Castilla se lanzan a los mares
cual hojas que se lleva bramando el aquilón,
y el pueblo americano, con plácidos cantares,
camina entre victorias al humo del cañón.

¿Do están los vencedores de Pavía y de Lepanto?
¿Do están los que arrasaron el trono de Boabdil?
¡Ay! huyen presurosos con indecible espanto,
dejando en Ayacucho la espada y el fusil.

¿Do están los que más tarde vencieron en Torata,
los hijos de Pelayo, terror del musulmán?
Decidme; ¿por qué temen las márgenes del Plata
los viejos veteranos de Osorio y de Tristán?
... ...

Ya un pueblo se levanta cubierto de laureles,
cual astro que colora del Avila la sien;
¿no veis como a la sombra de espléndidos doseles
se agitan las llanuras del argentino Edén?

*

Si allá en el Chimborazo, rival del Himalaya,
supieron entre nubes de bombas y metralla
los héroes de la patria clavar su pabellón,
y en vagoroso encaje de plata y esmeralda
miraron tras la niebla, cual pálida guirnalda
de gloria y esperanza, la mágica visión;

Si alzando sus miradas al Sér Omnipotente
bajaron igualando la furia del torrente
que rueda despeñado con ímpetu veloz,
ser libres, repitiendo, y el grito sacrosanto
rasgando los vapores del azulado manto
subía hasta el alcázar magnífico de Dios,—

¿Por qué de su reposo la turba degradada
se burla pisoteando la sangre derramada

mil veces en el llano y al lado del volcán?
¿Por qué se ven de nuevo los campos de batalla,
y al brillo de la lanza, silbando la metralla,
se olvida el juramento, quizá, de Tucumán?

Callemos el recuerdo que agita nuestra mente.
Dios quiera no pronuncie mi labio balbuciente
sino de la esperanza los cánticos de paz.
Cerremos esas hojas del libro de la historia
con sangre señaladas, que empañan nuestra gloria,
no vuelvan esos tiempos de lágrimas jamás.

*

Hay épocas marcadas de Dios en los arcanos,
y envueltas en el velo de negra obscuridad;
hay horas en la vida que tiemblan los tiranos
callando estremecida la pobre humanidad.

¡Misterios insondables, abismos tenebrosos
que el hombre no se atreve jamás a penetrar!
Y en cantos de amargura, cual lúgubres sollozos,
dirige sus plegarias al trono de Jehová.

Un día de mi Patria, postrada y expirante,
miróse en las llanuras el libre pabellón,
y un héroe levantando su brazo de gigante
se alzara revelando divina inspiración.

El ángel del futuro tendió sus blancas alas,
rasgándose la bruma con súbito fragor;
los pueblos, admirados al desplegar sus galas,
soñaron un destino de gloria y esplendor.

Rodó del despotismo la espada ensangrentada,
cesaron las discordias de muerte y destrucción,
y en medio de laureles la oliva suspirada
se viera dominando los campos de Morón!

¿Quién era ese guerrero, quién era ese gigante
que admiran las naciones del mundo de Colón,
y al ruido de las armas, lanzándose arrogante,
quebró de las cadenas el último eslabón?

¡Urquiza! de la historia las hojas esplendentes
que brillan en los siglos que ruedan sin cesar,
su nombre sublimando, cual céfiros rïentes,
dirán a nuestros hijos: "¡su gloria es inmortal!"

Los héroes que corrieron del Plata al Amazonas,
bordando con victorias la América del Sud,
le ofrecen de la tumba sus mágicas coronas,
y un coro se levanta de noble gratitud.

¡Miradlo! cómo eleva su frente majestuosa,
cual genio que protege la paz y libertad;
¡miradlo! es el emblema de una época gloriosa,
blasón inmarcesible de la futura edad. (1)

Colegio del Uruguay, Agosto 9 de 1856.

---

(1) Esta composición fué premiada en el certamen literario celebrado entre los alumnos del colegio Nacional del Uruguay, habiendo obtenido el autor en el mismo año el premio de Literatura y Elocuencia.

EL LAUREL

EN EL ALBUM DE MI MADRE

Siempre ¡patria! repites, madre mía,
¡cuánto quema la arena del Brasil!
Siempre lloras, y en cruel melancolía
caen las hojas de un mágico pensil.

Siempre os miro del sol en el ocaso
contemplando su pálido fulgor;
siempre os miro siguiendo paso a paso
del crepúsculo incierto el resplandor.

Dime, dime: ¿en la patria idolatrada
se conoce la palma y el laurel?
Dime, madre querida, desgraciada:
¿tiene flores tan mágico vergel?

¿Hay un templo magnífico de gloria
do se premia sublime inspiración?
¿Y en las páginas bellas de su historia
no figura mi ardiente corazón?

Dime pronto: ¿los versos del poeta,
sus ensueños, espléndidos de paz,
no merecen del vulgo que lo reta
ni un aplauso entre el céfiro fugaz?

Mas tú a nada respondes, madre mía,
cuando te habla tu niño trovador;

siempre, siempre tu frente está sombría:
¿que no hay sueños de gloria y esplendor?

¿Que no sientes cual siento la esperanza
con sus alas de púrpura y zafir,
señalarme flotando en lontananza
ya cercano, risueño porvenir?

Es un ángel que vuela vagoroso
desprendido del trono del Señor;
¡oh! me dice su acento misterioso
que seré de mi patria trovador.

¡Es tan bello soñar, es tan hermoso
deslizarse en un mundo de oropel,
que no miro su abismo tenebroso
si me duermo a la sombra de un laurel!

Yo quisiera ser grande: hay en mi alma
tanto sueño de gloria y ambición,
que ya miro en mis manos una palma
con que premia ese mundo mi canción.

Hay un Dios, madre mía, que se asienta
sereno de los mundos al vaivén,
lo circunda el incendio y la tormenta
y a su voz de titán cayó Salem.

Su manto es el azul firmamento,
dorado por los rayos de mil soles,
do sube mi atrevido pensamiento
perdido en sus variados arreboles.

Son perlas de su rica cabellera
los astros al rodar en el espacio,
y el eco de su voz en su carrera
suspende sus cimientos de topacio.

Y es débil pedestal para su planta
la tierra con sus llanos y montañas;
¡gusano que del polvo se levanta
llevando destrucción en sus entrañas!

Yo, dormido a la sombra de un abismo,
sumiso me doblego a su poder,
y el mundo, con su frío escepticismo,
se burla de mi negro padecer.

Dejad que en el silencio de la noche,
cuando el césped se agite murmurando
y abra la flor su perfumado broche,
vayan las horas del dolor pasando.

Dejad que pase el roedor martirio
que agita el alma en convulsión violenta,
como en el seno de aromado lirio
polvo y humo que arroja la tormenta.

. . . .
. . . .

Mirad, mirad, la brisa, de las dormidas flores
los cálices agita con trémulo rumor;
la luna se levanta velada entre vapores,
bañando la floresta su pálido fulgor.

¡Qué noche tan hermosa! la luz de mil estrellas,
el céfiro rïente, las olas de la mar,
suspiros armoniosos, imágenes tan bellas
dejadme un solo instante, dejadme contemplar.

Pasaron esas horas de penas y martirio
que baten nuestros sueños y agostan la ilusión;
pasaron, y en el seno del aromado lirio
los mágicos perfumes no seca el aquilón.

Del plátano agitado las hojas temblorosas
suspiran, madre mía, cual lira de marfil,

y el aura que desplega sus alas bulliciosas
murmura estremeciendo las flores del pensil.

¡Qué noche tan hermosa! no llores, madre mía;
dirige tus miradas al célico dosel,
tal vez será fantasma de ardiente fantasía,
mas miro columpiarse las ramas de un laurel.

Corramos, que se dobla con lánguido desmayo
y agita la esperanza sus alas de zafir,
la luna lo ilumina con su argentino rayo,
y al verlo no hay recuerdos, se calma mi sufrir.

¡Cuán verde, madre mía! Si quieres a su sombra
del mundo en el desierto podemos descansar,
de trébol y de flores en la mullida alfombra
venid por nuestra patria, que lloras, a rogar.

Venid, y conversemos del Andes y sus grietas,
del cóndor atrevido que busca el vendaval,
del Plata majestuoso que cantan los poetas
con dulce melodía, con eco celestial.

Mi hermano está en la cuna, dejadle que sonría
con ángeles que agitan sus alas en tropel;
nosotros, alejando la cruel melancolía,
soñemos a la sombra de mágico laurel.

Diciembre de 1856.

EL 9 DE AGOSTO

¡Silencio! dadme pronto la lira con que cantan
los bardos, cuando sienten latir el corazón,
y llenos de entusiasmo sus cánticos levantan
buscando por doquiera celeste inspiración.

Prestadme esos acentos de mágica armonía
que sólo nos inspira la paz de la virtud;
yo quiero al gran Urquiza, cantando en este día,
rendirle un homenaje de eterna gratitud.

Dejadme que recorra las márgenes del Plata
do retumbó su grito de libertad y unión;
que admire en mis cantares las glorias de la Patria
y ofrezca ante sus aras simpática ovación.

Dejadme que recorra los bosques y jardines
de flores tapizados que riega el Paraná,
tejiendo una guirnalda de rosas y jazmines
que del guerrero ilustre la frente ceñirá.

Y entonces, respirando su aroma delicioso,
la brisa perfumada mi seno hará latir,
cual plácida esperanza que calma mi sollozo,
las alas desplegando de púrpura y zafir.

Y entonces al heroico guerrero denodado,
que vimos tantas veces intrépido triunfar,
al héroe de Caseros, al sabio magistrado,
podré con entusiasmo mi cántico elevar.

II

Levantan las flores su cándida frente
que adornan las perlas del suave rocío,
y al astro que nace radiante en Oriente
saludan las aves del bosque sombrío.

El aura, rizando con plácida calma
las ondas dormidas del pérfido mar,
suspira, y la selva de sauces y palma
con dulce murmullo se ve doblegar.

Mil voces saludan con férvido canto
al sol que ilumina la bóveda azul,
tendiendo en el cielo su fúlgido manto
y el suelo bañando con nítida luz.

Las tumbas que encierran la yerta ceniza
de Alvear, Rivadavia y el gran San Martín,
repiten el nombre del ínclito Urquiza,
que escuchan los pueblos del otro confín.

Prosigue, le gritan, prosigue, no temas
que aceche traidora la envidia tu paso:
sostén en tu marcha, cual siempre, ese lema
que mil y mil veces sostuvo tu brazo.

Levanta orgulloso la frente ceñida
con palmas y lauros del campo de Marte,
y mira esa patria tan noble y querida,
de Mayo elevando su noble estandarte.

III

El monstruo de la guerra, que todo lo destroza,
talaba nuestros campos con bárbaro furor,

y al cielo de la patria la noche tenebrosa
tendió su manto negro de fúnebre color.

Del trueno el estampido terrible resonaba
mezclado con los gritos y estrépito marcial;
en tanto que la tierra teñida se miraba
por lagos y raudales de sangre fraternal.

Mil ayes dolorosos de víctimas heridas
del crimen en las aras, rendidas sin piedad,
unidos al estruendo de luchas fratricidas
sonaban cual rugido de fuerte tempestad.

¡Recuerdos dolorosos, querida patria mía!
tu seno desgarraban tus hijos con baldón;
y en torno de tu frente la luz resplandecía
cual roja cabellera del bélico cañón.

Mas hoy en tu horizonte sin nubes aterrantes
despliega sólo el alba su túnica de rosa;
y el cielo se colora con ráfagas radiantes
de luz, que desvanecen la brisa nebulosa.

Hoy sólo mil acentos de gozo resonando,
saludan entusiasta, con plácido fervor,
al héroe que aguerrido su espada levantando
juró romper tus grillos, venciendo al opresor.

Hoy solo, enardecida de gozo y patriotismo,
saluda al gran Urquiza la tierna juventud;
porque salvó la Patria del borde de un abismo
y sus ilustres hechos merecen gratitud.

Por él van progresando los pueblos argentinos
felices al amparo de la Constitución,
las leyes desplegando su pabellón divino
conservan a su sombra del Plata la nación.

¡Loor al gran guerrero que tanto combatiera
por la gloriosa causa de paz y libertad!
¡naciones extendidas del Plata en la ribera,
al inmortal Urquiza venid y saludad!

Uruguay, 7 de Agosto de 1855.

EL 11 DE SEPTIEMBRE

A BUENOS AIRES

(En el album de un proscripto)

Buenos Aires, no es esa tu bandera.
La nación es su dueña verdadera.

A. E.

Gime, ciudad infeliz, sufre tu pena,
Tantos ultrajes vengará la historia,
Si arrastras humillada la cadena,
Yo estoy aquí para cantar tu gloria.

A...

¿No véis? El pampa errante con su carcax de cuero
cual cóndor en las alas de silbador pampero
sujeta condolido su indómito bridón.
Y al ¡ay! de tus guerreros, al bote de su lanza,
sucumbe Buenos Aires, tu gloria, tu pujanza,
cual árbol orgulloso que troncha el aquilón.

La cuna de los libres, la patria de Belgrano,
de Mayo el pueblo heroico, que con potente mano
trozara las cadenas de odiosa esclavitud,
y en montes y llanuras su grito sacrosanto
de independencia o muerte como sublime canto
sacara de un letargo la América del Sud.

Hoy rueda como rama que el ábrego arrebata,
bañando con su sangre las márgenes del Plata,

sufriendo de sus hijos la saña y ambición.
¿Qué mano misteriosa grabó sobre su frente
con lágrimas y sangre la marca repelente,
que cubren los girones del patrio pabellón?

Dejadme, delirando, sus glorias una a una,
cantar cuando derrame la palidenta luna
sus tibios resplandores, diadema de mi sien.
Y el eco de mi lira, mi acento de poeta
resuene majestuoso cual canto de profeta
que embriagan en el mundo los sueños del Edén.

Yo ví caer mi padre, yo ví caer mi hermano
rodando bajo el hacha de bárbaro tirano,
y un grito de venganza lanzó mi corazón.
Por esa Buenos Aires valientes sucumbieron,
por ella las pasiones mi pecho estremecieron
perdido en las llanuras que baña el Yaguarón.

Decidme si no puedo lanzar un anatema
de muerte y exterminio sobre el sangriento lema
que elevan esos hombres con ímpetu fatal;
decidme si no pueden del niño los acentos
doblar como el terrible bramido de los vientos
de un círculo ambicioso la frente criminal.

. . . .

⁂

¡Buenos Aires! decían los valientes
que cual olas de undosos torrentes
se lanzaban del íbero en pos,
y al pisar del león la melena
y al quebrar una férrea cadena
por su gloria rogaban a Dios.

¡Buenos Aires! grabaron sus huellas
de Ituzaingo en las márgenes bellas

levantando el azul pabellón.
Y las naves de Brown vencedoras
nos gritaban del Plata señoras:
¡Buenos Aires! bramando el cañón.

De Lavalle las huestes valientes
en Yeruá, San Cristóbal, Corrientes,
¡Buenos Aires! grabaron también;
combatiendo con noble pujanza,
combatiendo sin sed de venganza
por llegar a ese mágico Edén.

Y después el guerrero entrerriano,
vencedor de sangriento tirano,
Buenos Aires, gritó, libertad;
basta, basta de sangre y de duelo,
ya está limpio el azul de tu cielo,
de la patria, proscripto, llegad.

*

Pero ¡ay! la ingratitud tendió sus alas
cubriendo, Buenos Aires, tus blasones,
y la ambición al desplegar sus galas
rodaron en el polvo tus pendones.

Rodaron cual las hojas que arrebata
la furia destructora del pampero
y el seno de rugiente catarata
se lleva de la muerte mensajero.

Perdón si el estertor de tu agonía
perturbo con mis trémulos cantares,
Buenos Aires, querida patria mía,
son ecos que revelan mis pesares.

Si al verte coronada de laureles
cantaba con orgullo tu destino,

hoy miro en esos falsos oropeles
la sangre que circunda tu camino.

Hoy miro del desierto en las llanuras
mil tribus con sus potros arrogantes
que marcan sus sangrientas herraduras,
pisando tus cimientos vacilantes.

Y no responde nadie a tu gemido,
y no consuela nadie tus dolores;
¿tus hijos dónde están, dónde se han ido?
Pregúntalo a ese círculo de horrores.

Pregunta por qué en playas extranjeras
mendigan una patria y un hogar,
por qué doblan sus frentes altaneras
la hiel de tus destinos al libar!

Pregúntalo a ese círculo de horrores
que mira tus desgracias con valor,
dormido en el perfume de las flores
con sueños de grandeza y esplendor.

Pregunta qué se han hecho los blasones
que pisoteó su loca vanidad;
pregunta dónde están esos pendones
que alzara proclamando Libertad.

En humo convertidas han volado
las tribus de la pampa al combatir,
y sólo en sus delirios te han dejado
las sombras de un obscuro porvenir.

Colegio del Uruguay, Septiembre 11 de 1856.

EL 8 DE OCTUBRE

A MI DISTINGUIDO AMIGO ISIDORO DE MARÍA

La libertad cumplió su profecía
Y su pendón se desplegó en los llanos,
Y allá en los montes la bandera impía
Se desplegó también de los tiranos.

E. G.

I

Al encorvar el Plata
la gigantesca espalda
y al sacudir las hebras
de su espumosa crín,
cuando recoge el cielo
su brillantina gualda,
y ensangrentadas chispas
coronan el cenit;

Cuando la mente vuela
sobre flotante nube
y el huracán arrulla
con su potente voz,
envuelto en el incendio
que en espirales sube,
quisiera pensamientos
tan grandes como Dios,

Para cantar, henchido
de inspiración sublime,

de un pueblo de valientes
su inmenso porvenir;
para pulsar mi lira
que de entusiasmo gime
y a par de la tormenta
por los espacios ir.

¡De un pueblo de valientes!
que con pujante brío
cuando templó su pecho
la lumbre de un volcán,
como la voz del trueno
y el aquilón bravío
se derramó en el mundo
su aliento de titán.

Y contempló atrevido
rodar en sus llanuras
del fiero lusitano
la indómita altivez,
y como secas ramas
que caen de las alturas,
de un cetro los pedazos
cayeron a sus pies.

Bendita, sí, mil veces
la patria en que he nacido;
sus glorias inmortales
poeta cantaré,
guardando su recuerdo
mi corazón herido,
como la luz incierta
de mi primera fe.

II

¡Libertad! ¡libertad! nombre sublime
que embriaga de entusiasmo el corazón,

cifra inmortal que el Hacedor imprime
como rayo de luz en la creación.

Sibila de los pueblos, esperanza
que soñara atrevido el pensamiento,
cuando a sondar su porvenir avanza
más allá del azul del firmamento.

Yo ví un pueblo gigante levantarse
como se alza en el Plata el huracán,
y lo ví en su delirio reclinarse
sobre las pardas crestas de un volcán.

Era mi patria; sacudió su frente
confundida en el humo del cañón,
y bajada su frente prepotente
pisando la melena de un león.

Después entre la bruma silenciosa
que lleva el viento en sus sonantes alas,
reclinando su frente esplendorosa
perdió sus lauros y ocultó sus galas.

Sólo sangre doquier mis ojos miran
y enlazado el incendio a la tormenta
mundos tras mundos a mi vista giran
que en rayos mil el aquilón revienta.

Gualeguaychú, Octubre 8 de 1857.

PAYSANDU

INVOCACION

¡Sombra de Paysandú! ¡Sombra gigante
que velas los despojos de la gloria!
¡Urna de las reliquias del martirio,
espectro vengador!
¡Sombra de Paysandú ¡lecho de muerte,
donde la libertad cayó violada!
¡Altar de los supremos sacrificios,
santuario del valor!

¡Sombra de Paysandú! ¡Muda y airada
como en las horas del sublime trance,
cuando azotaban con sañudo embate
tu soberbia cerviz!
Cuando formaban tu esplendente aureola
las calientes señales del suplicio,—
rojizos rastros de fecunda sangre
de la ancha cicatriz!

¡Calvario de la santa democracia!
¡Viuda del patriotismo y la nobleza!
¡Tus vestidos de luto son tus ruinas,
de eterna majestad!
Cuna de los guerreros de alma grande,
de las hembras de pecho varonil,
semillero de gloria y heroísmo,
paz en tu soledad!

¡Paz a los que cayeron batallando
allá en los días de la lid tremenda!
¡Paz a los que tuvieron por mortaja
los techos de su hogar!
¡Sombra de Paysandú! ¡Templo de gloria
a cuyas aras se prosterna un mundo!
¡Visión de los supremos sacrificios,
yo te vengo a evocar!

1.° DE ENERO DE 1865

Se enderezó en el lecho
de Oriente la amazona,
ciñendo sobre el cuerpo
su invulnerable arnés;
crispada la melena
se levantó la leona;
temblaron los lebreles
que aullaban, a sus pies.

Dios le infundió su aliento,
la libertad su brío,
le dió su voz tonante
rugiendo el Uruguay.
Ya reventó la furia
del huracán bravío
¡guay de la vil mesnada!
De los esclavos ¡guay!

El fuego de las iras
relampagueó en sus ojos,
lanzóse al remolino
del humo del cañón;
y en pedestal soberbio
de muertos y despojos,
apareció flameando
su blanco pabellón!

Las naves descargaron
sus bronces colosales,
revoloteó la muerte
blandiendo su segur;
graznaron de alegría
los cuervos imperiales,
gritaron los esclavos:
"¡Ya es nuestro Paysandú!"

Rasgó la nube inmensa
que fuego y muerte brota,
un rayo bendecido
de diamantina luz;
y la amazona entonces
sobre la almena rota,
gritóle a los esclavos:
"¡No es vuestro Paysandú!"

Las bombas estallaron
con hórrido estampido,
dejando tras sus huellas
sangrienta claridad;
el polvo de las ruinas
se eleva enrojecido,
y gritan los esclavos:
"¡Viva Su Majestad!"

El invisible aliento
del Dios de la victoria
llevó sobre sus alas
la densa obscuridad;
y la amazona entonces
en hombros de la gloria,
gritóle a los esclavos:
"¡Viva la libertad!"

Volvió a tronar el bronce,
tembló la dura tierra

al rebotar las bombas
del corpulento obús;
y los hambrientos cuervos
de la traidora guerra,
de júbilo aletearon
mirando a Paysandú!

Y Paysandú, gallardo,
sereno, imperturbable,
sonreía en el tumulto
de la espantosa lid;
y haciendo brotar chispas
de su potente sable,
ceñida de relámpagos
erguía su cerviz.

¡Allá van las famélicas legiones
como la inerme tropa al matadero!
Suena el clarín, relinchan los bridones,
y en Paysandú desnudan los campeones
de la justicia el vengador acero!

¡Allá van! ¡Como turbia marejada
que el tremendo huracán aguijonea!
La turba se aproxima alborotada,
y en vez de su bandera mancillada
se destaca el color de su librea!

¡Ya llegan! ¡al asalto! ¡a la matanza!
¡Ay de los héroes del empuje rudo!
¡Paysandú va a caer, no hay esperanza!
¡Saltó en astillas la tremenda lanza!
¡Silencio por doquier... silencio mudo!

¡Se consumó el horrendo sacrificio!
Flaqueó por fin su arrojo temerario,
no fué el destino a su valor propicio...
¡Llegó el momento del atroz suplicio!
¡El Cristo va a trepar a su Calvario!

Van a asaltar la formidable valla
donde del libre la bandera ondula...
¡No! que empieza de nuevo la batalla,
y un torrente de fuego y de metralla
contesta: "¡Paysandú no capitula!"

Cruda es la lid, sangriento el entrevero;
libres y esclavos en informe masa
caen a los golpes del tajante acero!
¡De la matanza el buitre carnicero
sobre los troncos mutilados pasa!

¡Cruda es la lid! Como rugientes olas
que el sañudo huracán aguijonea,
las huestes de las verdes banderolas
disparan pusilámines y solas,
¡sólo se ve el color de su librea!

¡Allá van! ¡Allá van! En la humareda,
parecen bandas de nocturnas aves,
que al primer rayo de la aurora leda
vanse a ocultar temblando en la arboleda,
lanzando al aire sus gemidos graves!

¡Allá van! ¡Allá van! Bajo su planta
alas puso el pavor de la derrota...
¡Gloria a los héroes de la lucha santa!
¡Y a los que vimos con bravura tanta
siempre de pie sobre su almena rota!

Y vuelven otra vez. Sonó el chasquido
del látigo en la espalda de los siervos...
Ya se acercan con aire compungido,
ya no lanzan su lúgubre graznido
de la matanza los hambrientos cuervos!

Ya vuelven desplegando sus banderas,
les despeja el cañón ancho camino,

y se traba la lid en las trincheras,
y vuelven a mezclarse sus hileras
en horrendo y confuso torbellino!

Sacia la muerte sus enojos fieros,
y los pendones de color de gualda
bordados de girones y agujeros,
alfombra son al pie de los guerreros
que hieren a los siervos por la espalda.

Y vuelven otra vez a las trincheras,
se acometen, se empujan, se atropellan,
y vuelven las espadas carniceras
a tronchar como mieses sus hileras,
y de matar se rompen y se mellan!

¡Inútil batallar! ¡Estéril brillo!
El blanco pabellón siempre flamea,
y los endebles muros de ladrillo
son las negras almenas de un castillo
que el sangriento relámpago clarea!

¡Inútil batallar! ¡Dios los ayuda!
¡Dios protege a los ínclitos campeones!
La libertad de un mundo los escuda.
Y sobre Paysandú la noche muda
despliega sus sombríos pabellones!

2 de enero de 1865

El Sinai de la ley republicana,
de sus altares pedestal inerte,
el crisol en que al fuego de la muerte
sus aceros templó la Libertad!
La encarnación sublime de una idea
que hizo trizas el plomo y el cuchillo,

la gigantesca hoguera cuyo brillo
no apagó la iracunda tempestad. —

Paysandú está de pie, como en otrora
al sublime tronar de los cañones;
su sudario de escombros y tizones
se asemeja a la cresta de un volcán...
Y tranquila, serena, imperturbable,
la derruída ciudad se alza en la loma
como el ombú que en el desierto asoma,
y atropella y desgaja el huracán!

Leandro Gómez y Piris, semidioses
de la moderna edad, en la batalla
creció, creció vuestra soberbia talla,
se volvió vuestro nombre colosal;
porque el genio, el valor y la nobleza
crecen como los cedros, en la altura,
y su riego de vida y de frescura
es la saña feroz del vendaval!

¡Ah! ¡Silencio! ¡silencio! que resuena
ronco clamor, salvaje vocería;
es el festín de la traición impía,
de los esclavos la algazara atroz!
Se consumó el horrendo sacrificio,
suena en los aires estridor de muerte,
va a caer de la patria el brazo fuerte!
¡Oh! ¡Silencio, silencio... que oiga Dios!

Así debió caer la ciudad mártir,
como cayó, retando a su destino;
¡así debiste caer, cóndor andino,
en las garras del águila rapaz!
Eras el Cristo de una grande idea,
el apóstol de un dogma bendecido;—
la traición como a Cristo te ha vendido,
como a Cristo la fe te salvará!

¡Paysandú! ¡epitafio sacrosanto
escrito con la sangre de los libres!
¡Altar de los supremos sacrificios,
a tus cenizas, paz!
¡Paysandú! ¡el gran día de justicia
alborea en el cielo americano,
y, Lázaro, del fondo de tu tumba
tú te levantarás!

AL GENERAL LAVALLE

¡Mártir del pueblo! tu gigante talla
más grande y majestuosa se levanta,
que entre el solemne horror de la batalla,
cuando de fierro la sangrienta valla
servía de pedestal para tu planta.

¡Mártir del pueblo! víctima expiatoria
inmolada en el ara de una idea,
te has dormido en los brazos de la historia
con la inmortal diadema de la gloria
que del genio un relámpago clarea.

¡Mártir del pueblo! apóstol del derecho,
tu sangre es lluvia de fecundo riego;
y el postrimer aliento de tu pecho,
que era a la fe de tu creencia estrecho,
será más tarde un vendaval de fuego.

¡Mártir del pueblo! tu cadáver yerto
como el ombú que el huracán desgaja,
tiene su tumba digna en el desierto,
sus grandes armonías por concierto
y el cielo de la patria por mortaja.

¿Qué importa que en las sombras de Occidente,
del desencanto doloroso emblema,
como una virgen que morir se siente,

incline el sol la enardecida frente,
de los mundos magnífica diadema?

¿Qué importa que se melle en las gargantas
el cuchillo del déspota porteño,
y ponga de escabel bajo sus plantas
del patriotismo las enseñas santas,
con que iba un héroe a perturbar su sueño?

¿Qué importa que sucumban los campeones
y los aceros caigan de sus manos,
si no muere la fe en los corazones,
y del pendón del libre, los girones
sirven para amarrar a los tiranos?

¿Qué importa si esa sangre que gotea
en principio de vida se convierte,
y el humo funeral de la pelea
lleva sobre sus alas una idea
que triunfa de la saña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra adolorida
solloce con las fuentes y las brisas,
si no ha de ser eterna su partida,
si con nuevo vigor, con nueva vida
más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Mártir! Al borde de la tumba helada
la gloria velará tu polvo inerte,
y al resplandor rojizo de tu espada
caerá de hinojos esa turba airada
que disputa sus presas a la muerte.

Y cuando tiña el horizonte obscuro
del porvenir la llamarada inmensa,
y se desplome el carcomido muro
que tiembla como el álamo inseguro
ante las nubes que el dolor condensa,—

Entonces los proscriptos, los hermanos,
irán ante tu fosa reverentes,
a orar a Dios con suplicantes manos
para saber domar a los tiranos,
o morir como mueren los valientes!



ELEGIAS

Elegías

LA NOCHE DE MENDOZA

A EMILIO CIVIT

I

Inmenso campo de batalla, abierto
bajo el ojo de Dios,
palenque de las fuerzas de la vida,
la tierra, el cielo y el Oceano son.

Doquier la lucha, la exclusión, la muerte,
del estrago la voz;
la aurora nace desgarrando sombras,
y es hija del dolor la inspiración.

Siempre las nubes con el viento en guerra,
con las nieblas el sol;
en la noche del mar hierve la tromba
y en la noche del alma la pasión.

Siempre en la historia combatiendo airadas
la fuerza y la razón;
siempre la duda con tenaz porfía
del entusiasmo y la ilusión en pos!

El trueno duerme en el nublado, y duerme
el volcán rugidor
bajo los pies de la ciudad alegre
coronada de flores y verdor.

Un soplo pasa, y el nublado estalla
con sangriento fulgor;
llega la hora y el volcán se agita
con honda y prolongada convulsión.

II

Tranquila, indiferente,
la gallarda ciudad que en otros días
forjó las armas de la lucha fiera,
dormía muellemente
al són de las nocturnas armonías
y al pie de la gigante cordillera.

Todo era luz y aromas:
la blanca luna en la celeste cumbre,
sobre collados y turgentes lomas
dulcemente vertía
tibio raudal de soñolienta lumbre.
Y su convoy de pálidas estrellas,
de alas de nieve y de pupilas de oro,
a veces parecía
bandada de palomas
de un lago azul sobre el cristal sonoro!

Doquiera se escuchaba
ese vago rumor, hondo latido
del corazón del mundo que se siente
por cadenas de sombras oprimido:
y a lo lejos el Andes semejaba
del ancho espacio en las etéreas sendas,
las silenciosas, blanquecinas tiendas
de ejército dormido.

III

No dormía. Velaba
la legión de los cíclopes bravía

que en baluarte de rocas
eternamente espía,
con el rayo en la mano,
a su rival temible, el Océano.

Acaso vió lanzarse en son de guerra
hacia la agreste playa
al mar que en cárcel de granito guarda
por mandato de Dios; y a la batalla
la espantosa legión corrió ligera,
sus penachos de llama dando al viento,
y, al desplegar la colosal bandera,
vacilaron los astros en el cielo
y retembló la tierra en su cimiento!

Todo a su paso se turbó. La luna
rodó por el espacio antes sereno
como ave enorme que desciende herida,
rotas las alas, desangrando el seno,
y las blancas estrellas se apagaron
con lúgubre chirrío,
como los cirios del altar que apaga
del viento de la noche el soplo frío!

Olas de un mar de piedra, sacudidas
por manos invisibles, parecían
colinas y montañas;
y en fantástica danza confundidas
se alzaban, tambaleaban y caían
palacios, monumentos y cabañas!

¡Nada quedó de pie! La tierra loca,
como indomable potro encabritado,
arrojaba de sí cuanto tenía.
¡Nada quedó de pie! Sólo la muerte,
ebria y repleta entre las sombras densas,
saltaba de alegría!

IV

¿Dónde está la ciudad que fué en otrora
vanguardia de la patria, la galana
ninfa del valle andino, en cuyo seno
de San Martín la frente soñadora
se posó febriciente, meditando
la empresa sobrehumana?

¿Dónde está la ciudad de alegres calles
y verdes enramadas?
¿Dónde los templos, sus altares? ¿Dónde
las músicas sagradas?
¿Qué fué de aquel hogar en que brindaba
venturas el destino?
¡Ah! ¡todo lo arrastró con furia loca
en sus brazos de polvo el torbellino!

¡Nada quedó de pie! Las altas torres,
los álamos erguidos,
el palacio del rico, el rancho humilde
en unión espantosa confundidos,
todo cayó, como las verdes cañas
que troncha el huracán. ¡Todo fué escombros!
La cólera de Dios había pasado
sembrando estragos,
pero todo renace. Hasta el torrente
deja limo fecundo tras sus pasos,
llama de sacrificio es sol de gloria,
y una ruína es a veces la simiente
de nuevas formas en la humana historia!

¡Mendoza renació! Bella y contenta
al borde de su tumba se levanta
como brota en las grietas de la roca,
verde y gallarda, vigorosa planta.
Alguna vez su suelo se estremece

cual si lo hiriera sensación extraña:
es que velan los cíclopes sañudos
en la fragua infernal de la montaña!

¡Vivir es combatir! dicen sus hijos.
Y viven combatiendo. Dondequiera
brota la mies la tierra estremecida
al soplo de una eterna primavera
con el afán de renaciente vida;
ninguno siente opreso
por el peligro el corazón, pues llevan
cual misterioso talismán sagrado
el anhelo infinito del progreso!

Marzo 20 de 1880.

EN LA MUERTE

DE MI CONDISCIPULO Y AMIGO DON BENITO MARICHAL

También sobre la tumba que cubre tus cenizas
resuenen, pobre amigo, los ecos de mi voz,
y lejos del bullicio de mundanales risas
llorando te dirijo mi postrimer adiós.

También, querido amigo, mis trémulos acentos
agiten temblorosos las flores de tu sien,
y unidos al sublime gemido de los vientos
se lleven a los cielos mi súplica también.

Si ayer en el columpio de plácida esperanza
dormía delirando tu joven corazón,
hoy miras del destino la imagen de venganza
que ciñe tu existencia dé fúnebre crespón.

Hoy miras, pobre amigo, rodando en el espacio
cual hoja desprendida tu rauda juventud;
y acaso en las moradas del célico palacio
desprecies esos restos que encierra el ataúd.

Las lágrimas que vierto, doblando la rodilla,
son gotas de mi sangre que arroja el corazón,
son lágrimas de fuego que queman mi mejilla,
son besos de la muerte rodando a tu mansión.

¡Adiós, querido amigo! del piélago del mundo
las ondas altaneras batieron tu existir,

y al choque de su saña con golpe furibundo
cortaron de tus días el bello porvenir.

Feliz que de los hombres la mano temeraria,
quemando do se posa, tu frente no tocó;
y el ángel que se lleva mi cándida plegaria
con vuelo bullicioso tus sueños arrulló.

¡Feliz! En el silencio del féretro sombrío
del mundo las pasiones se vienen a estrellar;
y el hombre que se agita con loco desvarío
no puede de los muertos el sueño perturbar.

Adiós, amigo; de dolor profundo
recibe el canto que te da el poeta,
mientras perdido en el desierto mundo
se agita su alma en convulsión inquieta.

Adiós, amigo; qué también yo siento
helado el pecho, el corazón inerte,
y en el delirio de fatal tormento
despierto con los cánticos de muerte.

¡Silencio! el eco de mundano ruido
se pierde aquí sobre la yerta losa;
resuene sólo el funeral gemido,
desprendido del arpa misteriosa.

¡Dios justiciero! Impenetrable arcano
que el hombre nunca a comprender alcanza,
ven, y en mi pecho tu potente mano
ponga junto al dolor una esperanza.

Dadme fuerza y valor para que mire
de un amigo los restos terrenales,
y el hálito del ábrego respire
que apaga de la vida los fanales.

Y tú, querido amigo, que en la tumba
descansas para siempre, oye mi voz:
cuando el viento los árboles derrumba
siempre oirás resonar mi último "adiós".

Mi adiós, que cual gemido de agonía
la brisa perfumada llevará,
y en las alas de mística armonía,
se remonta hacia el trono de Jehová.

Dencansa en esa tumba solitaria,
descansa en ese negro panteón,
que el eco de mi lira funeraría
perturba con el ¡ay! del corazón.

Descansa, pobre amigo: ya la muerte
con su manto de lava te cubrió,
y al golpe insano de su brazo fuerte,
tu débil existencia se quebró.

Yo, poeta, en el mundo peregrino
sigo siempre mis sueños de ambición;
ya estoy cerca del fin de mi camino,
ya se agita convulso el corazón.

. . . .
. . . .

¡Adiós, mi amigo, mi adorado amigo!
Descansa en paz en esa tumba fría,
que yo en el mundo tu amistad bendigo,
llena el alma de cruel melancolía.

Uruguay, Agosto 31 de 1856.

A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO SACERDOTE DON GREGORIO M. CESPEDES

Amó la libertad con patriotismo,
Abrazó la virtud, y del civismo
A todo un pueblo iluminó la huella.

M. A. M.

¡Silencio! que la brisa murmura en la ribera,
las ondas agitando con fúnebre clamor;
y un eco misterioso repite por doquiera
fatídicos acentos que mueven mi dolor.

Los gritos aterrantes de un pueblo condolido
se lleva por los aires el céfiro veloz,
y un canto de ternura cual lúgubre gemido
se eleva hasta el alcázar magnífico de Dios.

¡Ha muerto! todos dicen; el pérfido elemento
robó las esperanzas de un bello porvenir,
cual flores arrastradas al ímpetu del viento,
que pierden su belleza, su mágico vivir.

¡Ha muerto! cuando apenas su frente levantaba
mecido por los sueños de paz y de virtud;
¡ha muerto! y a ese pueblo que tanto le adoraba
le ofrece un bello ejemplo su tierna juventud.

Dejad al pobre vate que, trémulo, la lira
pulsando en el momento levante su cantar,

y el eco lastimero del pecho que suspira
consagre a ese virtuoso ministro del altar.

Y arroje en esa tumba que cubre sus despojos
diamelas y jazmines con hojas de cipré,
que borren del sepulcro los ásperos abrojos,
naciendo blancas rosas, emblema de la fe.

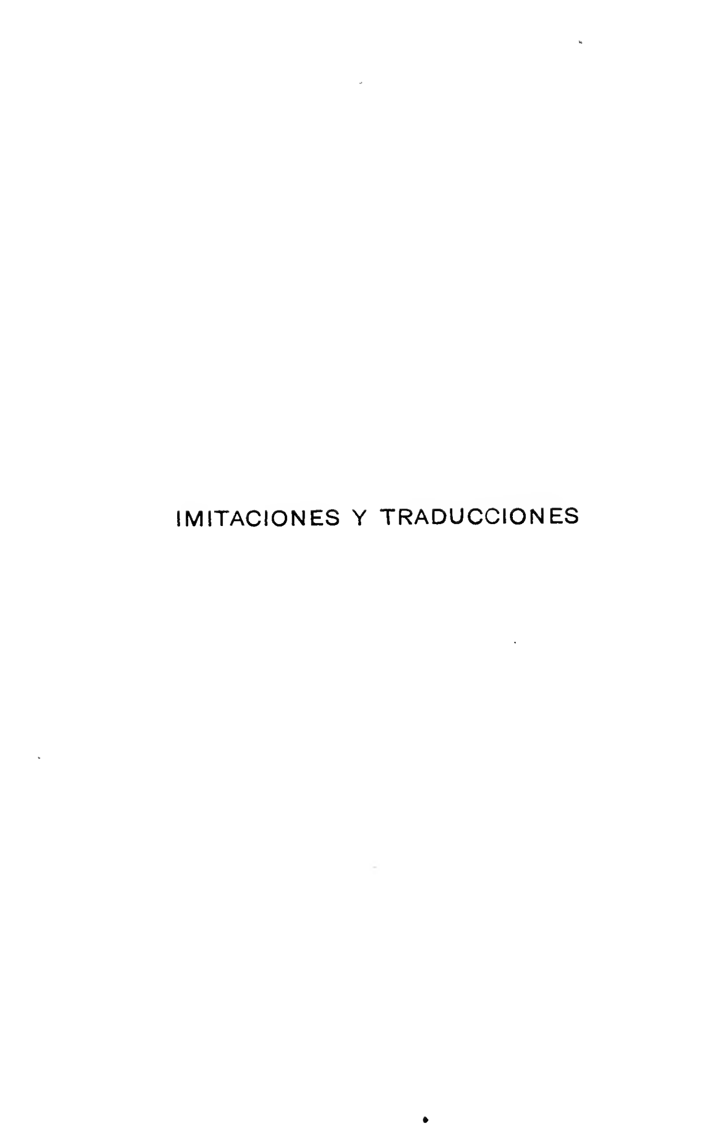
Ceñid su frente con esas flores
que altivo el viento no marchitó;
pues ya la luna con sus fulgores
bosques y llanos iluminó.

Mece la brisa del manso río
las blancas olas sin murmurar;
noches hermosas las del estío
para el que siente triste pesar!

Venid, amigos; todos unidos
alcen plegarias del corazón,
que si lo agitan fuertes latidos,
cede al impulso de una emoción.

Venid, amigos; con tierno llanto
bañemos todos ese ataúd;
nadie suspire, calle mi llanto,
que es el asilo de la virtud.

Uruguay, Enero de 1856.



IMITACIONES Y TRADUCCIONES

Imitaciones y traducciones

EL BANQUILLO

(IMITACION DE VICTOR HUGO)

EL HOMBRE

Bajo mi pie la tierra es de granito,
los arroyos de sólido cristal,
y la hervorosa sangre se congela
a los besos del ábrego glacial.
Arbol, gigante de cabeza cana,
que en la espesura gimes de dolor,
de cuyas hojas caen límpidas gotas,
llanto de tu aterido corazón:
voy a lanzar sobre tu frente el rayo,
el rayo de mi cólera mortal,
y a desgajar tus ramas amarillas
para encender la lumbre de mi hogar.

EL ARBOL

Tronco nacido de la tierra fría,
doy al mundo mi savia y mi calor,
es la hermosa misión que me dió el cielo;
¡hiere, buen leñador!

EL HOMBRE

Arbol de fresca y perfumada sombra,
confidente del aura matinal,

a donde viene a preludiar sus trovas,
poeta de las selvas, el zorzal:
¿quiéres servir en rústicas labores?
¿Quiéres la esteva de mi arado ser
para abrir ancho surco en la llanura
donde germina la dorada mies?

EL ARBOL

¡Oh, sí! En la frente de la tierra inculta
mi reja la honda huella grabará,
como del genio en la cerviz altiva
arrugas deja el pensamiento audaz.
Y con el riego del sudor del hombre,
en vez de sangre de fraterna lid,
surja la dulce paz, de ojos de cielo,
la espiga de oro y la robusta vid.
Yo sufriré los golpes de tu brazo,
sin exhalar un grito de dolor:
santo heroísmo es el trabajo honrado.
¡Hiere, buen labrador!

EL HOMBRE

Arbol frondoso, a cuyo pie despliega
el arroyo su alfombra de cristal,
¿quieres ser el arcón de mi cabaña,
la sólida columna de mi hogar?

EL ARBOL

Yo que dí asilo al fugitivo ciervo,
al tigre hambriento, al áspid matador;
¿por qué no lo he de dar al hombre errante
y ser mudo testigo de su amor?
Hiere, buen carpintero, el tronco añoso
que no pudo tronchar el huracán;
venga el anciano, la mujer y el niño;
yo sostendré la choza paternal.

EL HOMBRE

Quiero cruzar el piélago profundo,
nuevo horizonte a mis afanes dar,
otra brisa, otro cielo y otro mundo
me esperan en la vasta inmensidad.
Te arrastraré hasta la húmeda ribera
que acarician las olas en tropel;
diré adiós al hogar y a la familia,
y el mástil tú serás de mi bajel.

EL ARBOL

Un ave que durmió sobre mis ramas,
fatigada de tanto caminar,
me dijo que venía de otros climas,
donde la primavera es inmortal!
Y un ave pasajera vino un día
en mi más alta rama a descansar;
le hablé con el lenguaje de las hojas,
y me contó su viaje por el mar.
De la esposa del sol me dijo que era
el ondulante ceñidor azul,
en que las olas son las blancas perlas,
y las espumas el liviano tul.
¡Cuántas veces miré el águila errante
navegando entre mares de arrebol!
¡Hiere, buen calafate, que ambiciono
otro mundo, otro cielo y otro sol!

EL HOMBRE

Derribaré tu corpulento tronco,
y el poste del patíbulo será,
donde implacable la justicia humana
se alce sobre sangriento pedestal.

EL ARBOL

¡El poste del patíbulo!... ¡Silencio!...
¡Aparta, aparta el hacha, hombre feroz!
Se estremecen mis hojas a tu acento,
yo no nací para insultar a Dios!
De mis ramas colgó su nido el ave;
fruto maduro al hombre regalé;
le dí sombra en las horas del estío,
cuando apagaba el manantial su sed.
¿Por qué queréis colgar frutos de muerte,
despojos de la víctima infeliz?
¡Que antes consuma mi ramaje el rayo,
o el huracán me arranque de raíz!
Al árbol misterioso de la selva,
con quien el viento habla en baja voz,
¿queréis confiar secretos de venganzas
terribles cual la cólera de Dios?

. . . .

EL ORTO

(IMITACION DE LONGFELLOW)

Surgió del hondo mar adormecido
un viento vagabundo,
diciendo a las tinieblas: ¡ Recogeos,
que ya despierta el mundo!

Pasó sobre los buques que veleros
rompen la onda sonora
gritándoles: ¡ arriba, marineros,
que ya viene la aurora!

Se internó por la selva obscura y fría
poblada de visiones,
¡ despertad!—murmurando,—¡ viene el día
germinador de frutos y pasiones!

A los añosos troncos de ancha copa
y gigantesca talla:
"De verdes hojas desplegad al aire
el pendón de batalla!"

Al ave que dormita en la espesura
el ala entumecida:
"Batid el vuelo, que se acerca el alba,
el ave de la vida!"

Al gallo vigilante de la choza
perdida en la llanura:
"Cantad, cantad que avanza el enemigo
de la tiniebla obscura!"

A la espiga del campo doblegada
al peso de su grano:
"La aurora, vuestra hermana, se levanta
tras el monte lejano!"

Al viejo campanario de la aldea
con lengua de metal: "Cantad el día"
y a los muertos del triste cementerio:
"Dormid, dormid, no es tiempo todavía!"

EL CREPUSCULO

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO)

Gime la fuente y fúnebre sudario
envuelve el horizonte;
mudo se extiende tras el alto monte
el valle solitario;
siniestros y tranquilos
alzan sus ramas lúgubres los tilos.
¿No veis al través de ellos
brillar de amor la estrella vespertina,
y juguetear sus pálidos destellos
en la cumbre de la árida colina?

Vosotros que adornados de guirnaldas
pasáis entre las sombras suspirando,
¿sois amantes felices?
Brillan en las tinieblas sueltas faldas,
despiértase la hierba y rumor blando
melancólico zumba;
fresca y lozana hierba, ¿qué le dices
a la callada tumba?

¡Amad! dice la hierba, amad, la fosa;
¡amad! ¡vivid un día!
Triste es la sombra, y fría
la altivez del ciprés de negros ramos.
La mejilla de rosa
busca el labio de fuego;

el amor y la luz nacen hermanos.
Amad, que ya el crepúsculo se acerca;
¡amad! mientras nosotros meditamos.

Dios encendió de la pasión la llama,
al mundo celos da nuestra ventura.
¡Oh! amantes que pasáis bajo los tilos
alegres y tranquilos,
todo el amor que en vuestro pecho queda
se convierte en plegaria santa y pura
cuando feroz la muerte nos arrastra
hacia la tumba obscura!

El seco polvo que el sepulcro encierra
beldad fué ayer y aun el amor lo abrasa.
Las brisas turbulentas de la tierra,
de la hierba los vástagos agitan;
el soplo de Dios pasa,
y tumbas y cadáveres palpitan!

De la humilde morada campesina
envuelve el pardo techo la neblina,
suena en el valle que pesado huella
del segador cansado el paso lento,
y, flor de luz, la esplendorosa estrella
su radiante fulgor puro destella
en el cristal azul del firmamento!
¡Gozad, reíd! mañana será tarde,
¡es la estación de amor! se esconden rojas
las tiernas fresas en las verdes hojas,
y el ángel pensativo de la tarde,
a merced de los vientos desatados,
va indeciso y recoge confundidos
la oración de los labios apagados
y el beso de los labios encendidos!

STELLA

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO)

A la orilla del mar me había dormido,
henchido el pecho de febriles ansias,
y la brisa del piélago salobre
vino a enjugar mis postrimeras lágrimas.

Abrí los ojos y miré hacia arriba,
porque creí que un ángel me besaba;
tan tibio era el aliento de la brisa
y tan suave el murmullo de sus alas.

Y en vez del ángel que soñé bajando
a conversar a solas con mi alma,
se alzaba en el confín del horizonte
la estrella de zafir de la mañana.

Era su luz blanquísima y süave
cual de una virgen la mirada casta;
aquella estrella parecía contarme
cuitas de amor en sílabas de plata.

El cielo estaba obscuro, pero al verla
su tenebrosa faz se sonrojaba,
como amante embozado que sonríe
al acercarse a la mujer amada.

Y el mar en su lenguaje misterioso
de aquella ave celeste murmuraba,

hablando por lo bajo, temeroso
que sacudiera sus brillantes alas.

Alzó cerca de mí su húmedo cáliz,
estuche perfumado de las hadas,
la ancha flor del nenúfar y me dijo:
¡Aquella estrella fúlgida es mi hermana!

Y una voz de la estrella descendida
como un soplo de amor llegó a mi alma,
la misma voz que en mis inquietos sueños
me transmite mensajes de esperanza.

"Yo soy la piedra de oro y fuego—díjome
"que en la onda de las nubes inflamadas
"lanza Dios a la frente de la noche
"para anunciar que viene la mañana.

"Yo alumbré del Sinaí la excelsa cumbre,
"del Taijeto la cima desolada;
"en el primero, nuncio de alegría,
"en el segundo, antorcha funeraria.

"Yo iluminé la frente de los genios
"del insomnio en las horas agitadas;
"escuché de Moisés la voz severa,
"y a Job rugir como una fiera humana!

"Yo sorprendí las pláticas del Dante
"con sus apocalípticos fantasmas,
"y en la divina lengua de la Etruria
"los místicos sollozos del Petrarca!

"¡Arriba, pensador desconocido!
"Que el ángel de la luz viene a mi espalda,
"como vendrá la libertad bendita,
"tras larga noche de miseria y lágrimas.

"¡Arriba, labrador del pensamiento!
"Cava ancho surco en la conciencia humana,
"que si lo riega tu sudor fecundo,
"dará flores y frutos de esperanza!"

CANSANCIO

(TRADUCCION DE LONGFELLOW)

¡Oh! pequeñuelos pies que en giro errante
iréis por largos años
al través de esperanzas y temores;
que a padecer iréis, al abrumante
peso de vuestra carga, mil dolores;
yo que me acerco a la postrer posada
donde tiene la paz su dulce asiento,
pienso en vuestra jornada,
y fatigado el corazón me siento!

¡Oh! pequeñuelas manos, que el destino,
ya débiles, ya fuertes,
para el mando os reserva o la obediencia!
Yo que postrado al fin de mi camino
trabajé tanto tiempo en mi existencia
con mis libros y pluma—y generoso
al hombre consagré mi pensamiento,—
pienso en vuestra faena pesaroso,
y fatigado el corazón me siento!

¡Oh tiernos corazones, que agitados
en febril impaciencia,
palpitáis presurosos sin que nada
sus deseos limite inmoderados!
Mi corazón, que en la vital jornada
por tanto tiempo ha ardido

su fuego oculta ya bajo pasiones
que en cenizas la edad ha convertido!

¡Oh pequeñuelas almas! blancas, puras,
límpidas cual los rayos
que caen del cielo, su divina fuente,—
ya próximo a romper las ligaduras
del mundo halagador—mi sol poniente
cuán rojo me parece cada día,
ya envuelto entre la niebla de los años,
y cuán triste mi alma y cuán sombría!

———

RELIGION

(*Traducción*)

A BENJAMIN BASUALDO

Negro pabellón de sombras
flameaba sobre la tierra,
lejos el viento rugía
como una fiera en la selva.

¡Solemne era aquel momento,
lúgubre la noche aquella!
Como teas funerarias
rutilaban las estrellas.

Hermano—me dijo entonces
su voz conmovida y trémula:—
¿Cuál es el ara en que rindes
el culto de tus creencias?

¿Cuál es el Dios a que imploras
en la noche de las penas,
en esa noche del alma
sin horizontes ni estrellas?

Si no son rizos de espumas
de tus versos las cadencias,
si tus ardientes estrofas
no son rumor de hojas secas;

Ascuas que enfrían y apagan
las lágrimas de la niebla,
esa viuda del espacio
que llora del sol la ausencia;

Hermano, si eres creyente;
hermano, si eres poeta,
¿dónde está el Dios de tu culto,
dónde su altar y su iglesia?—

Y yo callaba y seguía
por entre la selva negra,
tan negra como mi alma,
profundo abismo de penas.—

También me arrodillo y oro—
le dije con voz severa,—
mirad allá cómo se abre
el pórtico de mi iglesia.

Prenden su antorcha los astros
su incienso quema la selva,
al levantarse la luna
como en su trono una reina;

Gime la sombra y se esconde
entre las ramas inquietas,
y el arroyo somnoliento
se despierta para verla.

Dobla, hermano, la rodilla,
baja la frente altanera,
mi Dios oficia en su templo,
y esa es la hostia que se eleva.—

NOTAS

Notas

La primera edición de Andrade y sus originales

Los originales de las obras de Andrade que mandó comprar el Congreso por ley 1408, de Junio 30 de 1884, en 16.000 pesos, no se encuentran, como lo ordenaba la misma, " debidamente catalogados y conservados en la Biblioteca Nacional ", según lo informado por su secretario al autor del prólogo.

El presidente Roca subscribió, con su ministro Wilde, un decreto de fecha Octubre 5 de 1886, que modificaba la ley al disponer la entrega a la señora viuda del poeta, por su solicitud, de 6.000 pesos,—que también establecía la ley—para costear la impresión de las poesías de Andrade, con cargo de entregar al Estado 500 ejemplares de la obra.

No conocemos los trámites de ese asunto, pero es muy posible que con tal determinación se dejara sin efecto lo dispuesto por la ley, realizando una economía, y, aunque ello salva el prestigio del señor Groussac, no deja de ser sensible la falta de los originales de Andrade en la Biblioteca.

Es muy fácil también que tales trámites demoraran la salida de la edición primera, que no vió la luz hasta dos años después de haberlo ordenado el Congreso, y con un prólogo que no era el de Carlos Guido Spano, requerido al poeta. El que apareció, como es sabido, pertenece al Doctor Benjamín Basualdo, que fué, según lo recuerda Don Julio Victorica en "Urquiza y Mitre", ayu-

dante del ilustre vencedor de Rosas, y hasta no hace mucho presidente de la Cámara de apelaciones en lo civil.

"La libertad y la América"

Dió origen a esta poesía una cuestión bélica peruano-española acaecida poco después de la Guerra del Pacífico.

"Atlántida"

Esta composición, una de las obras maestras del poeta, fué escrita con un tema dado. Es decir, se ajustó al elegido por el Presidente de la República,—entonces lo era el General Roca,—"Canto al porvenir de la raza latina en América", para los Juegos Florales de 1881 organizados por el "Centro Gallego", la primera fiesta poética de ese género celebrada en Buenos Aires. Estos juegos florales, dice García Merou, que no los ha olvidado en sus "Recuerdos literarios", produjeron un pequeño movimiento literario que debe ser estudiado y apreciado por todo el que quiera reflejar, aunque sea de una manera superficial, las manifestaciones del intelecto argentino en la época contemporánea.

En tal certamen, celebrado en la Opera, que coincidió con el aniversario presidencial, 12 de Octubre, se oyó uno de los famosos discursos de Avellaneda, y Andrade obtuvo el premio de honor con su "Atlántida".

Para un cronista de esos juegos florales, un señor R. Machali Cazón, nuestro poeta "no comprendió el ideal " de nuestra gloriosa raza, ni alcanzó la altísima idea " del tema, y hasta el título del canto carece de origi- " nalidad ".

Pero no debemos alarmarnos, por que este hombre que apesta a clerigalla, un capítulo más adelante en su libro "Ensayos críticos y literarios" (Garnier, París, 1889), para hacer la defensa de la novela gauchesca de

Don Eduardo Gutiérrez, denuncia como literatura perniciosa e inmoral los deliciosos trozos de Eduardo Wilde "La lluvia" y "Margarita"...

"La leyenda de Prometeo"

Tal era el título llevado por la breve advertencia con que Andrade preparaba al lector de su "Prometeo", cuando lo dió a luz en 1877. — Creemos que después de 38 años apenas es necesario que dicha nota vaya en la obra precediendo al gran poema y por eso la trasladamos. Hela aquí:

El asunto de esta fantasía es universalmente conocido.

La fábula griega narrada por Hesiodo, ha sido el tema de numerosos poemas.

Esquilo recogió este mito religioso de las sociedades primitivas, para personificar en él el sentimiento de la libertad, en pugna eterna con las preocupaciones.

La epopeya, el drama, hasta el romance vulgar, se han ejercitado en tan sublime asunto.

El autor de esta fantasía no ha querido hacer un poema, porque habría sido empresa loca acometer una tarea en que gastó sus robustas fuerzas el genio cosmogónico de Quinet.

No ha hecho más que un canto al espíritu humano, soberano del mundo, verdadero emancipador de las sociedades esclavas de tiranías y supersticiones.

Si ha conseguido elevarse a la altura del asunto, lo dirá la crítica, en cuya imparcialidad descansa.

A pesar de ser tan conocida esta leyenda, conviene reproducirla, para los que la hayan olvidado.

He aquí cómo la describe Renaud, ciñéndose a la narración de Hesiodo en su "Teogonía":

"Antes hubo seres que intentaron el progreso del hombre por la fuerza del pensamiento; pero en vez de gloria, alcanzaron crueles castigos, en razón a que se

suponía que los dioses veían con envidia a aquellos inventores que usurpaban algo de su poder con sus creaciones independientes. Admiraban las proezas de la fuerza física: tronchar árboles y hacer rodar peñascos; pero les infundía miedo el ver encender lumbre, forjar el hierro, vestir, alimentar y sanar por medio de preparaciones misteriosas. Quizá habrían aceptado tales invenciones, sin el temor del rayo, que parecía siempre dispuesto a herir a los temerarios. Decíanse en voz baja que Esculapio pereció de un modo terrible, porque había querido resucitar muertos con brevajes; y a veces, excitados por el terror, se hacían verdugos para adelantarse a los dioses, mataban a Triptolemo que les enseñaba la agricultura. Prometeo fué el más famoso de aquellos genios benéficos. Pertenecía a la gran raza de titanes que se rebeló contra los dioses, aunque más cuerdo que sus hermanos no tomó parte alguna en aquella lucha del orgullo, sin duda porque veía claro el desenlace de la guerra, por amenazadoras que fuesen las cohortes de los titanes. A mayor abundamiento, ¿qué le importaban aquellos furores de ambiciosos contra ambiciosos que combatían entre sí, unos para conservar el trono celeste y otros para recobrarle? Su corazón no estaba allí, lejos de aquellos poderosos, de aquellos soberbios, dioses o titanes: miraba conmovido cómo se agitaban las criaturas débiles, tímidas, sin vestidos y sin utensilios, oprimidas a la vez por la tierra y por el cielo, donde nadie se cuidaba de acudir en su auxilio. Ni titanes ni dioses pensaban en los hombres; y cuando Zeus, rey del Olimpo, salió vencedor, quiso destruir a los inocentes mortales con sus enemigos, a tal punto llegó la embriaguez de su victoria. Prometeo los salvó, y no se contentó con esto, sino que aspiró a sacarles de la condición de animales en que vivían, para lo cual robó fuego del cielo y les enseñó a bosquejar las primeras artes con aquella especie de alma de la materia. Zeus se indignó, porque no quería la prosperidad del hombre, sino que, como amo celoso, deseaba esclavos

incapacitados de elevarse. No se atrevió o no pudo quitar a los mortales el fuego, de cuya conservación cuidaban todos: pero castigó a Prometeo atándole con cadenas en un monte, no lejos del Cáucaso, entre Europa y Asia, para que el mundo entero viese el castigo, y dejándole a merced de un buitre que noche y día devoraba su hígado, que renacía eternamente.

"Esquilo, el primero de los poetas griegos por su alma y su brío, genio hostil a las tiranías, porque anteponía a todo la justicia y la dignidad, compuso tres dramas con esta leyenda: "Prometeo llevándose el fuego", "Prometeo encadenado" y "Prometeo libre", de cuyos dramas sólo queda el segundo, "Prometeo encadenado"., sin que la obra mutilada así por los siglos, haya bajado de la altura en que las inspiraciones, dejando ya de pertenecer a una forma de arte, a una patria, a una fibra especial del corazón, se confunden con el alma universal del genero humano.

Prometeo es todo heroísmo, según le pinta el poeta que le encontró en los mitos religiosos. Practicaba el bien por simpatía, y aun siendo víctima de su obra, no la deploraba, porque su conciencia le sostenía en el suplicio. Con el justo orgullo de su dolor exclamaba hablando de su verdugo: "Yo tuve lástima de los mortales y él no me ha juzgado digno de compasión."

"Con efecto, el rey de los dioses no perdona a aquel emancipador de la civilización humana; pero se ve aislado en su omnipotencia, nadie simpatiza con él, en tanto que todos ensalzan a Prometeo. Al principio las Oceánidas, ninfas del mar, olas con formas de doncellas, vienen a consolar al paciente con sus cantos. Tendido en su peñasco no puede ver a las compasivas visitantes; pero oye el ruido de su llegada "como el de pajarillos cuyas alas hacen vibrar el aire suavemente."

"En vano, sin embargo, quieren calmar el dolor de Prometeo, a quien sólo una idea sostiene en su tormento, y es que un día su enemigo triunfante será destronado. El rey de los dioses penetra la idea de su víctima,

y, atemorizado, le envía con el mensajero de los dioses la orden de que se explique y descubra el porvenir. Prometeo no desmaya con la esperanza de verse libre. "Jamás, amedrentado por el fallo de Júpiter, seré yo pobre de espíritu como una mujer; jamás, como una mujer, levantaré mis brazos suplicantes hacia aquel a quien aborrezco con todo mi odio, para pedirle que rompa mis cadenas: lejos de mí tan cobarde pensamiento." El dios impotente no tiene otra cosa que hacer sino vengarse con algún nuevo suplicio mientras reina aún, y con efecto, emplea las amenazas para quitar a Prometeo hasta los seres compasivos que le consuelan. El coro, más digno que el dios, responde a su mensajero: "Dime otras palabras, dame otros consejos y te podré escuchar. Lo que me dices me oprime el corazón. ¿Cómo puedes ordenarme semejante villanía? Los males que sufra Prometeo, quiero sufrirlos yo. He vivido en el odio a los traidores; la enfermedad más repugnante es la traición." Estalla el trueno, mugen los vientos, se levanta el mar; y Prometeo continúa invencible llamando con sus injustos tormentos al Eter que baña los mundos, refugiándose contra el dios de un día en la naturaleza eterna."

¡Tal es la leyenda que ha servido de tema a ese canto, escrito para no ser publicado, y publicado a instancia de amigos que tienen derecho a exigir del autor sacrificios de mayor magnitud.

"El Arpa perdida".—Nota de Andrade

Un caso parecido al anterior:

Esta fantasía tiene por base un episodio histórico.

En el mes de Marzo de 1824 naufragó en el banco inglés del Río de la Plata el bergantín "La Agénoria", que conducía al Dr. D. Valentín Gómez, Ministro Argentino en la Corte del Janeiro, y su secretario el poeta D. Esteban Luca y Patrón.

La mayor parte de los pasajeros se salvaron, permaneciendo a bordo, hasta que fueron socorridos por un buque mandado desde Buenos Aires.

Sólo el poeta Luca se embarcó en una débil angada formada de tablas, y pereció en el río, sin que se llegase a encontrar su cadáver.

Luca había cantado en magníficos versos la Victoria de Chacabuco, los Triunfos de Cochrane en el Pacífico, y "La Libertad de Lima", en aquella oda inmortal que comienza así:

> No es dado a los tiranos
> Eterno hacer su tenebroso imperio,

"A Victor Hugo"

Esta composición — dice Don Benjamín Basualdo en su prólogo a la edición oficial — fué leída en una fiesta dada por el "Círculo literario de Buenos Aires" el año 1881, y mereció al autor los más vivos aplausos.

Enviada al gran poeta, éste contestó en la expresiva carta que a continuación transcribimos:

" Vuestro envío me ha impresionado profundamente. El canto que lleva por título mi nombre me penetra y no sé como manifestaros mi agradecimiento. La alta poesía debe comprender a la profunda emoción. Esto me tranquiliza, y estrecho vuestras manos en las mías. Víctor Hugo. "

"A Paysandú"

Esta composición está inspirada en un hecho de trascendencia histórica: el bombardeo, por la armada brasileña, el sitio por diez mil soldados del mismo país y "Orientales Colorados" del General Flores y la caída de la ciudad uruguaya de Paysandú. Este acontecimiento, que apasionó de manera enorme los ánimos en nuestro

país, como sus antecedentes y consecuencias, sostienen algunos historiógrafos que fué el origen o germen de la guerra del Paraguay. Desde la costa argentina—narra Don Julio Victorica—todo Entre Ríos, muchos correntinos y gran número de porteños, asistieron al terrible espectáculo. Uno de los testigos fué nuestro poeta y su canto "A Paysandú" es el producto de su exaltación.

Andrade alude en la última parte de su composición a Leandro Gómez y a Piris, calificándolos de semidioses. Fueron ellos los héroes de la defensa, el primero uruguayo, el segundo argentino. Aquel fué asesinado estando prisionero y su cadáver mutilado, y, agrega el autor que citamos, como detalle gráfico de la barbarie del tiempo y horror de la jornada: "el día de la caída de Paysandú, alguien llevaba en el bolsillo la barba de Leandro Gómez y la exhibía como trofeo y objeto de curiosidad".

"La Creación"

A raíz de la publicación de las poesías de Andrade, en 1887, alguien apareció diciendo en los diarios que no pertenecía a nuestro lírico y atribuyéndola a un poeta chileno cuyo nombre no recordamos. "Se dijo, además. que el error de los compiladores provino de haberse encontrado "La Creación" copiada de puño y letra de Andrade".

No sabemos a qué atenernos, pero no está demás considerar lo que dijo de ella Don Benjamín Basualdo en su prólogo, al juzgarla: "Esta composición, como lo indica el Dr. Nicolás Matienzo en un notable estudio publicado en 1882, fué de las primeras que hicieron conocer en Buenos Aires el génio poético de Andrade. Por esa razón la incluímos en esta obra.

"El astro errante"

Andrade dedica este poema "A Eloisa". No es otra que la compañera de su vida, su esposa, con quien contrajo enlace sumamente joven. Este acontecimiento tiene gran importancia en la vida de Andrade, como que rigió su destino. Originó un desvío del general Urquiza, su protector, de quien no mereció reconciliación hasta diez años más tarde. A este propósito (así desmentimos las afirmaciones sobre la instrucción de Andrade que ha causado no pocos juicios desfavorables, — causa del doctor Basualdo—como los de Valera, Estrada, etc.) conviene reproducir estos párrafos de uno de los biógrafos de nuestro gran poeta, su íntimo amigo Mariano A. Pelliza: "Para llenar dignamente los fines que se proponía el general Urquiza con el establecimiento del Colegio del Uruguay, siendo gobernador de Entre Ríos, dispuso que de cada uno de los departamentos en que se divide la provincia, hechos los exámenes de las escuelas públicas, se le designaran los cuatro niños más aventajados y que revelasen aptitudes para estudios superiores.

De las escuelas de Gualeguaychú fué Andrade uno de los señalados como distinguido, y en este concepto se le mandó ingresar en el Colegio del Uruguay. El padre dè Andrade reclamó de esta violencia apersonándose al general Urquiza, pero éste le convenció de que era mejor hacer un hombre útil al país de aquel "muñeco", que no un estanciero o un comerciante, y que en cuanto a gastos corrían todos de su cuenta.

Con esta arenga el padre no tenía más remedio que dejar a Olegario en el Colegio y regresar a Gualeguaychú, como lo hizo sin demora.

En 1856, cuando Andrade terminaba sus clases preparatorias, el general Urquiza, presidente a la sazón de la República, trató de enviarlo a Europa para que siguiese allí sus estudios y como agregado a la legación argen-

tina, que en París y Londres desempeñaba el doctor Alberdi. Empero, Andrade tenía delante de sí otros horizontes que los del Presidente y neutralizó sus buenas intenciones con un matrimonio realizado a los diez y ocho años de su edad.

Falto de aquella protección personal que el general Urquiza dispensaba a todas las inteligencias descollantes de su provincia, Andrade se encontró solo, con su genio, su esposa tan joven como él y un niño fruto de aquella unión". ("Glorias Argentinas", 1885, pág. 158.)

E. M.

INDICE

Págs.

Los grandes poemas

Composiciones patrióticas y conmemorativas

Elegías

Imitaciones y traducciones

Págs.

Notas

"LA CULTURA ARGENTINA"

OLEGARIO V. ANDRADE

Obras poéticas

Atlántida - Nido de Cóndores - Prometeo
Poemas Líricos - Fantasías
Poesías patrióticas - Elegías - Traducciones

Edición completa. Ordenada y con un prólogo por

EVAR MENDEZ



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1915

Tall. Gráf. L. J. Rosso y Cía., Belgrano 475

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por JOSE INGENIEROS

APARECE EN VOLÚMENES DE 150 A 200 PÁGINAS

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica. No edita artículos literarios, políticos, históricos ni forenses.

Desea imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino, continuando la orientación cultural de Rivadavia, Echeverría, Alberdi y Sarmiento.

Ha publicado articulos de *Florentino Ameghino, José M. Ramos Mejia, Agustin Alvarez, Joaquin V. González, Rodolfo Rivarola, Angel Gallardo, Pedro N. Arata, Jorge Duclout, Carlos O. Bunge, Francisco de Veyga, J. Alfredo Ferreyra, Victor Mercante, Julio Méndez, Enrique Martinez Paz, Gregorio Araoz Alfaro, Carlos Ameghino, Martin Doello Jurado, Salvador Debenedetti, Juan W. Gez, Ricardo Rojas, Maximio S. Victoria, Alfredo Colmo, Alicia Moreau, Emilio Zuccarini, Augusto Bunge, Vicente D. Sierra, Raúl A. Orgaz, Teodoro Becú, Ramón Melgar, Julio Cruz Ghio, Nerio A. Rojas, A. Alberto Palcos, José M. Monner Sanz,* etc., etc.

Las personas estudiosas que deseen recibir la REVISTA deben adjuntar el exiguo importe de la suscripción, estrictamente reducido a los gastos tipográficos y postales. En esa forma simplificarán la tarea administrativa.

Suscripción anual: 10 $ m/n.
Exterior, anual: 5 $ oro.

Redacción y Administración: CALLE VIAMONTE 763

BUENOS AIRES